LA ERA VICTORIANA

FRANÇOIS BÉDARIDA

COLECCIÓN *¿qué sé?* NUEVA SERIE

oikos-tau

El 22 de enero de 1901, en la noche recién empezada
en el silencioso castillo de Osborne,
en presencia de sus dos hijos, de sus tres hijas
y de su nieto el Kaiser de Alemania,
Victoria I, reina de Gran Bretaña y de Irlanda,
de las Colonias y de las Dependencias de Europa,
de Asia, de África, de América y de Australasia,
emperatriz de la India, defensora de la Fe,
exhalaba el último suspiro
al término del más largo y más glorioso reinado
de la historia de Inglaterra.
En un espacio de sesenta años se reunieron
excepcionalmente una serie de factores favorables
cuya síntesis aseguró al país
un poderío indiscutible, una extraordinaria
confianza en sí mismo, y un prestigio nacional
que no se repetirán. Este conjunto de oportunidades
fueron la primacía técnica, la preeminencia industrial,
financiera y comercial, la estabilidad
política e institucional, la paz civil y la paz exterior,
la supremacía marítima,
los recursos de un inmenso Imperio
y el optimismo de una nación en pleno dinamismo.
Los contemporáneos del hecho eran conscientes
de que una página de la historia se cerraba,
y con toda razón en sus exequias
el predicador pudo decir que
«con la reina Victoria desaparece una época.
El período glorioso que simbolizaba su nombre
se cierra como un pergamino que se enrolla.
El mundo que hemos conocido se disuelve.
Frente a nosotros se presenta lo desconocido»

HISTORIA

Aa ACCESO ABIERTO

François Bédarida
Catedrático en el Institut d'Études Politiques de París

LA ERA VICTORIANA

oikos-tau, s. a.
APARTADO 5347 - 08080 BARCELONA
VILASSAR DE MAR - BARCELONA - ESPAÑA

Traducción de J. Garcia-Bosch

Primera edición en lengua castellana 1988

Título original de la obra:

«L'ÈRE VICTORIENNE»
par François Bédarida

Copyright © Presses Universitaires de France 1988

ISBN 84-281-0639-8

Depósito Legal: B-40.655-1988

Cubierta de Juli Blasco

© oikos-tau, s. a.

Derechos reservados para todos los países de habla castellana

oikos-tau, s. a. - Industrias gráficas y editorial
Montserrat 12-14 - 08340 Vilassar de Mar (Barcelona)

Índice

Introducción 7

Los límites cronológicos de la era victoriana 7
La periodización victoriana 9
¿Existe una unidad victoriana? 10

PRIMERA PARTE. EL VICTORIANISMO TRIUNFANTE 13

1. **Los fundamentos estables** 15
   «El taller del mundo» 15
   Un modelo constitucional 20
   La «Pax Britannica» 28
   Trabajo, familia, religión 33

2. **Los elementos motores** 42
   Cuestión obrera y pavores sociales 42
   La agitación cartista y el movimiento obrero 46
   Las turberas de Irlanda: estancamiento y beneficios . 52
   Inquietudes espirituales 55

3. **La nueva civilización industrial** 61
   Ciudades y campo 61
   La fe en el progreso 66

4. **Triunfo del liberalismo** 71
La ideología liberal 71
Los partidos y la preponderancia de los liberales 75
Dos líderes: el mago y el predicador 78

SEGUNDA PARTE. CRISIS Y METAMORFOSIS DEL VICTORIANISMO (1875-1900) 83

5. **Mutaciones e interrogantes** 85
De la preeminencia a la competencia 86
La inspiración del espíritu 93

6. **En búsqueda de la democracia y de la justicia social** . 99
Instrucción para todos 99
La papeleta de voto 102
La sociedad contestada: las esperanzas del socialismo . 104

7. **Gran Bretaña. La más grande** 111
Jingoísmo e imperialismo 111
El mapa del mundo está «coloreado en rojo» 118

Conclusión 123
«El fin de una época» 123

Bibliografía 127

Introducción

Asquith observó un día que en Inglaterra únicamente las reinas tenían derecho a dar su nombre a un período de la historia[1]. Por ello se habla de la «época isabelina», de la «época de la reina Ana» y de la «era victoriana»[2]. El adjetivo *victoriano* apareció por vez primera en la lengua inglesa en 1851, el mismo año de la triunfal Exposición Universal de Londres. Parece que fue creado por un oscuro publicista, E. P. Hood, que en una obra que glorificaba los éxitos de las jornadas consagró un capítulo a lo que él llamó la *Victorian Commonwealth,* es decir, la comunidad de los casi veinte millones de insulares creadores de tantas maravillas. En sus orígenes, pues, la palabra *victoriano* fue asociada a la celebración de un régimen afortunado y glorioso. Se necesitará mucho tiempo para que se desvincule de esta nota triunfalista. Ello tuvo lugar a principios del siglo XX, cuando se produjo un choque de rechazo que conllevó ataques iconoclastas contra el «victorianismo» —el sustantivo nacía precisamente en estas fechas en medio de controversias—.

Cualquier estudio del victorianismo plantea previamente tres problemas generales.

Los límites cronológicos de la era victoriana

A primera vista, la cuestión parece simple, puesto que la reina Victoria subió al trono en 1837 y murió a principios de 1901. Pero como los años bisagra coinciden muy raramente en la historia reciente con los cambios de soberano, otras fechas han podido con razón ser propuestas

1. Asquith, H. H., *Some Aspects of the Victorian Age,* pág. 3, 1918.
2. Los términos *jacobino* y *georgiano* solamente designan efectivamente unos estilos arquitectónicos y de mobiliario.

como punto de partida. Algunos han sugerido el *Great Reform Bill* en la medida en que, mucho más que el advenimiento de una nueva reina, la reforma electoral de 1832 constituyó un hito político, social e, incluso, intelectual en la vida del país. Sería totalmente legítimo fijar el inicio del victorianismo, época de gran expansión económica, en el año 1830, fecha de la apertura del primer ferrocarril Manchester-Liverpool y comienzos de la *railway age*. Contrariamente, no podríamos identificar, como alguien lo ha hecho a veces, la era victoriana con el conjunto del siglo XIX: englobar bajo este nombre toda la historia de Inglaterra, de 1815 a 1914, es indiscutiblemente un abuso de lenguaje.

Efectivamente, en el otro extremo del período, incluso si es cierto que el prestigio de la Inglaterra liberal e imperial continuó hasta 1914, numerosos signos de mutación se manifestaron en el momento de la muerte de la reina Victoria e, incluso, ya mucho antes. La civilización, las costumbres, las mentalidades, se van transformando rápidamente. En el transcurso del año 1896, por ejemplo, asistimos al lanzamiento del primer diario popular a precios económicos: el *Daily Mail*, a la primera sesión pública de cinematógrafo, a la apertura de los museos los domingos, a la abolición por medio de la *Red Flag Act* de la reglamentación que limitaba a 6 km a la hora en las carreteras la velocidad de los vehículos de propulsión mecánica, obligándoles a ir precedidos por un banderín rojo: la circulación en automóvil es ya posible a partir de este momento. Inaugurada bajo el signo de los primeros ferrocarriles, la era victoriana termina bajo el signo de los primeros automóviles. (Debemos señalar aquí que en el primer caso se trata de una invención totalmente británica, mientras que en el otro —la diferencia es significativa— la nueva forma de locomoción es fruto de los descubrimientos alemanes y franceses.) En el plano político, un nuevo partido, de un tipo insólito, el *Labour*, nace entre 1893 y 1900. En el exterior, la guerra de los boers (1899-1902), punto culminante del imperialismo, pone al mismo tiempo punto final

a las conquistas coloniales, mientras que en 1898 Guillermo II lanza su famoso desafío: «Nuestro porvenir está en el agua», amenaza directa al poderío británico. Así, en el transcurso de los últimos años del reino, la situación tiende a modificarse radicalmente. No debemos ver una simple comodidad aritmética en el hecho de que el final del reino coincidiera con el cambio de siglo. Los años en torno a 1900 constituyen un hito tan importante como el de los años 1830-1837.

La periodización victoriana

En lugar de considerar al victorianismo como un bloque, la tradición separa el período en tres partes, cada una de las cuales con su originalidad y caracteres propios. La primera, de unos quince años, va de los años 1830-1837 a 1850. Bautizada *early-Victorian,* corresponde a la instauración, todavía agitada y tensa, del sistema. Pero ya este «primer» y «precoz» victorianismo se separa de la era aristocrátrica que había prolongado hasta 1832 a la «vieja y alegre Inglaterra» del siglo XVIII; en lo sucesivo, el industrialismo, la disciplina y la moralidad se instalan, mientras que la clase media refuerza su riqueza y su influencia.

En un segundo movimiento, los conflictos se aplacan. Entre 1850 y 1875, aproximadamente, es el período central *(mid-Victorian),* el de la apertura. A esta fase se la ha llamado meridiana *(high noon),* en donde la sociedad burguesa en su zenit brilló con todo su esplendor en una atmósfera llena de optimismo; es la «era del equilibrio» *(age of equipoise).* Efectivamente, una especie de consenso se establece en torno a los valores claves de la civilización victoriana.

Contrariamente, a partir de 1875-1880 se levantan unos vientos que a veces llegan a ser huracanados. Mientras que la preponderancia británica en el mundo se ve amenazada y que las dificultades consecutivas a la baja de los precios alteran la buena confianza anterior, vemos

como se cuestionan certezas «medio-victorianas» hasta entonces las mejor consideradas. Sin embargo, sería excesivo hablar de decadencia, pero es evidente que el victorianismo «tardío» *(late-Victorian)*, atravesado por inquietudes, sacudido por aspiraciones desconocidas hasta entonces, introduce un nuevo curso en una atmósfera de crisis. Llegados aquí nos vemos pues obligados a plantear la cuestión de la homogeneidad victoriana.

¿Existe una unidad victoriana?

El problema es inmenso, pues a las divisiones horizontales —las series cronológicas *early-*, *mid-* y *late-Victorian*— se les superponen las divisiones verticales —las creencias, los sistemas de valor y las fuerzas sociales que se han enfrentado a lo largo de todo el período dividiendo Inglaterra en diversos campos y movimientos—.

Para enjuiciar la confusión así creada, debemos librarnos a un breve análisis semiológico de la palabra *victoriana*. Para unos, admiradores de un período fasto y glorioso, el adjetivo evoca la *prosperidad*, la *grandeza*, la *energía*, el éxito de Inglaterra. En un sentido opuesto, los adversarios asocian el término a la *mojigatería* (uno de los primeros en lanzar la ofensiva fue Bernard Shaw en *Pigmalión)*, a la *hipocresía*, a la *fealdad*, al *conformismo*. Entre ambos, expresiones como la *piedad victoriana* o la *seriedad victoriana* son susceptibles de apreciaciones tanto laudatorias como desfavorables según las opciones personales de aquel que las formula.

Por otra parte, a través de toda la era victoriana no han dejado de estar en conflicto dos sistemas de sociedad y de cultura: de un lado, la Inglaterra con predominio aristocrático, la de la vieja sociedad rural, y del otro, la nueva Inglaterra urbana y burguesa, aunque en los medios populares, a pesar de la penetración de los valores de las clases dirigentes, continuaron subsistiendo los códigos, los hábitos mentales y las actitudes autóctonas. Existen así

dos fuentes distintas de poder y de riqueza y tres formas de cultura, en rivalidad unas con otras. Además, deberán tenerse en cuenta las variaciones regionales inglesas y la evolución propia de las otras dos naciones británicas: la galesa y la escocesa —sin olvidar tampoco a Irlanda, que constituye un mundo aparte—.

También debemos reconocer, con Asa Briggs, que el uso de la palabra *victoriana* es a menudo bastante vago y reviste realidades muy heterogéneas, reunidas simplemente por el azar engañoso del vocabulario. Pero si no existe una Inglaterra victoriana única, la fase central de la era victoriana implicó una unidad real. Tuvo lugar un efectivo equilibrio gracias a la combinación momentánea y exitosa de cinco factores: la prosperidad económica, el sentimiento de la seguridad de la nación, la fe en las instituciones, la creencia en un código moral común y el liberalismo político[3].

3. Brigge, A., *Victorian People*, págs. 12-13 y 16-17, 1954.

PRIMERA PARTE

EL VICTORIANISMO TRIUNFANTE

(DESDE ALREDEDOR DEL AÑO 1837 HASTA APROXIMADAMENTE 1875)

1. Los fundamentos estables

«EL TALLER DEL MUNDO»

La primera baza de que dispuso la Inglaterra victoriana fue su avance técnico y económico. Después de haber marcado el camino en la época de la Revolución Industrial, Gran Bretaña afirmó con brillantez su primacía. El dinamismo de la nación, el dominio del progreso económico, y los éxitos del espíritu de empresa, no solamente confirieron a los británicos una preeminencia indiscutible, sino que también les dio una confianza en sí mismos, rápidamente transformada en sentimiento de superioridad insular. En el transcurso de su visita al otro lado del Canal, en 1845, el economista Léon Faucher comprueba asombrado: «El ciudadano inglés cree fácilmente que, exceptuando el pueblo británico, que ya ha llegado a la edad adulta, todos los otros pueblos son unos niños mayores»[1]. Este es un orgullo engendrado ciertamente por un patriotismo envidioso, así como por la certeza muy aferrada de pertenecer a una raza predestinada, pero más todavía debido probablemente a los notorios aciertos industriales, comerciales, financieros, técnicos y políticos del país.

De esta preeminencia, la Exposición Universal —la primera del género— que tuvo lugar en Londres en 1851 nos hace la demostración en forma de un grandioso festival a mayor gloria de la técnica y de la ciencia, de las artes y de las industrias británicas. En medio de un amplio concurso internacional glorificando la competición pacífica entre los pueblos, la misión asignada a los ingleses por la Providencia se nos aparece claramente dibujado: se trataba, por ejemplo, de guiar a las naciones en el camino del porvenir. Tal y como señalaba el catálogo oficial de la Exposición, «el progreso de la raza humana, resultado de

1. Faucher, L., *Etudes sur l'Anglaterre*, vol. I, pág. 8, 1845.

una labor en común de todos los hombres, debe constituir el último objetivo de los esfuerzos de todos. Contribuyendo a semejante empresa, cumpliremos con la voluntad de Dios Todopoderoso y bendito».

En estas fechas la economía británica entró en la fase de la madurez. El «taller del mundo» (este es el título que Inglaterra se adjudicó: *workshop of the world)* funciona a pleno rendimiento. Bajo la presión de los intereses de los industriales y de los comerciantes, y con el apoyo de los teóricos de la escuela clásica, las barreras al *laissez-faire* van cediendo una después de otra. El librecambio se introdujo en 1846. La legislación multiplica las facilidades para las sociedades por acciones (leyes de 1837, 1844, 1856 y 1862). Encontrando vía libre, el capitalismo puede desplegarse con un vigor inigualado, en un clima de concurrencia despiadado. El tipo de empresario que se encuentra en aquellos momentos al frente de los negocios es, a menudo, un hombre arrancado de poco o a veces de la nada. Duro hacia los otros, igual que hacia él mismo, ávido de ganancias, es un fabricante consagrado intensamente a su trabajo, audaz y voluntarioso.

Después de la década de 1830, la época del algodón rey tocó a su fin. Son los ferrocarriles los que en aquel momento mantienen el rol de pilotos de la industrialización. Nacidos de la unión del vapor y del raíl, encuentran en la alianza inglesa entre la mina y la fragua una oportunidad excepcional. Es el triunfo del «bloque de la hulla y del acero». Se hizo también de ellos el símbolo mismo del primer victorianismo. La construcción de la red ferroviaria, activada por los dos *railway booms* de 1834-1837 y de 1844-1847, progresa con una rapidez extrema. Mientras que en 1830 la longitud total de vías de ferrocarril era apenas de 100 millas, la red alcanzó las 1.500 millas en 1840, las 6.000 millas en 1850, y las 15.000 millas en 1875. La primera línea en explotación regular fue la famosa *Liverpool and Manchester Railway.* En 1836 el ferrocarril llegó hasta Londres, desde donde se trazó la primera línea de cercanías en dirección a Greenwich. A partir de 1836

la capital enlazaba con Birmingham; en 1840 con Southampton, en 1844 con Dover. Hacia 1850, desde Londres puede irse con ferrocarril al País de Gales y a Escocia. Los ingleses ya no se contentan con construir ferrocarriles en su país. Se recurre a ellos para construir líneas de ferrocarril a través de toda Europa, de Francia a Rusia, así como en los países nuevos. Es el triunfo de la técnica británica, de los ingenieros británicos, de los diseñadores británicos, de los capitales británicos, y de los empresarios británicos, empleando máquinas y, a veces, incluso obreros británicos.

El impulso de los ferrocarriles, no fue únicamente un extraordinario tirón dado a los otros sectores de la economía, sino que fue un nuevo modo de vida y de relaciones humanas el que se estableció. La época de las diligecias desaparece frente al advenimiento de la locomotora. La era de la velocidad empieza. La vieja Inglaterra de los caminos, de las postas de relevo, de los albergues rurales, entra en la vía de la somnolencia. Las estaciones de ferrocarril, nuevos centros de actividad, vibrantes de ruidos y de movimiento, acaparan todo el prestigio en su provecho.

Dos pinturas dan testimonio del lugar conquistado en algunos años por el ferrocarril: una, de Turner, titulada *LLuvia, vapor y velocidad,* muestra, en un paisaje de tormenta radiante de luz y de humo, una locomotora lanzada a todo vapor y ganando ampliamente en velocidad a una liebre a todo correr frente a ella; la otra, de Frith, *La estación,* representa, bajo los arcos de Paddington Station, en Londres, el nuevo paisaje industrial con un agitado hormigueo de pasajeros en los andenes de la estación. Así, los ingleses han sido los primeros en el mundo en ser moldeados por la huella de la civilización ferroviaria.

A partir de 1850 y durante un cuarto de siglo Inglaterra atraviesa una fase de prosperidad sin precedentes. Esta «prosperidad victoriana», como se la ha bautizado, dejará el recuerdo de una época bendita. La economía del país se encuentra entonces estimulada por una doble coyun-

tura favorable: por una parte el alza de larga duración de los precios mundiales, que dura desde 1851 hasta 1873; por otra parte los efectos del librecambio, que entra en vigor en 1846 como consecuencia de la abrogación de las *corn laws*. El aumento de la renta nacional da elocuente testimonio de este rápido enriquecimiento: mientras el aumento de 1801 a 1831 solamente había sido de 232 millones a 340 millones de libras, la renta nacional alcanzó en 1851 la cifra de 523 millones de libras. Entre 1851 y 1873 dobló con creces, alcanzando en esta última fecha cerca de los 1.100 millones de libras. Por su lado la producción industrial triplica en 1873 la del advenimiento de Victoria. Los ingleses ocupan muy distanciados el primer puesto en la hilatura y el tejido de algodón y de lana, en la metalurgia pesada y las máquinas-herramientas, en el material ferroviario y la construcción naval. En 1870 Gran Bretaña produce cerca de los dos tercios del carbón mundial, más de la mitad de la fundición mundial y su comercio exterior sobrepasa el de Francia, de Alemania y de Italia juntas. La marina mercante británica surca todos los mares y bajo el pabellón británico se efectúan una gran parte de los intercambios de los otros países: con sus 5.700.000 toneladas en 1871 (frente a 2.300.000 en 1837) también la flota va destacada a la cabeza del mundo.

Privilegiado polo de desarrollo, Inglaterra posee así todas las ventajas de una economía dominante. Saca todos los beneficios de la división internacional del trabajo, puesto que la concurrencia favorece a los fuertes, y también porque los términos del intercambio le son favorables. La desigualdad de desarrollos le permite prosperar fácilmente a expensas de los países subdesarrollados, es decir, de la mayor parte del planeta, de la Europa del sur y oriental a América del Sur, y del Asia anterior al Extremo Oriente. De ahí el orgulloso sentimiento del capitalismo británico de tener a todo el mundo a su servicio. En 1866, el economista liberal Jevons podía celebrar las virtudes de este sistema en el cual las riquezas de todos los otros países contribuían al enriquecimiento de la nación más rica:

«Actualmente, las cinco partes del mundo son nuestras tributarias voluntarias [...] Las llanuras de América del Norte y de Rusia, son nuestros campos de trigo; Chicago y Odessa son nuestros graneros; Canadá y los países bálticos nuestros bosques. Australasia contiene nuestros rebaños de carneros, y América del Sur nuestros rebaños de vacuno; Perú nos envía su plata, California y Australia su oro. Los chinos cultivan el té para nosotros, y las Indias Occidentales y Orientales nos envían el café, el azúcar y las especias. Francia y España son nuestros viñedos, y el Mediterráneo nuestro huerto; nuestro algodón, que sacábamos antes de Estados Unidos, nos llega ahora de todas las regiones cálidas del globo[2].»

Este es el brillante resultado al que conduce el dominio británico del capital, de las técnicas, y de los métodos comerciales. Las «negras fábricas del demonio» *(dark Satanic mills),* que provocaban antes las imprecaciones de Blake, envían actualmente sus productos a todos los extremos de la tierra asegurando el éxito de la etiqueta *Made in England,* conmocionando las arcaicas economías locales y abriendo el camino al triunfo de las mercancías. El que simbolicen el «demonio» de las ganancias o que expresen los heroicos esfuerzos de «Prometeo desencadenado», no es obvio para que garanticen a Inglaterra una supremacía exclusiva. Alrededor de 1860, si comparamos la riqueza británica a la de los países más avanzados, se puede medir rápidamente la diferencia: mientras que la renta media per cápita es de 13 libras esterlinas en Alemania y de 21 en Francia, en el Reino Unido alcanza las 33 libras esterlinas.

Mucho más que otras, son las realizaciones del capitalismo inglés lo que exalta Marx cuando escribe en el *Manifiesto comunista:*

«[...] la burguesía [...] ha mostrado, como nunca nadie había hecho antes que ella, hasta dónde es capaz la actividad humana. Ha creado de la nada unas maravillas superiores a las pirá-

2. Jevons, S., *The Coal Question,* págs. 330-31, 2ª ed., 1866.

mides de Egipto, los acueductos romanos y las catedrales góticas.»

Estas nuevas maravillas de la era industrial, son la gran tela de araña de la red de ferrocarriles, los *docks* de Londres y los hornos Bessemer de Sheffield, es el telégrafo eléctrico tan rápido como el relámpago (el primer cable submarino se puso entre Dover y Calais en 1850, y el primer cable transatlántico en 1866). Y los monumentos que dan testimonio del poder, de la creatividad, del genio del *homo britannicus,* se llaman: el Palacio de Cristal, formidable alianza entre la mano del hombre (el cristal y el acero) y la naturaleza (los árboles); el asombroso *Britannia Bridge,* construido por Robert Stephenson para unir la isla de Anglesey al País de Gales, con un decorado de fortificación romana revistiendo una carcaza tubular; el ayuntamiento de Leeds, majestuosa composición clásica, consolidando el dominio y la riqueza de un gran centro industrial; o todavía, a finales del siglo, las potentes estructuras metálicas del *Firth of Forth Bridge,* capaces de afrontar las tempestades del Mar del Norte.

UN MODELO CONSTITUCIONAL

En el terreno de las instituciones y de la vida política, el triunfo británico aparece, cuando menos, tan espectacular como en el plano económico. De ello el sentimiento de legítimo orgullo que manifiestan los ingleses: con su práctica constitucional, ¿habrán descubierto el secreto de la alianza entre la estabilidad y el progreso? ¿Habrán sabido llevar a cabo la armoniosa unión de la libertad y de la autoridad, mientras que en muchos otros países los dos interlocutores tienden sin cesar a separarse?

Efectivamente, la Constitución inglesa no solamente es un elemento fundamental de la vida pública de la

nación: es un elemento que permite el funcionamiento sin tropiezos del gobierno, puesto que es lo suficientemente fuerte para dar un marco estable a las instituciones, y suficientemente flexible para adaptarse al cambio. Al mismo tiempo, sirve de ejemplo a los liberales del mundo entero. Es hacia este ideal que se dirigen las miradas cuando se va en la búsqueda de un modelo: el de la monarquía constitucional, del equilibrio de poderes, de la permanencia de las instituciones, del respeto de las libertades institucionales. Guizot y Thiers querían apasionadamente sacar de ella lecciones suficientes para poder aplicarlas a Francia[3]. Entre los europeos, belgas, alemanes, italianos, húngaros y escandinavos quieren inspirarse en ella. Hasta del Japón vienen a estudiar los mecanismos de esta maravilla de armonía. En cada crisis, la Constitución parece salir reforzada. El trono contempla impasible e inquebrantable los transtornos que sacuden Europa. En 1897, con motivo del «Jubileo de Diamantes» que celebraba los 60 años de reinado de la reina Victoria, el predicador, durante el servicio religioso en Westminster, se dedicó a consagrar una parte de los tres cuartos de hora de su sermón a enumerar simplemente con todo detalle los soberanos y jefes de gobierno que en el transcurso de igual período perdieron de forma brutal el poder o la vida (y a veces ambos), mientras Su Graciosa Majestad continuaba reinando tranquilamente sobre sus fieles y reconocidos súbditos.

Si Inglaterra se beneficiaba de semejante prestigio por su régimen político, era también porque ocupaba el primer lugar en el coro de las naciones como el país por excelencia de la libertad. Libertad de opinión, derechos indivi-

3. Contrariamente, Taine nos pone en guardia contra la tentación de imitar de forma mecánica y torpe las instituciones inglesas (*Notes sur l'Angleterre*, págs. 216-23). De una manera satírica, Dickens situó en *Nuestro común amigo* una célebre conversación entre Mr. Podsnap y un visitante francés. El primero se vanagloriaba frente al segundo, con tanta simpleza como condescendencia, de las maravillas providenciales de la Constitución británica (Libro I, cap. XI).

duales, *Habeas Corpus,* igualdad religiosa, libertades políticas, libertad de comercio; los británicos consideraron habitual ver en la palabra *freedom* mucho más que una virtud nacional: una especie de monopolio insular. Stuart Mill, en su obra sobre *El gobierno representativo,* mantiene que la Constitución inglesa y el parlamentarismo solamente pueden funcionar correctamente en una sociedad libre como es la sociedad británica. Semejante infraestructura es la condición indispensable para la armonía del sistema. Las costumbres deben ir paralelas con las instituciones. De ahí se explica la evidente reticencia de los ingleses a la idea de exportar sus soluciones constitucionales, excepto a los territorios bajo su dominio, pues tienen la convicción de que no se sabrá trasplantarlas impunemente.

Por otra parte, con relación a los regímenes de la mayoría de los estados europeos del siglo XIX, estos no pudieron demostrar la superioridad del liberalismo en vigor en su país. El contraste es muy acusado entre las monarquías absolutistas y reaccionarias, apoyadas en el ejército y la policía, y la monarquía constitucional británica, que deja a cada uno de sus súbditos el derecho de pensar, escribir y de circular a su aire sin sombra de control, sin incluso tener necesidad de papeles ni de pasaporte. Solamente existía un país —Estados Unidos de América— que podía rivalizar con la libertad inglesa, pero para ello era preciso atravesar el Atlántico. En Europa, justo hacia 1875, es decir, hasta la instauración efectiva de la Tercera República en Francia, no existía émulo posible. Fue solamente cuando la democracia triunfó en París que Westminster dejó de aparecer como un modelo único, puesto que desde aquel momento Francia ofrecía el ejemplo de un régimen a la vez parlamentario y democrático. Sin embargo, desde el punto de vista de la estabilidad, Inglaterra continuaba siendo imbatible.

Cinco rasgos principales caracterizaban el sistema político británico tal y como se fue desarrollando en el siglo XIX. En primer lugar, el completo desarrollo del régimen par-

lamentario, y en el interior del Parlamento la creciente importancia de la Cámara de los Comunes. El historiador G. M. Young pudo decir que, en la diversidad de opiniones de los victorianos, solamente dos creencias tenían un apoyo unánime: la vinculación a la família y la fe en el sistema representativo[4]. Los años 1832-1867 señalan efectivamente la era dorada del parlamentarismo. No era simplemente que el principio del poder residiera en la representación elegida, era porque lo esencial de la vida política se desarrollaba en la Cámara de los Comunes, centro de los discursos, de las maniobras y de las decisiones. Y tanto más porque la Cámara de los Lores, desde el siguiente día a la reforma electoral de 1832, a las discusiones de 1884 sobre la extensión del derecho de sufragio, no manifestó ninguna veleidad de obstaculizar la voluntad expresada por los Comunes. Segunda característica: el gobierno, desde el siglo XVIII, era un gobierno de gabinete, con un Primer Ministro a la cabeza del equipo ministerial. Algunos ciudadanos, como Bagehot, el influyente director del *Economist*, y autor de un tratado clásico sobre *La Constitución inglesa* (1867), querían incluso, según la tradición *whig*, que el cometido del gabinete se viera reforzado, como pieza maestra, en su opinión, del sistema político. En tercer lugar, la oposición se transformó en una fuerza organizada encargada de un doble papel, el de crítica y el de alternativa. El término de «Oposición de Su Majestad» fue inventado en 1826 por el diputado radical Hobhouse, aunque ya la función de líder de la oposición lo había sustentado el *whig* Tierney de 1817 a 1821: fueron suyas las grandilocuentes palabras sobre los deberes de la oposición —oponerse a todo y no proponer nada—. En realidad, a partir de 1832 Peel hizo que prevaleciera una concepción «positiva» de la oposición: esta, en lugar de atacar al gobierno a diestro y siniestro y en toda ocasión, debía manifestar su sentido de la responsabilidad y con-

4. Young, G. M., *Portrait of an Age*, pág. 150, 2ª ed., 1953.

tribuir a su manera a la buena marcha de las instituciones. Durante la década de 1870, y con motivo de reuniones informales en torno al *leader,* empieza en la práctica lo que se llamará más tarde el «gobierno fantasma» *(Shadow Cabinet).* El último rasgo de la evolución constitucional fue el desarrollo del papel de los partidos: «la opinión organizada», según la feliz fórmula de Disraeli. El *party system,* desembocando en el bipartidismo, se estructura considerablemente después de 1832, y todavía más en la década de 1870.[5]

Finalmente, el último engranaje de la Constitución también es la piedra angular, es la monarquía. Sin duda la Corona ha visto como sus poderes se iban debilitando a medida de que crecía el rol del Parlamento y del gabinete y de que disminuía el patronazgo real (con el advenimiento de Victoria, la distribución de las sinecuras y de los cargos quedó reducido a bien poca cosa). Según la tradición *whig,* que es la que ha prevalecido, el soberano es considerado menos como el señor que como el primer servidor del país. No obstante, las prerrogativas de la realeza, incluso cuando son respetadas escrupulosamente las reglas de la monarquía constitucional, están muy lejos de ser desdeñables, y Victoria siempre procuró ejercerlas en su integridad. Elección del Primer Ministro y de los ministros, nominaciones eclesiásticas, contratación del personal de la corte, del ejército, de la marina, decisiones de política extranjera, grandes asuntos de la vida interior; no hubo ni uno sólo de estos ámbitos en los que Victoria no intervino hasta en los más nimios detalles. Todos los despachos diplomáticos eran comunicados a la reina y anotados por ella, y mantenía una continua correspondencia con el jefe del gobierno. A este respecto Victoria aplicó al pie de la letra lo que Bagehot, en su interpretación más bien restrictiva de los poderes monárquicos, designaba como los tres derechos del soberano constitucional: el derecho

5. Ver cap. 4, págs. 75-78.

de ser consultado, el derecho de estimular, y el derecho de prevenir.

Pero con mucha más finura Bagehot puso de manifiesto las dos funciones primordiales de la realeza en una era liberal y semidemocrática. La primera, y según él, la más importante, es la función simbólica, que también se la podría llamar sentimental e, incluso, mística. Es de ahí que nace la adhesión masiva de los súbditos. Se trata, con toda la dignidad esperada *(dignified parts)*, de encarnar a la nación. Desde este punto de vista, la reina es a la vez jefe del estado y jefe de la sociedad (en tanto que primera dama de la corte), modelo de vida familiar y guía moral del país. Se puede decir de la Corona: «El misterio es su propia vida. Su magia debe quedar protegida por la penumbra». De esta forma se explica la virtud carismática de la soberana, fuente de su verdadero poder sobre las masas. He aquí porque, como ya lo señala Bagehot con humor (estamos en 1867), «los actos de una viuda retirada [Victoria] y de un joven sin trabajo [el príncipe de Gales] revisten tanta importancia». El segundo cometido de la realeza inglesa es su papel funcional, político, práctico *(efficient parts)*, puesto que, engranaje esencial de la vida constitucional, tiene una misión irreemplazable en la marcha del estado[6].

Precisamente el mérito político de Victoria consistió en satisfacer señaladamente estas dos funciones y con ello rendir a la monarquía británica un inapreciable servicio: en primer lugar, sacándola del descrédito en donde había caído antes de 1837, y luego, a continuación, y sobre todo, suscitando una sorprendente vinculación entre todos sus súbditos y colocando a la família real como un modelo sobre un pedestal (en donde ella supo mantenerse hasta nuestros días).

Es cierto que Victoria no tuvo en este sentido grandes dificultades en destacar, tanto por su vida privada

6. Bagehot, W., *The English Constitution (1867)*, págs. 61, 82 y 100, Fontana, 1963.

como por su conducta en los asuntos de estado, sobre sus predecesores reales, cuya reputación estaba en lo más bajo: después de Jorge III, hundido en la locura, Jorge IV, rey de 1820 a 1830, fue un reaccionario empedernido, perezoso e impopular, dedicado totalmente a sus placeres, y cuyos escándalos habían alimentado las crónicas mundanas; luego, Guillermo IV de 1830 a 1837, se había mostrado como un personaje caprichoso y terco, cuya vulgaridad y ausencia de prestigio afligían a los más fieles apoyos de la monarquía.

También cuando Victoria sube al trono en 1837 a los dieciocho años, la situación es muy delicada para ella. Aunque la joven reina no tenía experiencia política, era mediocramente inteligente y poco cultivada, se impuso inmediatamente por su dignidad personal, su muy firme voluntad y su sentido de las responsabilidades. Desde su advenimiento al trono, su tío Leopoldo de Bélgica la previno: «En nuestros días, el oficio de soberano constitucional es un cometido muy difícil». Sin embargo, después de uno o dos pasos en falso, Victoria encontró el justo equilibrio y su popularidad fue desarrollándose rápidamente. Muy pronto, pues, la reina condujo con seguiridad su barca en medio de los escollos.

A partir de 1840 tuvo la suerte de encontrar en su marido, Alberto de Sajonia-Coburgo, al que adoraba, un compañero perfecto para consolidar la nueva imagen de la realeza. El príncipe consorte, cultivado, serio, perseverante, consiguió, a pesar de una cierta rigidez germánica y de la frialdad que se le reprochaba a menudo, aconsejar a la reina con habilidad. A veces llega a lamentarse de su situación de segundo plano, pues Victoria guarda celosamente para ella todos los deberes de la soberanía («yo aquí solamente soy el marido, no el cabeza de familia»), pero Alberto se interesaba por las ciencias y por la moral, especie de *hobbies* que demostraron ser muy necesarios para la monarquía. En consonancia con una época apasionada por la disciplina y por la virtud, la primacía por la moralidad fue claramente confirmada. La pareja real dio

ejemplo de una vida irreprochable. La influencia de Victoria se ejerció durante todo su reinado en el sentido del puritanismo más estricto (*«we are not amused»*, cortaba ella con un tono seco si alguien por ventura empezaba a transgredir las reglas del decoro). El otro *hobby* del príncipe consorte fue el desarrollo científico y técnico: Alberto se apasionó por la expansión de la industria y fue él quien tuvo la idea de la Exposición Universal de 1851, cuyo éxito constituyó un verdadero triunfo personal.

La corte tuvo que adoptar voluntaria u obligatoriamente el nuevo estilo rigorista, incluso envarado, que impuso el evangelismo moralizador de Victoria. En lugar del descuido heredado de la Regencia, los modales y la virtud (cuando menos exteriores) se convirtieron en reglas imperativas. El Primer Ministro Melbourne, representante de la vieja aristocracia libertina, por más que refunfuñara «esta condenada moralidad nos va a perder a todos», tuvo que seguir el ejemplo que se le señalaba desde arriba. Contrastando con el ceremonial burgués de la corte de Luis Felipe y con el lujo vulgar de nuevos ricos de las Tullerías en tiempos de Napoleón III, la corte de Inglaterra se encuentra en el palacio de Buckingham o en Windsor (las dos residencias oficiales de la realeza, aparte de los castillos privados de Balmoral en Escocia i de Osborne en la isla de Wight), y adopta durante años un tono de dignidad ampulosa, por lo demás bastante enojoso, cuya austeridad se va reforzando después de la prematura muerte del príncipe Alberto en 1861. Victoria se encierra entonces en su viudedad: durante varios años su popularidad incluso bajó. Al mismo tiempo, una pequeña ola de republicanismo ganó terreno alrededor de 1870 entre los obreros y algunos intelectuales, pero esta moda apenas duró. Por lo demás, el prestigio de la realeza vuelve a subir. Se puede medir en 1871 cuando la reina cae gravemente enferma, seguida muy pronto por el príncipe de Gales: los dos acontecimientos suscitan una intensa emoción, que se traduce por millares de testimonios de simpatía en todo el país.

Inglaterra continuó siendo pues una nación sólidamente adicta a la monarquía. Es ahí donde aparece el genio político de Victoria, que consistió, en una época eminentemente burguesa, en reconocer la personalidad, los principios y los gustos de la más alta representación de la aristocracia hereditaria a las aspiraciones y a los valores de la clase media. En estas condiciones, su estrechez de espíritu, sus prejuicios, su evolución cada vez más marcada hacia un «torysmo» terco y de corto alcance, en lugar de ser una fuente de debilidad, hicieron de la reina una perfecta representante de la opinión burguesa. Así, en la persona de Victoria, el prestigio antiguo y sagrado de la persona real se alió con la participación en la mentalidad dominante. Además, en una época de nacionalismo agudo, la reina supo encarnar majestuosamente el orgullo nacional. Su patriotismo quisquilloso se acomodó tanto con el de Palmerston —personaje al que detestaba— como con el de Disraeli, a quien manifiestó un admirable afecto. Como escribió uno de sus allegados, «consciente de ser la número uno en Inglaterra, y consciente de que Inglaterra era la número uno entre las naciones, consiguió comunicar este sentimiento a todos aquellos que se le acercaron»[7].

LA «PAX BRITANNICA»

Inglaterra conoció de 1815 a 1914 un largo período de paz, en el cual la era victoriana ocupa la mayor parte. Este período pacífico constituyó para ella una baza considerable —incluso única, en comparación con otras naciones— de la que el país supo sacar un enorme provecho. Si esta-

7. Collieu, E. G., *Queen Victoria*, pág. 56, 1965.

blecemos efectivamente el balance de las intervenciones armadas de Gran Bretaña, solamente figura en él una sola guerra europea: la guerra de Crimea de 1854 a 1856, y todavía se trató de un conflicto corto, localizado y periférico, donde el pequeño cuerpo expedicionario británico jugó sobre todo un papel de apoyo con relación a su aliado francés. El resto, fueron guerras coloniales, y estas ciertamente no faltaron. Entre 1830 y 1880 se cuentan dos guerras contra Afghanistán, una contra Birmania, dos contra China, una contra el Transvaal, dos expediciones contra los maorís, los sikhs, los ashantis, etc. Pero ninguno de estos conflictos comprometió los recursos vitales del país. Cada uno de ellos estuvo al nivel de un compromiso puntual y limitado. Y en cada ocasión, incluso si llegó el momento en que Inglaterra tuvo que padecer algunos reveses, su salida no dejó ninguna duda, tan grande era la desigualdad entre los adversarios.

No obstante, cuando se emplea la expresión *Pax Britannica,* debemos ver en ella mucho más que una simple era pacífica en el transcurso de la cual Gran Bretaña hubiera tenido el privilegio de escapar a las destrucciones, a los gastos y a los despilfarros que tienen lugar con los grandes conflictos armados. Más allá de un estado de paz propicio a un desarrollo continuado de la riqueza nacional, el término implica una situación dominante en la relación de fuerzas a escala mundial. Dominación que tiene lugar de dos formas: objetivamente por medio de una hegemonía comercial, naval e imperial, que desemboca en el plano diplomático en un papel de árbitro definiendo e interpretando a su conveniencia las reglas del juego; subjetivamente, por un sentimiento de poderío sin límites y una orgullosa confianza en sí misma, decantándose a menudo hacia el nacionalismo arrogante. Se trata pues, simplemente, de hacer respetar en cualquier circunstancia el nombre de Albión. Semejante actitud hizo de Gran Bretaña una especie de administradora del equilibrio internacional, dispuesta a intervenir cada vez que fuera necesario para defender sus intereses, su influencia o su prestigio.

Un nombre resume este comportamiento altivo, imperioso, incluso áspero: el de Palmerston, jefe del *Foreign Office* de 1830 a 1841 y de 1846 a 1851 y Primer Ministro de manera casi continuada de 1855 a 1865. Patricio vividor, con inclinaciones liberales y de un celoso patriotismo, aristócrata notorio por su pasión por los caballos y por su desdén hacia los extranjeros (es a él a quien se atribuye la fórmula «Dios cometió un gran error el día en que creó a los extranjeros»), Palmerston llevó con perseverancia una política con una instancia única —la de hacer siempre prevalecer los intereses británicos a través del mundo— utilizando unas veces la negociación y la fuerza, y otras veces la flexibilidad y las amenazas, acompañando estos procedimientos de un estilo de áspera insolencia que le hizo que le pusieran como sobrenombre por aliteración «Lord Pumicestone», es decir, «Lord Piedra Pómez».

Su actuación a la cabeza de los asuntos nacionales coincide más o menos con la *Pax Britannica*. Esta, iniciada por Castlereagh después de 1815, y seriamente quebrantada con motivo de las victorias de Bismarck de 1866-1871, conoció su apogeo en el período del mid-victorianismo. Descansaba sobre cuatro puntales: el dominio de los mares, la diplomacia de la presencia y del no compromiso, el «imperio del comercio», y la extensión del imperio colonial.

La base del sistema era principalmente la aplastante superioridad naval de que disponía Gran Bretaña. No contenta con dominar los mares, el poderío británico controlaba todos los grandes ejes estratégicos: Gibraltar, Malta, las islas jónicas y, a finales del período, Chipre y Suez, en el Mediterráneo; El Cabo, Adén, Ceilán, Singapur en las rutas que conducían del Atlántico al Pacífico. Pero dominaba también el Caribe, el mar de la China, el Atlántico norte; y desde Heligoland vigilaba las bocas del Elba y el tráfico hacia el Báltico. Toynbee subrayó en una sorprendente fórmula esta persistente voluntad de dominar las vías marítimas, único medio de contacto posible con los otros países y el mundo exterior: Inglaterra, dijo, ha consegui-

do «encerrar en un corral con una sola entrada a todos los lobos que hasta entonces infestaban sus prados». En este sentido, la *Royal Navy*, condición primera de la libertad de acción diplomática de Gran Bretaña, es la auxiliar directa del *Foreign Office*. Mientras que el ejército continúa estando desatendido, poco numeroso, mal equipado y mediocramente mandado, la marina se beneficia de unos cuidados más atentos. La misión que le incumbe es doble: de una parte, es un fuerza efectiva superando a cualquier adversario europeo eventual (la marina francesa y la marina rusa le siguen detrás de muy lejos); de otra parte, es un instrumento de disuasión capaz de hacer presión en cualquier momento en no importa qué punto del globo. En el momento en que la diplomacia británica tiene necesidad de hacer oír su voz, la flota está ahí, omnipresente, dispuesta a las necesarias demostraciones, y no teme intervenir si ello es necesario, sea en aguas argentinas, tunecinas o chinas. Es esta táctica de intimidación la que recibió el nombre «diplomacia de la cañonera» *(gunboat diplomacy)*. Por ello los oficiales de la *Royal Navy* se transformaron en los *policemen* del globo.

La misma política extranjera se define por tres imperativos: mantener el equilibrio en el continente europeo sin permitir a las dos potencias más amenazadoras —al este Rusia, al oeste Francia— de arrogarse un papel privilegiado; intervenir constantemente y prudentemente en los asuntos internacionales para prevenir o corregir cualquier riesgo de desequilibrio y proteger las clientelas mediterráneas o nórdicas de Inglaterra; finalmente, no vincularse nunca a un compromiso duradero *(non-commitment)*. En pocas palabras, se trata, retomando la orgullosa fórmula de Enrique VIII «A quien defiendo es al dueño», de compensar cualquier impulso o cualquier desplazamiento de influencias por un contrapeso equivalente. Como por otra parte Inglaterra, gracias a su posición insular, se encuentra fuera del alcance de cualquier adversario terrestre, está en una posición de fuerza para hacer respetar su política, desde Bélgica (en 1830-1832) hasta el Imperio Otomano

(en el transcurso de las crisis de 1839-1841, 1853-1856 y 1875-1878).

El tercer pilar de la *Pax Britannica*, el «imperio del comercio» *(empire of trade)*, está basado en una antigua tradición: la prioridad a los intereses del negocio («la política británica, es el comercio británico», decía Pitt). Esta doctrina estaba reforzada por el principio de la «puerta abierta» *(open door)*, y a partir de 1846 por la introducción del librecambio. De tal suerte, que Inglaterra ejercía un semiprotectorado político-económico sobre una buena parte del mundo: apenas descolonizada, América Latina entró en la órbita inglesa; el Imperio turco, China, son otras tantas de las zonas en donde predominaban los intereses ingleses. Ya en el siglo XVIII, con motivo de las negociaciones sobre la independencia de las colonias americanas, Shelburne proclamaba: «Preferimos el comercio a las posesiones». Esta regla se generalizó gracias a la hegemonía insular, apoyándose en la red de inversiones, en la técnica y en los cuadros directivos británicos, tanto como en la influencia política y los intercambios comerciales propiamente dichos.

En cambio, en otras regiones del mundo, la preponderancia no se limita a este «imperio del comercio» con unos contornos indefinidos, sino que toma la forma de imperio a secas, es decir, la soberanía política. Esta, completamente vinculada a los intereses comerciales, va acompañada a menudo de otros medios de influencia, como pueden ser el canal de las migraciones y de la cultura (la exportación de la lengua, de las ideas, de los métodos de enseñanza británicos). Sin ninguna duda se ha exagerado mucho sobre el anticolonialismo mid-victoriano. Únicamente pequeños grupos de liberales llegaron a las colonias, cantidad casi superflua. Y sus consejos nunca llegaron a ser seguidos a nivel gubernamental. Es así como en el transcurso del decenio 1840-1850 fueron anexionados al imperio Nueva Zelanda, Natal, Pendjab, Sindh, y Hong-Kong. En el transcurso del siguiente decenio, aunque el ritmo de adquisición disminuyó, la «gran sublevación» de la India

fue brutalmente reprimida, pues la India continuó siendo considerada, no sin razón, como la joya del imperio colonial. De hecho, la actitud fundamental consistió en aliar dos políticas: de un lado, hacer que prevalecieran los intereses del comercio británico en la mayoría de países posibles, ejerciendo una presión política indirecta y sin asumir ni las obligaciones ni los gastos de la soberanía (este es por ejemplo el caso de Argentina o de Perú); de otro lado, en todas partes en donde fuera más ventajoso, o bien ahí donde los acontecimientos lo hicieran inevitable, sustituir el dominio directo por un protectorado indirecto: son entonces las colonias. La Inglaterra victoriana une, pues, dos imperialismos, que se entremezclan sin cesar: el del imperio del comercio y el del imperio colonial.

TRABAJO, FAMILIA, RELIGIÓN

En esta tríada «mid-victoriana», uno de los términos que indiscutiblemente viene en primer lugar es la religión. Aunque parece difícil determinar en qué medida los años 1830-1880 pueden ser llamados «una edad de la fe», un hecho es incontestable —para los victorianos, Inglaterra se define esencialmente como un país cristiano, y la vida del pueblo británico se desarrolla dentro de un marco de cristiandad—. Algunos, olvidando incluso la existencia de la minoría católica, llegan a hablar de Gran Bretaña como de un «estado protestante». Se repite indefinidamente que el protestantismo se otorga por vocación a los instintos de seriedad y de moralidad de la raza. Es con razón, pues, que los más lúcidos se inquietan por la descristianización práctica de las masas, principalmente en la Iglesia establecida, pero se sostiene que la sociedad se identifica con el término *Christianity*, y de hecho la religión ocupa un lugar privilegiado en la vida privada y pública.

Aunque el cristianismo constituye uno de los pilares de la nación, debemos sin embargo diferenciar en él dos aspectos: uno social y otro personal. Pues, tanto como una fe, también aporta en virtud de un pasado secular, una organización colectiva de la existencia. Por el conducto de la religión pasa una doble salvación: la salvación del individuo ciertamente, pero también la de la sociedad. En casi todas partes reina la convicción de que solamente respetando las exigencias de la ley cristiana puede un país encontrar el equilibrio y la armonía. Desde este punto de vista, tal y como señala Taine, la Iglesia se presenta bajo las apariencias de «un establecimiento de higiene moral y una buena administración de las almas», y de todo ello se desprende con naturalidad que «el respeto del cristianismo se impone a la opinión pública como un deber e, incluso, como una conveniencia»[8].

Considerado bajo este aspecto, el cristianismo forma una estructura en la cual todo se inscribe: las instituciones, la vida pública, los negocios, la educación, la moral colectiva, los destinos individuales. Las afirmaciones dogmáticas tienden a retroceder en beneficio de una *Weltanschauung* común. En la medida en que la religión es por prioridad una manera de ser y de vivir, más que una creencia estricta y definida, la religiosidad vence. De ello resulta que las barreras religiosas entre denominaciones sean a menudo menos sólidas de lo que parecen a primera vista (totalmente distinto de las barreras sociológicas). Es así como, a pesar de la gran rivalidad e incluso el antagonismo entre la Iglesia anglicana y las sectas no conformistas (o, incluso, como se decía entonces, entre *church* y *chapel*), llega a ocurrir que los fieles practiquen indiferentemente en una iglesia de la *Low Church* o en una capilla de *Dissent:* las distinciones, muy rigurosas en la cumbre, se difuminan en la base.

Pero, al lado de esta religión tan bien socializada que

8. Taine, H., *Notes sur l'Angleterre*, pág. 259, 1872.

se ha «temporalizado», desmenuzada e insípida hasta el conformismo, existe un cristianismo de la interioridad que pone el acento en la irrupción de la trascendencia en cada ser. Aquí la nota dominante la da el «evangelismo», gran corriente de restauración *(revival)* nacida en el siglo XVIII, cuyo apogeo propiamente religioso se sitúa entre 1780 y 1830, pero que a partir de esta fecha extendió su influencia en todo el país hasta llegar a ser un componente esencial de la mentalidad colectiva. A la unión del anglicanismo y del no conformismo (particularmente del metodismo), el *evangelicalismo* dio forma a la piedad y a la espiritualidad, a la teología y a las costumbres, hasta el punto de que su huella austera y puritana llega a persistir en pleno siglo XX.

En sus inicios, la doctrina *evangelical* enseña la experiencia religiosa fundamental: la conversión. Al hombre pecador, predica la salvación por la fe, es decir, por el conocimiento de Jesucristo, el Salvador. Pues el alma, situada entre la naturaleza —que solamente puede conducir a la condenación eterna— y la gracia —fuente de felicidad celestial—, encuentra en la misericordia infinita de Dios el camino del perdón y del consuelo. Desde el momento en que el pecador es guiado por la gracia, tiene asegurada la resurrección. Se comprende pues fácilmente que, en una sociedad tan dura, tan llena de innumerables infortunios como la sociedad victoriana, esta forma de cristianismo, aportando a la vez consuelo y protección, haya encontrado una tan amplia audiencia. Por añadidura, a diferencia de algunos no conformistas, principalmente baptistas, que se acogían estrictamente a la doctrina calvinista —sólo son llamados los «elegidos»—, el evangelismo anglicano o *wesleyen,* anuncia una salvación universal: todos son los llamados, puesto que «el justo queda justificado por su fe». Semejante religión, muy lejos de limitarse a unas construcciones teológicas, es en primer lugar práctica y vivida. Es una experiencia del corazón, y es popularizada hasta el infinito por himnos como *Jesus Lover of my Soul,* de Wesley, o *Lead Kindly Light,* de Newman, y transpuesta en una for-

ma laicizante en la tradición del humanitarismo sentimental de Dickens.

Es muy fácil ver como, partiendo de ahí, el evangelismo conduce directamente al puritanismo. Nacido del sentimiento obsesivo de la falta, insiste sin descanso en el horror del pecado, el temor al demonio, el miedo al infierno, hasta unas formas de culpabilidad mórbidas y unas fobias casi neuróticas: ¡cuántos niños victorianos, convencidos de ser solamente unos miserables pecadores, durmieron unos sueños agitados en el terror de no poder salvarse y de despertar en medio de las llamas eternas! Por ello, con la excusa de rechazar los placeres del mundo, esta versión del cristianismo condujo a un código moral de un rigor extremo. Su ascetismo es, por otra parte, mucho más teñido por las enseñanzas de los estoicos sobre la voluntad y la disciplina de sí mismo, que por el del Evangelio sobre el amor. La privación es glorificada por la privación. Leslie Stephen nos cuenta, por ejemplo, cómo su padre, fiel devoto de la «secta de Clapham», se prohibía el placer más inocente: «una vez fumaba un cigarro, y lo encontró tan delicioso, que dejó de fumar para siempre»[9].

Religión de acatamiento (pero no se sabe si este nacía del amor o del temor de Dios), el cristianismo victoriano llegó a promulgar una meticulosa serie de reglas que se trataba de aplicar al pie de la letra y no sin formalismo. Entre estas reglas —marco rígido de la existencia burguesa y, a veces, popular—, debemos citar la lectura de la Biblia (podemos incluso hablar de «bibliolatría»), la rogativa en familia (todavía poco en uso a principios del siglo y ya declinando a finales del mismo) y, sobre todo, el respeto del *sabbat:* con el pretexto de honrar el «día del Señor», todos los lugares de distracción estaban cerrados los domingos, y la vida parecía como detenida en este sombrío día (únicamente estaban abiertos los *pubs* debido a una violenta agitación obrera favorable a su apertura). En

9. Annan, N., *Leslie Stephen*, pág. 14, 1951.

cuanto a las «escuelas del domingo», tuvieron unos progresos considerables: mientras que en 1818 las *Sunday schools* solamente captaban un niño de cada siete, en 1888 alcanzaban a tres niños de cada cuatro.

De esta forma, un perpetuo sentimiento de obligación —con respecto a Dios o con respecto al prójimo— impregnaba las mentalidades victorianas. De este moralismo exigente destacaba un imperativo absoluto: el deber. Este superaba ampliamente el ámbito religioso. Los agnósticos le concedían el mismo valor universal que los devotos evangelistas y los católicos. Pues la noción del deber era interpretada tanto como una respuesta a la llamada de la conciencia como una obediencia a los mandatos de Dios. Podemos incluso decir que el rigor del moralismo era todavía mayor en aquellos que rechazaban cualquier revelación. Stuart Mill, George Eliot, Huxley, son unos ejemplos patentes. Hay en la vida de George Eliot un conocido episodio en el cual la novelista, evocando los tres grandes conceptos que han inspirado la humanidad —Dios, la Inmortalidad, y el Deber—, explica con pasión «cuán indispensable es el primero, cuán increíble es el segundo y, por tanto, cuán imperativo y absoluto es el tercero»[10]. De hecho, cualquier filósofo que hayan tenido los victorianos, fueran cristianos o librepensadores, «evangélicos» o utilitarios, «manchesterianos» o fabianos, liberales o conservadores, *little Englanders* o imperialistas, hayan militado como cartistas, nacionalistas irlandeses, mutualistas, republicanos o socialistas, todos compartieron un mismo credo: creyeron en la libertad y en la responsabilidad moral de cada individuo.

Pero, evidentemente, del moralismo a la hipocresía solamente había un paso. Y la burguesía victoriana pronto lo franqueó. Bajo la influencia del conformismo social, el *cant*, estrecho y pudibundo fariseísmo, tuvo rienda suelta. Encontró en la sexualidad su terreno predilecto. Ahí, las

10. Myers, F., «George Eliot», en *Essays*, pág. 268, 1885.

actitudes iban desde un silencio incómodo a la reprobación por las «bajas pasiones» y el carácter «animal» de la carne. ¡Maldición para todos los que se desviaban y para todas las víctimas —sobre todo femeninas—! La castidad se erigió en virtud cardinal. Se condenaba con igual intransigencia al hijo ilegítimo como al adulterio. Aunque el divorcio se introdujo en 1857 en la ley civil, el ostracismo con respecto a los divorciados durará mucho más allá del reinado de Victoria.

Evidentemente, la ética dominante con su rigurosa disciplina favoreció eminentemente el completo desarrollo de la sociedad liberal. Semejante ideología, predicando a la vez el espíritu de aceptación y el espíritu empresarial, la virtud y el conformismo, aunque no se redujo a un «opio del pueblo», fue innegablemente muy útil para consolidar el poder de las clases dirigentes. Pero debemos señalar que este código moral sólidamente estructurado, lo encontramos tanto en los rebeldes —del cartista Lovett al marxista Hyndman, del socialismo de Owen al de Keir Hardie— como entre los capitanes de industria y los *squires* conservadores. Desde los tradeunionistas del Yorkshire a los comerciantes explotadores de la India, el consenso sobre los criterios de moralidad se manifestaba prácticamente unánime.

Segunda pieza maestra de la sociedad victoriana, la familia (particularmente entre la clase dirigente y la clase media) presenta un triple carácter: moral, social y afectivo. Es una santa ciudadela. Es una pequeña unidad patriarcal. Es un lugar de paz doméstica. En la estabilidad del cuerpo social juega un papel esencial, pues forma parte de las convenciones que nadie pone en duda. Numéricamente, constituye, la mayor parte del tiempo, un amplio y diversificado grupo. En primer lugar, porque la unidad familiar reúne a padres, hijos, servidores, a menudo una tía y, a veces, incluso primos. Luego, porque la regla es tener muchos hijos: la contracepción está poco extendida, mal vista y, sobre todo, extraña para la mentalidad general. Debido a la elevada natalidad, se calculaba en

1860 una media de 6'2 hijos por familia, incluyendo a todas las clases sociales. Si clasificamos alrededor de 1870 a las familias según el número de hijos, comprobamos que el hijo único es más raro que las familias con 10 hijos. Un matrimonio de cada nueve tiene 11 hijos o más. Exactamente, la mitad de las familias tienen entre 5 y 10 hijos.

Dentro de la unidad familiar, la preponderancia masculina está sólidamente establecida. Aparece incluso como un dogma, que las mujeres no son las últimas en aceptar. Efectivamente, las nociones de pasividad y de fragilidad femeninas están tan profundamente ancladas como la idea de la superioridad viril. La pintura contemporánea, sea académica o prerrafaélica, expresa a la perfección la voluntad de idealizar la feminidad: por ello estos personajes diáfanos, etéreos, casi sobrenaturales, de las pinturas victorianas. Y el célebre poema de Coventry Patmore, consagrado al amor, lleva un título altamente simbólico de la misión sagrada asignada a la mujer: *El ángel en el hogar.*

Pero la familia debe ser considerada también como un refugio. El *home* es un refugio contra las preocupaciones y las brutalidades del mundo exterior. Uno suspira y se recupera en el calor del hogar doméstico. La imagen más corrientemente empleada a propósito de este hogar es la del «templo» santificado por la voluntad divina, signo de comunión y de elevación del alma, sitio de la educación, del respeto y del amor. Fue un feminista, Stuart Mill, el que no dudó en calificar a la familia de «escuela de cariñosa simpatía, de ternura y de olvido de sí mismo»[11]. ¿Y no es significativo que la más célebre música del principal compositor inglés del siglo XIX, Henry Bishop, sea el fragmento titulado *Home, Sweet Home?*

Un tercer culto viene a añadirse al de la moral y de la familia: el culto al trabajo. Con motivo de la Exposición Universal de Londres de 1851, los ingleses se vanagloriaban de su papel de «abejas trabajadoras de la colmena mun-

11. Mill, S., *The Subjection of Women*, cap. II, 1869.

dial», pues se proclamó que «los trabajadores eran los [que] entre todos se destacaban como unos hombres realmente grandes». Y las medallas distribuidas como recompensa a los expositores, llevaban la inscripción *Pulcher et ille labor palma decorare laborem*[12]. A decir verdad, el evangelio del trabajo se sitúa en un doble plano: religioso y económico. La labor es sacrilizada a la vez como necesidad y como virtud. De un lado, el desarrollo de la industria y del bienestar impone que se sea «industrioso». Por ahí se justifica el crecimiento, el enriquecimiento y el éxito. Y la moral puritana, insuflando el espíritu empresarial, extiende la idea de que el dinero es, ante todo, la recompensa del mérito. De otro lado, el trabajo, gracias a su origen divino, toma el sentido de una cruzada para la domesticación de la naturaleza y un remedio contra la duda y la desesperanza, haciendo que el hombre participe en la obra de la creación. Si es un deber impuesto por la condición humana, tiene igualmente el valor de una misión. Es por esto que todo el mundo debe, según su rango, encontrar en su trabajo una fuente de ascenso y de progreso. «Todo verdadero trabajo, afirma Carlyle, es religión.» En el extremo opuesto, no hay peor defecto que la holgazanería. La ociosidad se asocia con el vicio e incluso con Satanás. Es el camino de la perdición. (Por una curiosa inconsecuencia, no ven ahí la nula incompatibilidad con la existencia de un amplio sector de privilegiados, aristócratas y rentistas, que viven de las rentas sin trabajar.)

Uno de los más célebres cuadros prerrafaelistas, *Work*, de Ford Madox Brown, resume en un sentido voluntariamente democrático, la predicación victoriana sobre el trabajo. Toda alegoría, la tela, en la cual el artista ha trabajado durante años, y que se considera posee un mensaje moral, representa el trabajo, fuente de purificación y de elevación, en forma de cinco terraplenadores que trabajan en unas obras en una calle de Londres. En tomo a ellos unos

12. Briggs, A., *Victorian People*, pág. 49, 1954.

ociosos sirven de antítesis: un *gentleman,* una dama pía, un vagabundo. La figura central, imagen, como explicó el pintor, «de santa virilidad y de bondad», es el trabajador inglés, consciente de su utilidad y de su valor, el hombre «que hace bien su trabajo y estima su vaso de cerveza». En un extremo del cuadro, están situados dos personajes con aire meditabundo —son Carlyle y el socialista cristiano Maurice— que encarnan a los trabajadores intelectuales. Homenaje simbólico a la dignidad del trabajo y a la grandeza del obrero, la composición, muy elaborada hasta el más mínimo detalle, constituye una verdadera apoteosis del trabajo.

2. Los elementos motores

Puesto que los éxitos materiales, la estabilidad política, la grandeza de la nación y su preeminencia en el mundo dieron a John Bull una inalterable seguridad (es el triunfo del *Civis britannicus sum*), de ello no podemos deducir que la época victoriana estuviera completamente tejida de certezas y de perspectivas optimistas. Inglaterra estuvo al mismo tiempo atravesada por corrientes de inquietudes. Varios sobresaltos la recorrieron en varias ocasiones. Efectivamente, los grandes conflictos que agitaban entonces Europa —la cuestión obrera, el movimiento de las nacionalidades, la batalla entre la fe y el librepensamiento— la alcanzaron también de frente. Lejos de dejarse mecer en un conflicto cómodo, experimenta intensamente el efecto de todas las sacudidas del siglo: conmociones sociales —es el problema de las relaciones del trabajo y del capital—, conmociones nacionales —es la cuestión irlandesa—, conmociones religiosas e intelectuales —son los múltiples debates teológicos, filosóficos y literarios—.

CUESTIÓN OBRERA Y PAVORES SOCIALES

En un famoso pasaje de su novela *Sybil* (1845), Disraeli describe a Inglaterra como un país compartido entre «dos naciones» totalmente extrañas una de otra: la de los ricos y la de los pobres. No es ello solamente una reducción brutal de la estratificación social británica; la imagen expresa perfectamente el sentimiento que manifestaban los contemporáneos de una separación en dos de la sociedad: de un lado, la oligarquía de los privilegiados, de la otra, la masa rugiente de las «clases bajas». La misma exten-

sión del proletariado obrero, la concentración de las masas miserables en enormes aglomeraciones urbanas, la inmensa fosa que, por la renta, el nivel de vida, la educación, las maneras, separaba las «clases superiores» de la multitud de trabajadores manuales, todo hacía temer a unos y esperar a otros una gran conmoción que alterara en un sentido igualitario la distribución profundamente desigual de las riquezas.

La Revolución Industrial alcanzó en aquellos momentos su pleno efecto. Inglaterra debió pagar un elevado precio humano por sus éxitos en el plano de la industrialización. Incluso para aquellos que quieren ignorarlo, la cuestión social (bautizada *Condition of England Question)* se impone en toda su amplitud como una amenaza terrible, a veces latente, a veces descubierta. En unos, entre las conciencias puras, suscita la angustia de la miseria; en otros, los provistos de fortuna, con los bolsillos bien repletos, es el temor a perderlo todo.

En los distritos fabriles, hacia donde afluía una población cada vez más numerosa, todos los observadores fueron impresionados (¿cómo por otra parte no lo estarían?) por la dureza, la brutalidad y la degradación de la vida obrera. Largas horas de trabajo, explotación de las mujeres y los niños, inseguridad en el empleo, lamentable higiene de los talleres y de las viviendas, amontonamiento en los *slums,* estricta disciplina del *factory-system,* degradación física y moral, ruptura de los vínculos familiares, alcoholismo y prostitución, deshumanización que reducía a los seres a un estado de animales de labor en una atmósfera de triste abatimiento: el cuadro ha sido tan a menudo dibujado, que no es necesario insistir más. Pero sí que debemos recordar que ahí está la tela de fondo sobre la cual se desenvuelve la existencia cotidiana. Las investigaciones de los médicos, de los *clergymen,* de las comisiones reales, recogen las mismas conclusiones de Engels en su obra clásica sobre *La condición de la clase obrera en Inglaterra* (1845). En Bath, la ciudad burguesa y elegante, la esperanza media de vida de un *gentleman* era de 55 años,

en Liverpool, la de un peón era de 15 años. En Edimburgo, un oficial de policía relata que, en los barrios pobres, cuando preguntaba «¿Cuándo se ha lavado usted por última vez?», invariablemente la respuesta era «la última vez que estuve en la cárcel». En Manchester, se calculaba que 20.000 personas vivían en sótanos. En las fábricas, una mujer ganaba una tercera parte de lo que ganaba un hombre adulto, y un niño entre la cuarta y la décima parte.

En cuanto al foso existente entre las clases sociales, la diferencia de las rentas lo expresa de forma elocuente. Mientras que el salario medio de un tabajador manual era a mitad del siglo entre 40 y 60 libras esterlinas por año, en la buena burguesía la renta de un miembro de las profesiones liberales o comerciales se elevaba entre las 400 y las 1.000 libras esterlinas; en la aristocracia terrateniente un *squire* disponía de 2.000 a 3.000 libras esterlinas, y entre los grandes señores las rentas alcanzaban de 10.000 a 50.000 libras esterlinas (por añadidura, se trataba, en estos últimos casos, de rentas sin esfuerzo alguno). En materia de salario, la ortodoxia de la economía clásica disponía que las tasas fueran fijadas al mínimo estricto requerido para la subsistencia del obrero. Este fue el principio formulado por Adam Smith (es necesario, decía Arthur Young, su émulo, «mantener a las clases inferiores en la pobreza, sin la cual jamás serían industriosas») y que Ricardo retomó con brillantez (los socialistas hablarán de «ley de bronce» de los salarios).

Pero por sólida y poderosa que fuera, la sociedad de entonces vivía con el sentimiento constante de una inminente explosión. El miedo social apenas la dejaba tranquila. Se temía el brusco levantamiento de las masas salvajes, echadas a la calle por la miseria y excitadas por los «agitadores». Imaginaba el orden derribado y el populacho instalado en el poder, a semejanza de las revoluciones francesas, cuyo espectro, según Burke, no cesaba de alterar los espíritus. El lenguaje del jacobinismo se perpetuó además entre los radicales y los cartistas. De Carlyle *(La Revolución Francesa,* 1837) a Dickens *(Historia de dos ciuda-*

des, 1859), los escalofríos retrospectivos encontraron fácilmente con qué alimentarse en los acontecimientos de 1830 y de 1848. En la misma Inglaterra, el primer tercio del siglo fue marcado por sacudidas y violencias: luchas civiles del ludismo, de Peterloo, del «capitán Swing»; promesas socialistas y sindicales; agitación popular por la reforma electoral. Sin duda en todo momento la revolución pudo ser evitada, «el orden y la ley» mantenidos. Pero todo el mundo se preguntaba hasta cuándo. Entre 1832 y 1850 asistimos al desarrollo del tradeunionismo, al nacimiento del cartismo, al combate por el movimiento librecambista (situado deliberadamente en un frente de clase: burguesía contra aristocracia); a lo que se añadía toda una agitación endémica: lucha contra la ley de los pobres, campañas para la legislación del trabajo *(Factory reform),* cooperativismo, tentativas de educación obrera.

También el sentimiento de la amenaza revolucionaria subsistía más fuerte que nunca. Por una bagatela todo el mundo veía levantarse las más espantosas imágenes: el pillaje, el desorden, el reino de *King Mob.* Recorriendo en ferrocarril los Midlands, el dulce Shaftesbury suspiraba: «Estas ciudades siempre me impresionan: una masa de seres humanos que nada detiene que no sea la fuerza y la costumbre, y que escapan a cualquier influencia porque están al margen de cualquier disciplina moral o religiosa, todo ello me hace el efecto de un milagro permanente»[1]. Incluso después de la mitad del siglo, cuando cualquier peligro revolucionario parecía alejado, los temores tampoco se apaciguaron. Bertrand Russell relató cómo en 1869, en plena tranquilidad victoriana, su abuelo, tendido en su lecho de muerte, y escuchando de pronto un gran ruido en la calle, creyó que ello era el signo de la revolución[2]. A finales del siglo encontramos este mismo

1. Hodder, E., *The Life and Work of the 7th Earl of Shaftesbury,* vol. I, pág. 527, 1886.
2. *Ideas and Beliefs of the Victorians,* pág. 20, 1949.

miedo de las hordas bárbaras saliendo de sus *slums* para atacar la propiedad privada y derribar el edificio social. «Nuestra civilización», señala Mark Rutherford, solamente está formada por «una fina película, una especie de costra por encima de la chimenea de un volcán»; pero debemos preguntarnos «si algún día el volcán no va entrar en erupción y nos va a destruir a todos»[3].

LA AGITACIÓN CARTISTA Y EL MOVIMIENTO OBRERO

De hecho, entre 1836 y 1848 una inmensa agitación revolucionaria conmueve a Inglaterra en sus profundidades: es el cartismo. Aunque este desemboca finalmente en un fracaso, marca a todo el país por muchos años, y sus reivindicaciones servirán de arquetipos a todas las corrientes de emancipación democrática hasta principios del siglo XX.

El movimiento partió de las decepciones del mundo obrero después del doble fracaso de las esperanzas políticas de 1830-1832 (el *Great Reform Bill* solamente favoreció a las clases medias y los trabajadores nada obtuvieron: ni derecho de voto ni mejora de su situación) y de las tentativas de organización sindical de 1833-1834 (la idea de una gran federación sindical fracasó). El cartismo se alimentó también de la indignación popular frente a la aplicación de la ley de los pobres en 1834. El principio de la nueva *Poor Law,* fue la disuasión. Para sus autores, se trataba de aplazar lo más posible el recurso a la asistencia pública instituyendo el internamiento de los indigentes en unos asilos o *workhouses* —muy pronto denominados «bastillas»— de manera que los pobres se vieran obliga-

3. *Mark Rutherford's Deliverance,* pág. 65, 1885.

dos a trabajar por un salario en lugar de disponer de la caridad de las colectividades locales: sistema que Carlyle fustigó con un desprecio mordaz («es una simple invención, como son todos los grandes inventos [...]. Si los pobres se hacen más miserables, su número todavía disminuirá. Este secreto es conocido por todos los cazadores de ratas») y que Dickens, emocionado de conmiseración, denuncia en *Oliver Twist*. La hostilidad casi visceral a la humillante *Poor Law* se refuerza todavía más a partir del momento en que una sucesión de crisis económicas cíclicas —las de 1837-1838, 1842, 1847-1848— extienden la miseria y la desesperación en todos los distritos industriales.

Pero quizá todavía más que una reacción a la coyuntura política y económica, el cartismo debe interpretarse como un coletazo del proletariado inglés aplastado por los horrores de la Revolución Industrial, aquejado por la crisis de los viejos oficios artesanales y totalmente impregnado de la tradición democrática de independencia y de orgullo individual, de igualdad y de libertad (la *free-born Englishman)*. Tanto como el pan, es el derecho a la dignidad lo que reivindican los obreros en su rebelión.

El cartismo sacó su nombre de la «Carta del Pueblo» elaborada en 1838 por algunos artesanos y obreros londinenses, entre ellos Lovett, reunidos en la *Asociación de los Trabajadores de Londres*. Transformada muy pronto en el grito de reclutamiento del movimiento, la Carta incluía seis puntos: 1) el sufragio universal; 2) la renovación anual del Parlamento; 3) el escrutinio secreto; 4) una indemnización parlamentaria para los diputados; 5) la supresión del censo de elegibles; 6) la igualización de las circunscripciones electorales. Estas reivindicaciones, aunque todas eran de orden público, no debían enmascarar el carácter social del cartismo. La idea básica era que la reforma política representara el primer medio y el único posible de la transformación de la sociedad. Para dar a todos una existencia decente y humana en un sistema social justo e igualitario, se debían arrebatar las palancas de mando

a las «clases estériles», es decir a la oligarquía de privilegiados que las ocupaban por la fuerza. Así, los trabajadores podrían instaurar un nuevo reparto de los frutos del trabajo conforme a los derechos y a las necesidades de cada uno.

En tres oportunidades la ola cartista barre el país. En 1839, mientras una gran campaña de peticiones recogía 1.200.000 firmas en favor de la Carta del Pueblo, innumerables mítines, manifestaciones, cortejos y desfiles con antorchas tenían lugar en toda Inglaterra. En Londres se reune una «Convención» (en recuerdo del jacobinismo) o «Parlamento del Pueblo». Algunos proponen la huelga general en forma de paro en el trabajo durante un mes («el mes sagrado»). En el seno de las clases dirigentes, la angustia frente a la presión revolucionaria alcanza sus límites, mientras que el más brillante de los líderes cartistas, Feargus O'Connor, lanza una proclama que se hizo famosa «a las chaquetas de fustán, manos encallecidas y barbillas mal afeitadas de Inglaterra y Escocia, a los irlandeses andrajosos y descalzos». Pero pronto el movimiento, debilitado por la represión gubernamental, se divide, duda y cae.

Dos nuevas olas cartistas agitaron todavía Inglaterra. En 1842, en lo más fuerte de la peor depresión económica del siglo, la Asociación Nacional para la Carta presenta una nueva petición, recogiendo esta vez más de tres millones de firmas. Pero el Parlamento la rechaza después de un gran debate, en donde el sufragio universal se proclama «incompatible con la propiedad [...] y, por consiguiente, incompatible con la civilización» (Macaulay). En 1847 empieza una nueva fase de agitación. Es la tercera Convención cartista y la tercera petición. En la primavera de 1848, los fragores revolucionarios se amplían al norte industrial, exaltados por el eco de las revoluciones europeas. Pero el 10 de abril, mientras las autoridades movilizaban todas las fuerzas de policía disponibles, la gran manifestación cartista prevista en Londres con motivo de la entrega de la petición al Parlamento, terminó en un com-

pleto fracaso. Es en el transcurso del verano que el movimiento va extinguiéndose poco a poco con la general decepción. Sin embargo, el cartismo no estaba muerto: resurgió, más militante todavía, y abiertamente socialista en lo sucesivo, aproximadamente hacia 1860, pero solamente interesó a pequeñas minorías dispersas ya que la mayoría de los obreros se había ido apartando. Es por ello que en lo sucesivo no apareció como una seria amenaza para el orden social.

Si el cartismo fracasó, fue sin lugar a dudas, y en primer lugar, debido al carácter heterogéneo de la clase obrera, por sus debilidades internas, y por su dispersión geográfica. A este respecto, el hecho de que el movimiento hubiese encontrado su fuerza principal en las regiones industriales del norte, mientras que la sede del gobierno y de las decisiones estaba situado en Londres, constituyó para él una enfermedad congénita. A ello debieron añadírsele las perpetuas divergencias de táctica que agravaron las disensiones personales: los líderes más moderados como Lovett, no se entendían con los elementos más radicales como O'Brien y, sobre todo, O'Connor, Harney y Ernest Jones. Todavía más que todas estas causas, se debe invocar la seguridad en su poder de las clases dirigentes y su determinación a defenderse. En este caso, aristocracia y burguesía se encontraron unidas contra las reivindicaciones populares.

Así, el más poderoso movimiento revolucionario que conoció Inglaterra en el siglo XIX, no consiguió ni derribar ni incluso poner seriamente en peligro a la sociedad establecida. El orden triunfó. El año 1848, que ve cómo Europa entera estaba transtornada por las revoluciones, señala un triunfo para Inglaterra, única entre los grandes estados que no fue atacada por la oleada subversiva. Mientras que en torno a ella los tronos caían, mientras que se levantaban barricadas, muy pronto aplastadas bajo los cañonazos de la contrarrevolución, hizo una brillante demostración de estabilidad y de paz interior. También es cierto, no obstante, que algunas conmociones se deja-

ron sentir. Junto con la agitación cartista de la primavera de 1848, debemos mencionar la rebelión, rápidamente abortada, de la *Joven Irlanda*. Pero, ¿qué son estos movimientos esporádicos al lado de los grandes estallidos del continente? Testimonio del fracaso de la manifestación revolucionaria de Londres, Berlioz confía a su periódico: «¡Valiente gente! hacen la revolución de la misma manera que los italianos escriben sus sinfonías [...]»[4].

De esta fuerza de permanencia, de este espíritu de ponderación y de prudencia, se felicitaba la prensa y la opinión pública. Poco después, Palmerston sacaba orgullosamente la lección:

> «Hemos dado el ejemplo de una nación en la cual cada clase de la sociedad aceptó con satisfacción la suerte que la Providencia le asignó, mientras que al mismo tiempo cada cual dentro de su clase no dejó de hacer su esfuerzo para elevarse en la escala social —no por medio de injusticia ni de perjuicios, ni por la violencia o la ilegalidad, sino por la buena conducta, y aprovechando con perseverancia y energía las facultades morales e intelectuales con que han sido dotados por el Creador[5].»

Después de 1850, el movimiento social, calmado y canalizado, reviste otras formas. Pero no debemos por ello minimizar no obstante el combate obrero. Este prosiguió su doble lucha en tres direcciones contra la patronal y por la democratización. La primera fue la del movimiento cooperativo. La aspiración de Owen de un mundo comunitario terminó por encontrar un medio de realización. Pero fue de una manera moderada y aminorada: se hizo tendero al contemporanizar con la mercancía. En el folleto que distribuyeron los iniciadores del cooperativismo, los «Equitativos Pioneros de Rochdale», leemos: «El objetivo de esta sociedad es la elevación moral e intelectual de sus miem-

4. Berlioz, H., *Mémoires*, vol. I, pág. 22.
5. *Hansard*, 3.ª serie, CXII, 443, 24 de junio de 1850.

bros [...]. Les suministra comestibles, carne, tejidos, vestidos y zapatos». El segundo camino adoptado fue el del tradeunionismo. Luego de que su existencia legal fuera autorizada en 1824-1825, los sindicatos fueron progresando con avances y retrocesos sucesivos. A partir de mediados del siglo, se fueron reforzando en número, en organización y en recursos financieros. Dos importantes avances jalonaron este esfuerzo: la formación en 1860 de la Bolsa del Trabajo de Londres y, sobre todo, la creación en 1868 de la Confederación de los Sindicatos Británicos, el *Trades Union Congress,* o TUC. En 1874, los efectivos alcanzaban un primer *record:* 1.200.000 sindicalistas. Finalmente, la presencia de numerosos refugiados políticos en suelo inglés, la simpatía popular por los movimientos nacionalistas en Europa (se aclamaron como héroes a Kossuth y Garibaldi), el sentimiento de la comunidad de destino entre trabajadores por encima de las fronteras, condujeron a un auténtico sentimiento de solidaridad obrera que hizo participar a las *trade-unions* en la fundación y en las actividades de la Tercera Internacional desde 1864 a 1871.

Estamos sin embargo lejos del consenso con el que soñaban los nostálgicos de la sociedad de antaño. No se trata de que el movimiento obrero de la era mid-victoriana renuncie a arreglar el mismo orden social. Para él, no se trata de derribar el capitalismo, sino de ajustarlo de manera que penetre en él la democracia social. Tampoco las clases «superiores» dejan pasar la ocasión sin alabar la cordura, la moderación y el realismo del mundo del trabajo.

LAS TURBERAS DE IRLANDA: ESTANCAMIENTO Y BENEFICIOS

Única región del globo en donde la poderosa Albión tuvo que registrar el fracaso de su política, Irlanda constituye de alguna forma el talón de Aquiles del Reino Unido. Los ingleses nunca llegaron a comprender ni a gobernar a los irlandeses, como tampoco los irlandeses aceptaron la dominación que les fue impuesta. En la opinión internacional, el trato sufrido por «la Polonia de las Islas Británicas» contribuyó ampliamente a empañar la imagen de marca de la Inglaterra liberal. En medio de una serie ininterrumpida de éxitos, la excepción merece singularmente señalarse. Únicamente que este talón de Aquiles no resultó ser una herida fatal: irritante, a veces exasperante para los británicos, la cuestión irlandesa, este «mal incurable, pero nunca mortal», como se le ha llamado cínicamente, complicó sin duda alguna la tarea de casi cada gobierno, pero nunca estos deberes pusieron realmente en peligro los intereses vitales de Inglaterra.

Cuando Victoria subió al trono, Irlanda vivía desde hacía 37 años bajo el régimen de la Acta de Unión, que integró la isla al reino aboliendo los signos distintivos del particularismo irlandés. El principal objetivo del movimiento nacional conducido por O'Connell, el prestigioso «rey de los mendigos», fue obtener la abrogación (el *repeal)* de la Unión. Entretanto, la gran masa de campesinos, abrumados por un sistema agrario que los ponía a merced de los grandes propietarios, los *landlords* angloirlandeses y sus agentes locales, estaban todavía más preocupados por los problemas inmediatos de la supervivencia que por el envite de las luchas políticas, aunque en el nacionalismo irlandés se encuentra todo mezclado: antagonismos nacionales y antagonismos religiosos, lucha agraria y batalla por

la autonomía política, conflictos de mentalidades con los ingleses y testaruda vinculación a la identidad irlandesa. Para defender sus derechos sobre sus trozos de tierra, los miserables arrendatarios recurrieron al terrorismo, que como contrapartida reforzó la represión de las autoridades británicas. Una inestabilidad endémica asoló el campo. Y como factor agravante, un crecimiento demográfico extremadamente rápido (5.200.000 habitantes en 1801, 8.300.000 en 1845), sin ningún progreso correspondiente en productividad ni industrial, precipitó todavía más en la miseria a los campesinos y acentuó el «hambre de tierras» en los distritos superpoblados de la isla.

Por el lado inglés no había más que desprecio por los *Paddies,* esta raza turbulenta y brutal (con motivo de los «crímenes» agrarios, ¡no llegaban hasta la mutilación de los animales!), pueblo de chillones y perezosos, embrutecidos por el alcohol y el papismo... En consecuencia, la política que prevaleció fue de firmeza. Sin perjuicio de introducir de tanto en cuanto reformas cuando las reivindicaciones irlandesas se hicieron peligrosamente apremiantes, o cuando pareció necesario aportar apaciguamientos prácticos. Pero esta alternancia del engaño y el bastón o, como se decía entonces, del «puntapié» y de la «sonrisa» *(kicks and kindness),* no hizo más que exasperar a la opinión pública irlandesa, la cual, despues de 1840, se concentró resueltamente en el *repeal.* Sin embargo, la gran campaña de mítines organizada por O'Connell fue claramente parada por Peel, que prohibió las concentraciones e hizo encarcelar al viejo líder. Otro movimiento nacional, romántico y generoso, tomó el relevo: la *Joven Irlanda.* Pero sus jefes, víctimas de su idealismo «quarante-huitard», no consigueron organizar el levantamiento con el que soñaban. En 1848, la prevista insurrección nacional se redujo a una escaramuza en medio de un campo de coles: «la ley y el orden» británicos triunfaron sin esfuerzos.

Por lo demás, en estas fechas Irlanda se encontraba exhausta y desesperada. En este país, en donde la existencia física de la mitad de la población se basaba en el

cultivo de las patatas, estalló una epidemia en 1845 que ocasionó que una vez tras otra dos cosechas fueran completamente destruidas. Fue una catástrofe sin remisiones. Al menos unos 750.000 irlandeses murieron de hambre y un millón de ellos emigraron.

En los años siguientes, un partido irlandés independiente intentó constituirse en Westminster, pero sin llegar a conseguir, tal y como pretendía, formar un grupo de presión capaz de obtener la reforma del Parlamento. Otros irlandeses decidieron recurrir a la violencia. En vinculación con sus compatriotas emigrados a Estados Unidos —los irlandoamericanos— e Inglaterra, fundaron la *Fraternidad Republicana Irlandesa.* Pero los *Fenians* fracasaron en todas sus tentativas de golpes de mano. La única mejora real aportada al estatuto de la isla fue la ley de desestablecimiento de la Iglesia anglicana en Irlanda, medida tomada en 1869 por iniciativa de Gladstone en unos deseos de reconciliación («mi misión, dijo, es la de pacificar Irlanda»).

En realidad, los irlandeses no se dejaron someter de ningún modo. Las raíces del nacionalismo céltico penetraron demasiado profundamente para poder desarraigarse fácilmente. Por lo demás, la mayor parte del tiempo la política británica solamente consiguió exacerbar el sentimiento nacional. Pero, finalmente, la Inglaterra victoriana, aunque atascada en las turberas irlandesas, sacó del país apreciables beneficios. Sin hablar incluso de las satisfacciones de la voluntad de poderío y de orgullo nacional —que sería difícil evaluar— ni de las ventajas geopolíticas, estratégicas y navales que proporcionaba el dominio sobre «la segunda isla de John Bull», Inglaterra extrajo de Irlanda beneficios, fáciles de comprobar, tanto en el plano demográfico como en el económico. Irlanda facilitó permanentemente, de 1830 a 1870, mano de obra barata, una especie de «ejército de reserva» del trabajo. Por otra parte, representaba un mercado para los productos industriales ingleses y una fuente de suministro de productos agrícolas. Finalmente, a los beneficios del comercio se añadían aquellos de la propiedad: las rentas rurales iban enrique-

ciendo a los *land-lords* de la aristocracia angloirlandesa, contribuyendo de una manera no despreciable a su tren de vida en Inglaterra.

INQUIETUDES ESPIRITUALES

Detrás de la aparente serenidad de los victorianos, se disimulan gran número de interrogantes y de dudas. La optimista confianza color de rosa atraviesa un mar de dudas. En muchos momentos algunos nubarrones llegan a empañar el resplandeciente brillo de los éxitos materiales. En el poema más célebre y más representativo del «mid-victorianismo», *In Memoriam* (1850), Tennyson, continuamente obsesionado por la presencia de la muerte, hace que se oiga la grave voz de una conciencia llena de ansiedades y de incertidumbres. Además, las incesantes controversias que tienen lugar, ponen perfectamente de manifiesto la apasionante búsqueda de una verdad, que muchos no consiguen ni captar ni encerrar en un credo positivo.

Una de las primeras fuentes de inquietud era el estado religioso del país. Aunque Inglaterra pasaba por ser el prototipo de la nación cristiana, los resultados del censo religioso que tuvo lugar en 1851 fueron un choque emocional en la opinión pública. Fue una brusca revelación de la descristianización práctica de las masas. Desde hacía mucho tiempo, los anglicanos estaban alarmados por la subida del no conformismo. Entre 1801 y 1851 el número de capillas baptistas se elevó de 650 a 2.800, el de las capillas congregacionalistas de 900 a 3.200; en cuanto a las capillas metodistas, su efectivo subió de 800 a 11.000. Pero esta vez se trataba, sumadas todas las confesiones cristianas, de un dramático retroceso de la práctica religiosa, puesto que el día en que se efectuó el cen-

so, solamente la mitad de la población en edad de practicar su credo se encontraba presente en las iglesias y capillas de Inglaterra. Incluso teniendo en cuenta todos los impedimentos posibles, era al menos el 40% de la población la que estaba al margen de los establecimientos del culto. Por otra parte, el hecho fue confirmado por múltiples observaciones y testimonios de *clergymen*, que se lamentaban de la desafectación de sus fieles. Sin discusión posible, la estadística demostró a las Iglesias la separación existente entre el ideal que se proclamaba y la realidad viviente. Otro signo de inquietud: se comprobaron unas tasas particularmente bajas de la práctica religiosa en los centros urbanos, especialmente en Londres y en las ciudades industriales de Lancashire y de Northumberland-Durham. En el *East End,* en los barrios obreros de Manchester, la presencia en las iglesias anglicanas cayó por debajo del 10% de la población, y añadiendo incluso en este caso a esta cifra los practicantes no conformistas, los resultados eran una enorme mayoría de «espíritus sutiles» —cualificados inmediatamente de «paganos»—.

Si examinamos estos datos, del reparto por confesiones religiosas se desprenden tres grandes grupos de una importancia muy diferente. Los anglicanos y los no conformistas están casi igualados. Según los recientes estudios críticos, que corrigen los dudosos datos del censo, los no conformistas incluso los superan ligeramente (49% del total, contra el 47% de fieles de la Iglesia establecida). Pero los no conformistas están divididos entre: 1) afiliados de las tres «viejas denominaciones» del *Dissent* (congregacionalistas, una cuarta parte de los no conformistas; baptistas, una quinta parte; y los presbiterianos, con muy pocos afiliados); 2) metodistas (el grupo más numeroso, totalizando la mitad de los no conformistas, pero subdivididos en sectas: wesleyanos, «metodistas primitivos», *New Connexion, Bible Christians,* etc.); 3) pequeños grupos formados por los unitarios, los cuáqueros, los «hermanos de Plymouth», etc.

El resto de practicantes lo constituía la minoría católi-

ca (4 % del total de las Iglesias), concentrados sobre todo en Lancashire, Londres y los otros distritos industriales, caracterizados por una enorme preponderancia de elementos irlandeses y obreros. En la época del censo, el catolicismo estaba en pleno renacimiento en Inglaterra (era la «segunda primavera»), y sus progresos numéricos indujeron al papado a decidir en 1850 el restablecimiento de la jerarquía católica. El acontecimiento consagró la espectacular subida del «papismo», considerado hasta entonces como una supervivencia a la que se hacía poco caso.

Pero otros significativos temas preocupaban profundamente las conciencias. Se estaba en el período en que, según palabras de Morley, el político radical y agnóstico, «la era de la ciencia, de los nuevos conocimientos, de la crítica despiadada, daba como resultado la multiplicación de las dudas y el quebrantamiento de las creencias»[6]. El gran debate sobre la fe y sobre la verdad se va generalizando. Por todas partes surgen los interrogantes: ¿Dios existe? ¿Está llamada el alma a un destino sobrenatural? ¿Podemos creer en la recompensa del cielo y en el castigo del infierno? ¿Qué significa la voz de la conciencia? ¿Podemos fundamentar una moral sin Dios y sin la inmortalidad del alma? Para aquellos que han elegido el cristianismo, ¿de qué lado debe buscarse la verdad? ¿Del lado católico? ¿Del calvinista? ¿O bien del anglicano? Y, dentro del mismo anglicanismo, la verdad y la santidad ¿dónde están? ¿En la *High Church*? ¿En la *Low Church*? ¿O en la *Broad Church*? Frente al formidable ejército de los defensores de la revelación, las tropas del agnosticismo se van reforzando, apoyados por un cierto anticlericalismo popular, tadavía vivaz. A muchos, la conquista del librepensamiento les aparece como la última palabra de la emancipación: el único medio de quitarse las tiranías religiosas. Es así como George Eliot, después de rechazar la fe «evangéli-

6. Morley, J., *Recollections*, vol. I, pág. 100, 1917. Morley evoca la atmósfera de los años 1850-1870.

ca» de su juventud, confía que experimentó «una impresión de alegría y de esperanza», pues su alma se vio «liberada del miserable lecho de Procusto dogmático en el cual había estado acostada y encadenada»[7].

Tres principales controversias de orden teológico y filosófico concentraban la atención de la opinión pública. La primera era consecuencia del despertar anglicano *(Anglican revival)* que, bajo el nombre de *Movimiento de Oxford,* conmovió a la Iglesia establecida entre 1833 y 1845.

El movimiento sacó su fuerza de un doble rechazo. En primer lugar, el rechazo del individualismo mezquino de la teología *evangelical* que amenazaba con reducir a la Iglesia a un papel de gendarme moralizador. Por otra parte, era una reacción contra el liberalismo ambiental, entonces en plena ola intelectual y política (estábamos en 1832), que, en nombre del racionalismo teísta, reducía la revelación a un vago mensaje espiritualista, pretendiendo someter a un proceso laico las instituciones eclesiásticas según criterio de utilidad social. Frente a estos peligros, era necesario, para las almas profundamente religiosas llamadas al despertar, restablecer el sentido de la misión divina de la Iglesia, afirmando muy alto que esta ha sido instituida por Dios y no por los hombres. En otras palabras, se trataba de volver a la verdadera Reforma anglicana, que quiso adoptar una vía intermedia entre Roma y Ginebra. De todo ello se desprende la necesidad de restaurar el carácter «católico y apostólico» de la Iglesia de Inglaterra.

Pero el Movimiento de Oxford —llamado así porque se desarrolló en torno a un pequeño grupo de *clergymen,* profesores en la Universidad de Oxford, Keble, Pusey, Froude y, el más célebre de todos, Newman, que será nombrado cardenal— no quiere limitarse a un esfuerzo de renovación teológica. Surgido de una inquietud de con-

7. Carta de George Eliot a la señora Pears, febrero de 1842, en Cross, J. W., *George Eliot's Life as related in her Letters and Journals,* 3 vols., vol. I, pág. 80, 1885.

ciencia, salía también en búsqueda de una auténtica espiritualidad católica, amplia, profunda y sacramental —muy diferente de la fría estrechez del evangelismo—. Poniendo el énfasis en la libertad del hombre y el amor de Dios, invocaba la gran tradición de santidad que se remonta a los Padres de la Iglesia y a las comunidades cristianas primitivas. Así, conservador en sus inicios, el movimiento consigue de hecho, por su audacia, revolucionar el anglicanismo, restituyendo al mismo tiempo un esplendor incomparable a la tradición *High Church*. Su pensamiento se manifiesta en una serie de *tracts* (de ahí el nombre de *tractarianismo)* publicados de 1833 a 1841. Sin embargo, en estas fechas el Movimiento de Oxford se divide. Unos, cada vez más convencidos de que la teoría del anglicanismo como «vía intermedia» era insostenible y que la verdad se encontraba del lado romano, se volvieron a incorporar al catolicismo: este fue el caso particular de Newman, cuya conversión en 1845 (seguida de otros muchos) tuvo un efecto atronador. Los otros elementos, especialmente Pusey y Keble, continuaron siendo fieles a la Iglesia establecida. Después de 1845, acentuaron la restauración de los ritos litúrgicos en el culto anglicano: estos fueron los «ritualistas». Así se mantuvo muy vivaz una tradición *anglo-católica,* a menudo blanco de críticas y ataques de los evangelistas de la *Low Church,* que veían ahí una forma encubierta de papismo.

Junto con la Alta y la Baja Iglesia, hizo su aparición dentro del anglicanismo otra corriente a partir de mediados del siglo: fue la Iglesia abierta o *Broad Church.* Aquí, el punto de partida era investigar la conmoción provocada por la penetración de la crítica histórica en el terreno de los estudios religiosos. Importada de Alemania, la crítica bíblica se basaba en un principio simple: tratar los textos sagrados como cualquier otro texto histórico profano, aplicándole los mismos métodos científicos. Dicha actuación, completamente revolucionaria, desembocó muy pronto en unas revisiones espectaculares que escandalizaron: el Pentateuco, analizado, se disemina en porciones hete-

rogéneas y al Evangelio de San Juan se le denomina el «Cuarto Evangelio». De pronto, los dogmas más asentados parecen tambalearse. ¿No van a hundirse con ello las bases de la revelación y también todo el cristianismo? Es para responder a estas angustiosas preguntas que un cierto número de anglicanos liberales deciden proceder a un riguroso reexamen de la enseñanza tradicional de la Iglesia. Su finalidad es la de determinar lo que puede y debe ser conservado, abandonando todo lo que a la luz de la crítica bíblica sea caduco e insostenible. Semejante espíritu «modernista» les vale a los que mantienen esta posición latitudinaria (de ahí viene el nombre de Iglesia «abierta»), furiosas denuncias, tanto por parte de los anglocatólicos de la *High Church* como de los evangelistas de la *Low Church*. Particularmente desde el libro titulado *Essays and Reviews* (1860), en donde se resumen los puntos de vista de los innovadores, se desencadenan unas polémicas sin fin.

En la misma época, una tercera controversia hacía furor. Era el gran debate entre la ciencia y la fe. Presto desde hacía un cuarto de siglo por los descubrimientos de los geólogos, que ponían en duda los relatos bíblicos del diluvio y de la creación, el debate alcanzó su punto culminante con motivo de la publicación en 1859 del famoso libro de Darwin sobre *La evolución de las especies*. La pregunta se planteó con toda su brutalidad: ¿existe incompatibilidad entre los descubrimientos de la ciencia y las bases de la fe? La batalla no solamente agitó al mundo intelectual, sino que alcanzó a todos los medios, repercutiendo principalmente en los obreros radicales, entre los cuales la audiencia del positivismo era tan grande como el prestigio de la ciencia. Sin embargo, al lado de los convencidos de uno y otro bando, este enfrentamiento dejó insatisfechas muchas mentalidades, presas del escepticismo. Parecía que, cuando más se estudiaba, más se ampliaba el campo de las incertidumbres. Y Tennyson, haciéndose eco de muchas almas inquietas, afirmó haber encontrado «más fe en una duda honesta que en la mitad de las creencias».

3. La nueva civilización industrial

CIUDADES Y CAMPO

Hacia 1845, un importante acontecimiento tenía lugar sin demasiada resonancia en Inglaterra. Fue la inversión del antiguo equilibrio demográfico y social: el número de habitantes de las ciudades empezaba a superar al del campo. La condición urbana tomaba ventaja a la condición rural.

No obstante, existe a veces demasiada tendencia a privilegiar la urbanización, pues en este país al que se apoderó la industrialización, cerca de la mitad de la población era todavía rural en 1851. El censo de este año demuestra que fueron los obreros agrícolas los que formaban el grupo profesional más numeroso del país. Las personas empleadas en la agricultura, que constituían la cuarta parte de la población activa en 1831, representaban todavía cerca de la quinta parte en 1861. La «vieja Inglaterra» estaba, pues, muy lejos de desaparecer, y no debemos enterrarla prematuramente. Por otra parte, consiguió, incluso reducida en número —pero apenas en superficie— mantenerse hasta nuestros días.

A pesar de que el campo continúa despoblándose, la civilización rural continúa ocupando un importante lugar dentro de la sociedad, las mentalidades y la cultura. El viejo orden del campo está dominado como siempre por la trilogía tradicional: en lo alto de la pirámide social, los hacendados —*squires* de la *gentry* o grandes señores—, el clero, y los notables —médicos, procuradores— del burgo o del pueblo; en el centro, la clase de los arrendatarios; en la base, el proletariado de los peones agrícolas y de los sirvientes, que tienen en común el estar desprovistos de tierras y de vivir una existencia precaria. Es entre estos últimos que el éxodo rural experimenta sus efectos con más fuerza, con migraciones que tienen lugar generalmente a corta distancia y hacia los centros industriales vecinos.

Precisamente, hasta 1875, la sociedad rural tradicional consiguió preservar bastante bien su estabilidad. La vida en los caseríos y los pueblos continuaba con su ritmo ancestral. En lugar de que el librecambio acabara con la agricultura, los prósperos años posteriores a 1850 fueron muy brillantes para los productores rurales gracias a los métodos de *high farming* y a la demanda sostenida del mercado. El agrónomo francés Léonce de Lavergne, constata, con motivo de su visita a Inglaterra en 1854: «que la agricultura inglesa, considerada en su conjunto, es en estos momentos la primera del mundo, y va hacia nuevos progresos». Después de la revolución agrícola, los campos presentaban efectivamente características estables: régimen de gran propiedad, explotaciones suficientemente vastas, predominio del ganado y de los prados, utilización intensiva de las máquinas y de los abonos, reinversión de los beneficios y un elevado nivel de productividad. Sin embargo, a fines de la década de 1860, la población rural deja de crecer definitivamente en cifras absolutas, y a partir de la depresión agrícola de 1873-1879, la Inglaterra rural entra en un período negro.

Pero si el campo prolongaba su pasado, fueron las ciudades las que representaban el movimiento, el progreso, el porvenir. El proceso de urbanización en curso desde finales del siglo XVIII, se manifestaba por una expansión extremadamente rápida de las aglomeraciones industriales y comerciales. Mientras que en 1801 solamente existía una ciudad de más de 100.000 habitantes —Londres—, en 1851 eran 10 y 20 en 1881. Manchester, que en 1831 con sus 180.000 habitantes había ya doblado su población desde inicios del siglo, la volvió a doblar de 1831 a 1871. Liverpool y Glasgow, pobladas cada una por 200.000 personas en 1831, alcanzaron en 1871, respectivamente, 550.000 y 520.000 habitantes. Entre 1821 y 1881, Birmingham cuatriplicó su población, pasando de 100.000 a 400.000 habitantes. Y Newcastle progresó de 50.000 en 1831 a 200.000 en 1901.

Paralelamente, se fueron multiplicando las ciudades

medianas, ya que la ciudad industrial típica del siglo XIX —la ciudad negra y ahumada, con las pequeñas casas de ladrillo aparejadas— era una ciudad mediana que contaba entre 25.000 y 75.000 habitantes, como los centros algodoneros del Lancashire (Blackburn, Bolton, Oldham), las ciudades laneras del Yorkshire (Halifax, Huddersfield en torno a la capital: Bradford), las ciudades de la metalurgia y de la industria mecánica en los Midlands (Wolverhampton), los centros de la alfarería en el Staffordshire, las aglomeraciones urbanas de las orillas del Clyde o del Tyne. Por su parte, los distritos mineros formaban un mundo aparte, a veces semi rural. Junto a ellas subsistían por centenares las tranquilas pequeñas ciudades tradicionales, principalmente en todo el sur de Inglaterra: ciudades catedral como Salisbury, Winchester, Cantorbery, ciudades universitarias como Oxford y Cambridge, ciudades mercado, ciudades termales y balnearios, sin olvidar las aldeas rurales según el modelo del «Barchester» de Trollope, que disponían de «dos fuentes, tres hoteles, diez tiendas, quince tabernas de cerveza, un macero y una plaza del mercado».

En cuanto a *Londres*, la «Reina de las Ciudades», era una metrópoli gigantesca que ocupaba una posición totalmente excepcional. El puerto, el primero del mundo, veía como afluían las mercancías y los navíos llegados de todos los rincones del mundo. La *City*, centro nervioso de las finanzas y del capitalismo, dirigía el funcionamiento de los mercados mundiales. Desde Westminster, el gobierno de Su Majestad regía el reino y el Imperio. En muchos kilómetros a la redonda se desplegaba una aglomeración urbana con un crecimiento indefininido. Se extendía sin cesar a lo largo del Támesis, llegando hasta Highgate y Hampstead hacia el norte, y hacia las colinas de Surrey por el sur. Mientras se edificaban los nuevos barrios elegantes del *West End* (Kensington y Bayswater), la población obrera se iba amontonando en las pequeñas viviendas de los barrios miserables del *East End*, hacia Whitechapel, Bethnal Green, Limehouse, Poplar, West Han, y hacia el sur del Támesis, de Battersea a Greenwich.

Londres iba absorbiendo la población de los condados rurales del sur, pero también a los escoceses e irlandeses que intentaban escapar de la miseria; también acudían los extranjeros, algunos para encontrar un refugio político, desde Louis Blanc a Karl Marx, y de Herzen a Jules Vallès. A finales del siglo llegaron en masa los judíos que huían de los *pogroms* del Imperio ruso. En 1870, la población aumentaba diariamente en torno a los 300 recién llegados, cuya migración debía añadirse al producto del excedente natural.

De 1801 a 1851, la población pasó de 900.000 habitantes a 2.400.000. Alcanzó casi los 4 millones en 1881, y la aglomeración urbana superó en 1901 los 6 millones y medio de personas. Primera ciudad del universo por el número de habitantes, muy por delante de París, Viena, Berlín o Nueva York, la capital confirmaba orgullosamente su primacía política, económica y cultural. Un documento oficial como el censo de 1871 adoptaba un tono lírico para describir «la metrópoli del Imperio, [...] la sede de la Legislatura, el primer Centro de la Justicia, de la Medicina y de la Religión, el Teatro de Bellas Artes y de las Ciencias, el gran centro de la Sociedad, el emporio del Comercio, los almacenes de Inglaterra, el gran Puerto de mar»[1].

Después de las grandes obras de planificación urbana llevadas a cabo bajo la Regencia en la época de Jorge IV, la construcción de los nuevos barrios victorianos tiene lugar principalmente por medio de la iniciativa local y privada. Es un período afortunado para los empresarios especuladores *(speculative builders)*. No obstante, algunas operaciones programadas tienen lugar con el propósito de embellecer la capital. La más prestigiosa tuvo lugar en los inicios del reinado de Victoria, como el ordenamiento de Trafalgar Square, como homenaje a la grandeza naval de Inglaterra: en el centro de la plaza, la estatua de Nelson

1. *Report of the Census, 1871; Accounts and Papers*, LXXI (III), pág. XXXIV, 1873.

se levanta en la cima de una columna rodeada de cuatro leones, símbolos del poderío británico. Por primera vez se construyen muelles a lo largo del Támesis. El Parlamento, destruido por un incendio en 1834, es reconstruido suntuosamente: el nuevo edificio, en estilo gótico, obra de Barry y Pugin, muestra una magnífica perspectiva en los márgenes del Támesis. Sin embargo, no deja de atenderse igualmente a las estaciones de ferrocarril, que son como los templos de la nueva civilización. Para Euston Station se adopta un estilo antiguo con propileos dóricos, pero es la arquitectura funcional la que prevalece en Paddington Station y en King's Cross, adornada en este último caso, además, con una torre a la italiana. St. Pancras Station recibe un suntuoso decorado gótico, mientras que en Charing Cross, la estructura ogival se combina con unos arcos piranesianos junto al Támesis.

Londres asombra a todos los visitantes extranjeros por sus extraordinarios contrastes sociales. Unos abismos de miseria se codean con el lujo más esplendoroso. No hay necesidad de ir a buscar los *slums* en el *East End:* a dos pasos de los palacios y de las ricas mansiones del *West End,* en el mismo corazón de la capital, encontramos sórdidas *rookeries* —literalmente «nidos de cuervos»—, en donde se amontona una población macilenta y andrajosa. Gustavo Doré grabó en unas horribles imágenes el espectáculo de la corte de los milagros que presentaban los bajos fondos de la capital británica. En Londres, ciudad de los extremos, florecían la criminalidad y la prostitución tanto como la labor del «artesano respetable», la soltura del *City clerk* (empleado de la *City)* como la inmensa riqueza de los magnates de las finanzas y del comercio. Allí tenían su confluencia todas la opiniones, todas las creencias, todas la ideas. Según palabras de un célebre investigador, Mayhew, era «a la vez el emporio del crimen y la salvaguardia del cristianismo». Londres, ciudad del triunfo material y de la mercadería, ciudad de la ascensión social tanto como de las peores degradaciones, simbolizaba a la perfección el liberalismo en su fase de apogeo.

LA FE EN EL PROGRESO

Podríamos situar todo el período del victorianismo triunfante bajo el reinado de tres adjetivos, entonces en pleno apogeo: *steady* (sólido), *earnest* (serio) y *respectable* (respetable). Entre estos cualificativos considerados reveladores de las virtudes de la raza, el primero evoca las cualidades de firmeza, de estabilidad y de perseverancia. Describe los rasgos de un carácter viril, puntual, voluntarioso, que no cede ni se doblega, que nunca se deja desviar del camino que se ha trazado. Con el término *earnest*, es todo el victorianismo «formal» lo que sale a la superficie en reacción contra el diletantismo, el libertinaje y la frivolidad superficial del período precedente: es la imágen de la clase media que impone su concepto de la existencia, grave, reflexiva, eficaz, en lugar de la ociosidad de la aristocracia. Para estos burgueses serenos y austeros, no se ha venido a esta tierra para divertirse, sino para cumplir una tarea a la cual son llamados. Los cimientos de la sociedad están hechos de virtudes y de disciplina. Finalmente, la noción de *respectable* constituye uno de los tres valores clave de la Inglaterra del siglo XIX. Por supuesto el concepto está vinculado directamente al de la jerarquía social: una jerarquía reconocida, aceptada, valorizada. De ahí el respeto que se inculcó a los humildes con respecto a sus superiores *(their betters)*. Se enseñaba que respetabilidad y riqueza eran parejas. Inversamente, la pobreza, que en buena doctrina liberal es signo de pereza y de dejarse llevar, aparece como una fuente de deshonra.

Tom Brown aprende en Oxford que la pobreza es «un deshonor para un británico», y Bulwer Lytton comprueba que: «En otros países ser pobre es una desgracia, pero en

Inglaterra es un crimen»[2]. En el transcurso de sus viajes por Inglaterra, Taine se esfuerza en encontrar una definición de «esta palabra tan esencial: *a gentleman*». El término, dice, «parece que expresa los rasgos distintivos de la clase superior [...] una fortuna independiente, un modo de vivir, un cierto comportamiento externo, unos hábitos de lujo y de buena posición económica [...] una educación liberal, con viajes, instrucción, buenos modales, disfrute del mundo». Pero, al mismo tiempo, un verdadero *gentleman* es «cristiano, de corazón viril [...] un hombre digno de mandar»[3].

Sin embargo, en la idea de respetabilidad no solamente primaba la noción de jerarquía social. El concepto se enriquecía de una connotación moral. Se trataba de elevar el ser alejándolo de todo lo que fuera decadente y degradante. Es así como uno podía merecer el respeto de sí mismo *(self-respect)* y progresar en la jerarquía moral. En este sentido, los trabajadores manuales, artesanos o obreros podían también acceder a la respetabilidad. «Llegar a ser respetuosos y respetados» *(respectful and respected)*, proclamaba como ambición el sindicato de los carpinteros de obra en 1860. En la escuela, en la prensa, en los sermones, se oponía constantemente la sobriedad al alcoholismo, el sentido del ahorro a la prodigalidad, la gestión prudente al hábito del endeudamiento, la limpieza a la suciedad, la disciplina al desorden. Las virtudes de iniciativa y de independencia, de trabajo y de templanza eran

2. Hughes, T., *Tom Brown at Oxford*, cap. V, 1861, y Lytton, B., (es el autor de *Los últimos días de Pompeya*), *England and the English*, pág. 33, 1833. Emerson, en *L'âme anglaise (English Traits)*, hace sorprendido la misma observación. Recuerda las palabras de Sydney Smith «la pobreza es infamante», y señala la expresión «la grave decadencia moral que acompaña a una bolsa vacía» (Edición bilingüe, pág. 96, París, 1934).

3. Taine, H., *Notes sur l'Anglaterre*, págs. 194-196, 1872. Debe compararse con el comentario impertinente de Oscar Wilde en reacción contra los prejuicios de su mundo: «Si un hombre es un *gentleman*, nunca sabe suficiente; si no es un *gentlemen*, todo lo que sabe solamente puede serle perjudicial».

exaltadas en uno de los *best-sellers* del siglo, el libro de Samuel Smiles, titulado *Self-Help* (1859), especie de compendio de la ética industrial para uso de los obreros: se vendieron 20.000 ejemplares en un año y más de 250.000 en los 40 años siguientes.

Como valores dominantes, los valores burgueses penetraron, pues, sin encontrar mucha resistencia en las otras clases. La aristocracia, tanto como los medios populares, se ven obligados por la presión social a acomodarse a los cánones y a los tabús de la clase media. Nos explicamos, pues, entonces, el extraordinario optimismo que demuestra la burguesía, pues su triunfo psicológigo se considera todavía más notable que sus éxitos materiales. Después del período sombrío y perturbado de las guerras napoleónicas, del romanticismo, de las predicciones de Malthus, ha llegado el final del pesimismo. A partir de los años de la década de 1830, el clima es de confianza: confianza de los utilitaristas, llenos de seguridad en la «marcha hacia adelante de las mentalidades» *(March of Intellect),* pero confianza también de Carlyle en el «progreso del hombre hacia los desplegamientos nobles y elevados». Símbolo de esta calificación de esperanza: «El Fénix se eleva en el aire, planea con sus alas extendidas y llena la Tierra de su música»[4]. Es la misma filosofía de la historia que desarrollan Stuart Mill, Spencer, Morley, Frederic Harrison. Para los positivistas como Carlyle, la humanidad lleva a cabo un ascenso continuado que la conduce hacia la felicidad perfecta. Efectivamente, en su opinión, todo es posible gracias al dominio de las leyes sociológicas de reconstruir la sociedad bajo una base científica. Según Spencer, esta creencia desemboca en un verdadero cientificismo, puesto que la evolución adapta la especie al entorno, la vida animal va a transformarse cada vez más en vida social. En el capítulo titulado con optimismo «Del carácter efímero del mal» de su *Social Statics,* Spencer llega a escribir: «El

4. Carlyle, T., *Sartor Resartus,* libro III, cap. VII.

progreso no es un accidente, sino una necesidad» y proclama su absoluta convicción de que «el mal y la inmoralidad desaparecerán [...] el hombre llegará a ser perfecto».

En esta grandiosa tarea a la cual la humanidad está llamada, los victorianos tienen otra convicción. Es la de que la Providencia ha atribuido a Inglaterra una misión privilegiada en la evolución de la especie. Raza predestinada, pueblo elegido, los ingleses han hecho ya pruebas de su dominio en la utilización de los talentos que se le han confiado. ¿No han sido los primeros en adoptar las lecciones dadas por su eminente compatriota Bacon, «solamente se conquista a la naturaleza obedeciéndola»? Como escribía Kingsley, solamente tiene «que llevar a cabo la gloriosa tarea que Dios ha asignado a la raza inglesa, que es la de poblar la Tierra y someterla»[5]. El nacionalismo es puesto al servicio del progreso y, recíprocamente, mientras que Dios es llamado en su ayuda para bendecir la voluntad de poder. En la glorificación de la grandeza histórica de Inglaterra y de sus aportaciones a la civilización, nadie ha sido más elocuente que Macaulay, cantor de los progresos de la libertad y de la industria y portavoz de la concepción *whig* de la historia (populariza esta en su célebre *Historia de Inglaterra,* aparecida de 1849 a 1855, cuya repercusión fue inmensa).

Sus puntos de vista expuestos en diferentes ocasiones, exaltan «el pueblo más grande y más altamente civilizado que la Tierra haya producido». Según Macaulay, con su genio los ingleses «han extendido su dominio sobre todas las partes del globo [...] creado un poderío naval que aniquilaría en un cuarto de hora a todas las flotas reunidas de Tiro, Atenas, Cartago, Venecia y Génova, desarrollado la medicina, los medios de locomoción y de correspondecia, las artes mecánicas, las manufacturas y todo lo que favorece la comodidad de la existencia, hasta un punto de perfección que nuestros antepasados habrían

5. Kingsley, C., *Scientific Lectures and Essays,* pág. 308.

considerado mágico». También podemos concluir de ello que «la historia de Inglaterra es positivamente la historia del progreso»[6].

6. Macaulay, T. B., *Critical, Historical and Miscellaneous Essays*, vol. III, pág. 279, 1843. El texto es de 1835.

4. Triunfo del liberalismo

LA IDEOLOGÍA LIBERAL

«¡Por la causa grandiosa de la Libertad,
Y en su nombre también grandioso, Inglaterra,
Amigos, levantemos al unísono nuestras copas!»

Este pasaje de un poema muy popular de Tennyson[1], resume muy bien la asociación de ideas que une en los ingleses liberalismo y patriotismo. Como lo subraya Elie Halévy, todo el mundo considera que el liberalismo está eminentemente vinculado a la solidez de las instituciones. Es cierto que el ideal de libertad —libertad de los individuos, libertad de los grupos, libertad de la nación— está arraigada en una antigua tradición política. Pero no solamente corresponde a una aspiración extendida por todas partes, sino que ha llegado a transformarse en un verdadero instinto nacional. Se ve en él como una segunda naturaleza. Además, la adhesión al liberalismo se ha visto reforzada a medida que las reformas han ido extendiendo el ámbito ya muy amplio de las libertades. Viendo como han ido cayendo una a una las barreras de las prohibiciones personales, todavía se consideran más pesadas las que aún subsisten. Finalmente, la ideología liberal se beneficia de la inmensa influencia de la filosofía utilitaria de Bentham y de sus discípulos. En el transcurso de los años de la década de 1830, el ideal utilitario de la «mayor felicidad para el mayor número de personas» impregna a casi todos los medios.

El otro imperativo, la máxima *laissez faire, laissez passer* pretende regir la circulación de las ideas tanto como la de

1. Tennyson, A., «Hands All Round», 1852, en *Poems*, vol. II, pág. 323, Macmillan, 1908.

las mercancías. Pues para las grandes voces liberales, Cobden, Bright, Stuart Mill, las diferentes formas de la libertad son indisociables. Libertad de pensamiento y libertad de palabra, libertad religiosa y libertad de prensa, libertad de empresa y libertad de la competencia, libertad de trabajo y librecambio, todas estas libertades van unidas. En lugar de las viejas prohibiciones políticas y de las antiguas reglamentaciones económicas, es necesario emancipar, eximir, liberar. Es en la libre explotación de sus propios recursos que cada individuo puede, no solamente encontrar el camino del completo desarrollo y de la felicidad personal, sino contribuir a la riqueza colectiva y al bien común. Por consiguiente, la intervención del estado, que lleva en sí misma el peligro de la tiranía, debe reducirse al mínimo indispensable y cada uno debe desarrollar sin trabas sus capacidades y sus talentos. El consejo que Cobden da a los obreros para apartarles de la idea de una legislación del trabajo es, «no miréis hacia el Parlamento, sino hacia vosotros mismos», es de aplicación universal. El credo de la iniciativa individual reina como dueño y señor. Uno debe contar consigo mismo y no con los poderes públicos.

Nadie expresó con más convicción que Stuart Mill esta fe en la virtud de la libertad. Esta es efectivamente la única que garantiza el acceso a la verdad, por la libre confrontación de las mentalidades en el respeto a la diversidad de opiniones y de creencias sin causar la menor violencia al prójimo. Contra los peligros del totalitarismo, el libro de Stuart Mill, *On Liberty* (1859), especie de resumen del evangelio liberal, contiene unas afirmaciones definitivas: «No es la violenta lucha entre las diferentes partes de la verdad lo más temible, sino la simple ocultación de la mitad de la verdad. Surge siempre la esperanza cuando los hombres están obligados a escuchar a todas las partes». Pues, prosigue Mill, en su búsqueda de la verdad, «solamente existe la oportunidad de conocerla en su totalidad con el choque de las opiniones enfrentadas»[2]. Es

2. Stuart Mill, J., *La libertad*, 1864.

exactamente en idénticos términos que otro doctrinario del liberalismo, Palmerston, se había expresado algunos años antes. Usando también el lenguaje de la colisión entre opiniones contrarias, declaraba: «Es enfrentando las opiniones unas contra otras y viendo cuál de ellas resiste más el choque» que descubrimos a fin de cuentas cuál es la más ventajosa para la colectividad[3]. Presente pues en las costumbres, la tolerancia llegó a ser una virtud cardinal de Inglaterra.

En la confrontación de las ideas, la prensa jugó un papel relevante. Según la célebre expresión de Macaulay, constituyó «el cuarto estado del reino» *(the fourth state of the realm)*. Los periódicos, que en su mayoría eran órganos de opinión, difundían los conocimientos de los asuntos públicos y estimulaban las discusiones. Con ello contribuían a la lenta democratización del país. (Podríamos preguntarnos, por ejemplo, en qué se habría transformado el movimiento cartista sin la *Northern Star*, el gran periódico de O'Connor, cuyo tiraje alcanzó regularmente los 50.000 ejemplares y que jugó un papel decisivo en la difusión de las consignas cartistas.) No existía ninguna censura. Únicamente los periódicos podían ser demandados una vez impresos, y en unos casos muy concretos: publicaciones sediciosas, blasfemias o por difamación. Las demandas fueron, por otra parte, extremadamente raras. El derecho de timbre *(stamp duty)*, que había sido aumentado en 1815 a cuatro peniques por ejemplar, se rebajó a un penique en 1836 y fue suprimido totalmente en 1855, en el aniversario de la Gran Carta. En 1861 fueron abolidos a su vez los derechos sobre el papel *(paper duty)*.

Gracias a la baja de los precios y al aumento de la demanda del público, la circulación de los periódicos aumentó considerablemente. Pasó de un total anual de 33 millones de ejemplares en 1829, a los 70 millones de 1850. Al frente se situaba el más grande y más prestigioso de

3. Citado por Thomson, D., *England in the XIXth Century*, pág. 226, 1950.

estos diarios, el *Times*. Su tirada, que era de 10.000 ejemplares en 1834, se elevó a 40.000 en 1854 y a 70.000 en 1861. En estas fechas el ejemplar costaba ya solamente tres peniques, en lugar de los siete peniques veinticinco años antes. Debido a su peso intelectual, político y moral, el *Times* daba la tónica a la opinión. Sin representar a ningún partido ni a unos *intereses* determinados, expresaba los puntos de vista y los intereses de la clase dirigente: «Se jactaba de encarnar y de formular, y en gran medida lo encarnaba y formulaba, la opinión corriente de todas las secciones inteligentes e informadas de la comunidad británica»[4]. Con una difusión mucho más restringida, pero con una influencia no despreciable, el *Manchester Guardian* liberal tiraba unos 10.000 ejemplares. Igualmente, el liberal *Daily Telegraph*, creado en 1855, consiguió, con el apoyo de la publicidad, reducir su precio a un penique, consiguiendo llegar a un amplio público: en 1861 vendía cada día 150.000 ejemplares, y al año siguiente absorbió al *Morning Chronicle*. Por su lado, el *Daily News*, de tendencia radical, empezó a salir en 1846 bajo la dirección de Dickens. «Fleet Street» llegó a ser una potencia con la cual debía contarse cada vez más.

Otra característica de este progreso fue el desarrollo de los semanarios pseudopolíticos, muy leídos y muy influyentes en la clase media. *Punch*, lanzado en 1841 y muy parecido en su modelo al *Charivari* francés, conoció un éxito inmediato. Sacando 30.000 ejemplares, expresaba la quinta esencia del victorianismo. Es así como, apoyado por el talento de dos grandes caricaturistas, Leech y Doyle, presumía de provocar en cada número centenares de miles de carcajadas en las familias sin sonrosar nunca las mejillas de una sola joven. Contemporáneos del *Punch* son el *Illustrated London News* (1842), que tenía una tirada de 100.000 ejemplares, y la *News of the World* (1843), revista

4. Walsh, J., *The Practical Results of the Reform Act of 1832*, pág. 98, 1860.

no menos respetable, con sus 56.000 ejemplares. El *Economist* empezó a salir en 1843 como órgano del manchesterianismo (Bagehot tendrá a su cargo la dirección de 1860 a 1877, asegurándole un brillante futuro). En los medios populares, el radical *Reynold's Weekly* alcanzó hacia 1860 la enorme tirada de 350.000 ejemplares, contribuyendo cada semana a educar las mentalidades obreras en un sentido democrático y reivindicativo. Finalmente, las influyentes revistas trimestrales de crítica literaria y política, existentes desde el primer cuarto de siglo, la *Edinburgh Review*, de tendencia *whig* (1802), la *Quarterly Review*, de inspiración *tory* (1809), la *Westminster Review*, radical (1824), van cediendo terreno en el último tercio del siglo frente a una fórmula todavía inédita, las revistas con entregas mensuales de fragmentos de novelas que continuaban en el siguiente número. Tres grandes publicaciones, gracias a un conjunto que proporcionaba artículos políticos, filosóficos, literarios y religiosos, inauguraban un medio siglo de dominio intelectual: la primera, la *Fortnightly Review*, liberal-radical, fue fundada en 1865; fue seguida por la *Contemporary Review*, conservadora, en 1866; luego siguió la *Nineteenth Century*, liberal, en 1877.

LOS PARTIDOS Y LA PREPONDERANCIA DE LOS LIBERALES

Entre 1830 y 1874, es decir, en un espacio de 44 años, los liberales tuvieron en su poder las riendas gubernamentales durante 35 años. A la inversa, los conservadores, aparte del brillante y fecundo período del Primer Ministro Peel (1841-1846), se encontraron reducidos a una posición subordinada, y en general en la oposición. Esta era tan fausta para el liberalismo, contrasta pues de una forma

contundente con la primacía conservadora de finales del siglo.

Es a partir de 1832 que los viejos nombres de los partidos, *tories* y *whigs*, empezaron a ser abandonados en beneficio de las nuevas denominaciones de *conservadores* y de *liberales*. Esta modernización de las etiquetas era una imagen de la modernización de todo el sistema político. Hasta entonces, los partidos tradicionales consistían en agrupaciones más bien heteróclitas de familias, de intereses y de clientelas, y sus límites eran muy imprecisos. Si después de la *Great Reform Bill* la vida parlamentaria continuó estando dominada por las grandes famílias de la aristocracia *whig* o *tory*, una sensible evolución ya se dibujaba en la organización de los partidos.

Para ello debemos distinguir tres fases sucesivas. En primer lugar, de 1832 a 1846, en que cada uno de los dos partidos tiende a estructurarse interiormente y definirse en términos más doctrinales. Aunque la personalidad de los hombres todavía jugaba un papel primordial, los indecisos fueron desapareciendo. Sin estar en lo más mínimo regidos por una ideología, y sin que existiera una disciplina real, los diputados se iban clasificando en cada campo cada vez más en función de una cierta línea política. Como consecuencia de la nueva obligación de los electores de inscribirse en las listas electorales, fue necesario mantener en las bases de las circunscripciones un embrión de estructura política. Al frente del partido, un inicio de aparato en torno a los líderes políticos elaboraba unas directrices a fin de coordinar la estrategia, fuera electoral o parlamentaria. La separación entre mayoría y oposición estaba más claramente marcada que en el pasado. También la alternancia en el poder fue practicada con claridad: de 1832 a 1841 fueron los liberales los que gobernaron bajo la dirección de los grandes señores *whigs* (Grey, y luego Melbourne), y en general con el apoyo de los radicales de la burguesía, mientras que los conservadores, a falta de una mayoría, no consiguieron recuperar el poder. Contrariamente, en las elecciones de 1841 lograron canviar el sentido

y llevaron al gobierno un equipo conservador dirigido por Peel. Las divisiones de Westminster tuvieron su prolongación en profundidad en el país, pues la oposición política entre conservadores y liberales se trasladó al plano social y religioso: los primeros se apoyaban en la aristocracia rural y propietaria y la Iglesia anglicana, y los segundos eran apoyados por la clase media de los fabricantes y los comerciantes, y por el conjunto de las sectas no conformistas.

En 1846 intervino un acontecimiento que detuvo por unos años el proceso en curso, inaugurando una fase de fluctuaciones y de inestabilidad: fue la conversión de Peel y de una parte de sus seguidores al librecambio. Efectivamente, la decisión de abrogar las *corn laws* provocó la ruptura del partido conservador: de un lado, se alinearon detrás de Derby y de Disraeli los elementos intransigentes, fieles soportes del proteccionismo y de la propiedad rural y urbana; del otro, los «peelistas» formaron un tercer partido, condenado a la alianza con los liberales en las cuestiones importantes. De pronto, pues, ya no existe mayoría, sino es en coalición, y el sistema político británico pierde su buena estabilidad. Después del gobierno del Primer Ministro Russell, de 1846 a 1852, se sucedieron en los años de la década de 1850 toda una serie de gobiernos. Incluso el mismo régimen de partidos parecía descomponerse. La mayor parte del tiempo son los liberales (que van absorbiendo poco a poco a los «peelistas») los que están al frente de los asuntos de estado, en particular bajo la égida de Palmerston, de 1855 a 1858, y de 1859 a 1865.

Después de 1867, el proceso de organización de los partidos vuelve a tener lugar. En una docena de años se da un gran paso adelante: los partidos salen sólidamente estructurados y disciplinados. Pero, mientras que en el período de 1832 a 1846 este trabajo tuvo lugar sobre todo en la cumbre (desarrollo de grupos homogéneos en el interior del Parlamento) y relativamente poco en la base (si no fuera por el canal de los agentes electorales), en aquellos

momentos el movimiento va marchando mucho más lejos a dos niveles. De una parte, en el plano local se crean en cada circunscripción, en el transcurso de la década de 1870, unas asociaciones, primero liberales y luego conservadoras. Por otra parte, estas asociaciones se federan en el plano nacional, lo que confiere a cada partido el carácter de una gran máquina jerarquizada y rígida: la Federación Nacional Liberal, apodada el *Caucus,* creada en 1877, rige al partido liberal; en cuanto a la Unión Nacional de las Asociaciones Conservadoras, que se fundó en 1867, estaba vigorosamente dominada por los líderes, adquiriendo hacia 1880 un papel más importante en la vida política.

DOS LÍDERES: EL MAGO Y EL PREDICADOR

El régimen liberal y parlamentario fue encarnado en la segunda mitad del siglo XIX por dos figuras antagónicas: Disraeli y Gladstone, que fueron eregidos por los historiadores, así como por sus contemporáneos, en símbolos de la vida política inglesa. En verdad, el enfrentamiento entre estos dos hombres va mucho más allá de los torneos oratorios entre dos parlamentarios de primera línea, más allá del combate entre conservadores y liberales y de la alternancia en el poder de los dos partidos. La clave de la oposición entre los dos adversarios es la de que cada uno representaba en sí mismo una filosofía política.

Para Disraeli, mente imaginativa y fértil en recursos, siempre al acecho, perpetuamente caracoleando, la política se coloca entre las bellas artes. En sí mismo es un virtuoso. Su temperamento de artista sobresale tanto en el juego parlamentario como en la creación novelesca. Su genio del verbo y de la *combinazione* sabe evitar muy bien los obstáculos y, a veces, escamotearlos, igual que en un

pase de magia; «Dizzy» se transformó, pues, en el mago de la Inglaterra victoriana. Pero el personaje apasionadamente ambicioso, teñido de colores orientales, que prevalece en su juventud, supo en su edad madura integrar hasta el tuétano la tradición nacional y hacerla servidora de su política, hasta el punto de conseguir llegar a ser, más que el líder del partido conservador: su teórico y su guía.

Benjamín Disraeli, nacido en Londres el 1804 en el seno de una familia judía de la burguesía, intentó primero suerte con la literatura escribiendo novelas, inclinándose inmediatamente hacia la política, entrando en el Parlamento en 1837 —el año del advenimiento de la reina Victoria—. Era entonces un *tory* radical, que puso en guardia a las clases propietarias de los peligros del egoísmo frente a la angustiosa cuestión obrera, transformándose luego en uno de los portavoces de la *Joven Inglaterra,* movimiento romántico e idealista, que tenía como ambición reconciliar a la monarquía y a la Iglesia con el pueblo. Después de la defección de Peel, convertido al librecambio, Disraeli, recogiendo el estandarte conservador, defiende encarnizadamente, al mismo tiempo que las *corn laws,* los derechos y los intereses de la aristocracia rural y propietaria. Su estrella sube dentro del partido, en donde cada vez más juega un papel más influyente al lado de Derby, el líder nominal. En 1868, cuando este se retira, Disraeli le sucede a la vez como líder conservador y como Primer Ministro (se le oye murmurar entonces «Sí, he trepado hasta la cima de la cucaña»). Esta primera fase en el poder no dura mucho, pero regresa luego durante seis años, de 1874 a 1880. En el intervalo ha formulado los principios destinados a guiar en el porvenir al partido conservador. La doctrina de Disraeli, bautizada el «torysmo democrático», se resume en tres puntos: la Constitución, que está basada en las dos grandes fuerzas de estabilidad, de concordia y de experiencia, la Corona y la Iglesia; el leal apoyo de las masas populares (a cambio, el estado debe procurar el bienestar del pueblo y realizar reformas sociales audaces); finalmente, el Imperio, del que Disraeli se ha hecho

paladín y heraldo: *«Imperium et libertas»*. Ennoblecido en 1876 con el título de Lord Beaconsfield, Disraeli moría en 1881.

En comparación con Disraeli, la carrera de William Gladstone (1809-1898) es mucho más larga y más rica en realizaciones: diputado en 1832, subsecretario de estado en 1834, ministro en 1841, fue elegido Primer Ministro en cuatro ocasiones (1868-1874, 1880-1885, 1886 y 1892-1894) —hazaña nunca igualada por ningún hombre de estado británico—, y solamente se retiró de la vida política en 1894, lo que no le impidió paralelamente escribir numerosas obras de teología y de sabios artículos sobre los poemas homéricos. En la medida en que los años de actividad pública de Gladstone coincidieron casi exactamente con el reinado de Victoria, el hombre llegó a ser el arquetipo del liberalismo victoriano. Encarnó de maravilla la respetabilidad virtuosa y digna, la firmeza un poco envarada, el espíritu eminentemente religioso y moralizador. Su itinerario, completamente inverso al de Disraeli, parte de posiciones resueltamente conservadoras. Bajo la influencia de Peel, Gladstone mantuvo el librecambio, y luego, por la vía del «peelismo» evolucionó poco a poco hacia el partido liberal, del que llegó a ser líder en 1866. Al envejecer, se inclinará incluso cada vez más claramente hacia posiciones radicales.

Pero Gladstone quiso siempre situar su actividad bajo el signo de los principios. Orador con un verbo poderoso y con un talento consumado, era capaz de subyugar a las masas haciendo una llamada a los grandes valores, el Bien, el Derecho, la Justicia, la Verdad, a los que enrolaba bajo su bandera. En los mítines populares o en el Parlamento, se le veía, tránsito de inspiración sagrada, lanzar su mensaje como si hablara en nombre del padre Eterno. También le exasperaba el cinismo y la falta de convicciones de Disraeli (el cual, en revancha, lo tachaba de hipócrita). Para Gladstone, la política era la más alta expresión de la moralidad. Semejante necesidad de rectitud y de justificación, desarrollaba en él el alma de un predicador: efectivamen-

te, era más bien el predicador del partido liberal, es decir, el hombre investido por la Providencia para una alta misión, la de propagar una doctrina con elevadas exigencias morales y de hacer progresar los principios cristianos en el mundo.

Sin embargo, más allá del combate entre dos personalidades y dos partidos, lo más interesante quizás en el enfrentamiento Disraeli-Gladstone, fue el conflicto simbólico entre dos concepciones y dos prácticas de la política inglesa. Efectivamente, esta, a lo largo de toda la era victoriana (e incluso mucho más allá), se orientaba en dos direcciones divergentes: de un lado es la batalla por el poder, en donde los principios cuentan poco y en donde todo está subordinado a los cálculos y a las maniobras con vistas al éxito efectivo, sin que se vacile en cambiar las normas y las teorías de las que se vale si el interés obliga a ello; de otro lado, es también un combate llevado a cabo en nombre de las ideas, incluso de los ideales, que expresan todo un concepto de sociedad, del estado y de las relaciones humanas. La primera actitud, que va desde el simple pragmatismo («el arte de lo posible») al oportunismo más deliberado, ha sido ciertamente ilustrado por Disraeli y, después de su muerte, definida con la mayor claridad por su sucesor Salisbury: «No existen principios absolutos en política [...]. Prácticamente todo se juega en la puesta a punto de la ejecución del detalle». Contrariamente, la segunda actitud corresponde incuestionablemente a la deontología política de Gladstone. Pero no es posible impulsar la identificación demasiado lejos, pues cada uno de los dos antagonistas ha integrado en su comportamiento aspectos de una y de otra actitud. A pesar de sus declaraciones edificantes, Gladstone, que no escapó personalmente ni a la ambición ni al cálculo, siempre fue un maestro en el arte del regate y de la ambigüedad, mientras que Disraeli, detrás de unos exteriores en que cultivaba el diseño de un realismo cínico, no estaba desprovisto de principios ni de convicciones.

SEGUNDA PARTE

CRISIS Y METAMORFOSIS DEL VICTORIANISMO

(1875-1900)

5. Mutaciones e interrogantes

En el último cuarto del siglo XIX, la vida en la Inglaterra victoriana se centró en cuatro grandes debates. Es en torno a ellos que se desarrollan casi todas las luchas políticas, intelectuales y sociales. Son por tanto los temas fundamentales que constituyen el armazón del desarrollo nacional.

El primer debate afecta a la posición de Gran Bretaña en la economía y la política mundiales: ¿Está la nación en condiciones de proseguir su marcha ascendente frente a la competencia de las potencias rivales? ¿Deben revisarse los métodos tradicionales de producción y de intercambio? ¿La expansión imperial es una necesidad vital? ¿Cuál es la actitud a adoptar con respecto a Irlanda —la generosidad de la *Home Rule* o el mantenimiento indefectible de la Unión por la fuerza?

El segundo debate tiene relación con el estado social del país: es la prolongación de la *Condition of England question,* tan brutalmente planteada en la época en que Victoria subió al trono. Puesto que la miseria «victoriana» persiste, y en unos términos tan escandalosos, ¿por qué el sistema capitalista y liberal no puede corregirse e incluso abrogarse? Ya que aunque el problema de la producción de la riqueza parece más o menos resuelto, el de la distribución se plantea en términos más agudos que nunca.

Con ello pasamos a la tercera gran cuestión del país: la democratización. A pesar de las resistencias procedentes de lo más alto, la presión de las ideas democráticas consiguió una serie de reformas políticas que llevaron a Inglaterra desde el estadio del liberalismo semiaristocrático semiburgués a un régimen de semidemocracia.

En cuanto al último debate, los progresos de la laicización y el retroceso de las Iglesias provocó, dentro de un clima de mutación intelectual y de crisis de los valores tradicionales, una puesta en cuestión de la imagen de la Ingla-

terra cristiana, así como también el impulso de nuevas corrientes en las costumbres, las ideas, y la vida literaria y artística.

A pesar de todo, una creencia continúa estando profundamente anclada: la creencia en la continuidad del progreso —considerado como un don inevitable—. Nadie tiene la sensación de una amenaza de decadencia, y todavía menos de destrucción. La paz parece estar garantizada para siempre, y el poderío mundial del Reino Unido nadie lo pone en duda. Según la fórmula clásica, *Britannia rules the waves*. Sin embargo, todos tienen la impresión de que la era de la preponderancia asegurada y confiada ha llegado a su término, y que es necesario aprender a vivir en medio de interrogantes cada vez más obsesivos.

DE LA PREEMINENCIA A LA COMPETENCIA

A partir de la década de 1870, la situación de Inglaterra en el mundo sufrió una profunda modificación. Hasta entonces el país había gozado de una supremacía sin rival. De ahora en adelante el Reino Unido debía contar con la competencia de los recién llegados, en cuyas primeras filas estaban Alemania y Estados Unidos. Todo lo que podía esperar como máximo era conservar una posición de *primus inter pares*.

Sacando argumentos de estos datos tan evidentes, una interpretación histórica muy extendida ha querido ver en las dificultades económicas de fin de siglo el inicio del declive británico. Para apoyar esta tesis se han invocado en primer lugar los éxitos de los rivales de Inglaterra, con sus tasas de crecimiento más rápidas, el dinamismo de su economía, el modernismo de su tecnología, y el espíritu de empresa y de conquista de sus dirigentes. También se ha alegado que la «gran depresión» había tenido unos efectos particularmente funestos para Inglaterra. Es muy

cierto que de 1873 a 1896 la fase general de bajada de los precios castigó duramente a Inglaterra, cuya actividad mercantil era mucho más sensible que las otras a las fluctuaciones de la economía mundial. Por otra parte, es incuestionable que los británicos tuvieran tendencia en descansar sobre sus laureles. De ahí pues las rutinas y los arcaísmos, la ausencia de espíritu innovador, la obsolescencia de los equipamientos, que tanto fueron puestos en evidencia y que explican las dificultades para superar los problemas de readaptación frente a una competencia desacostumbrada.

Por otra parte, es un hecho evidente que, debido a la industrialización de los otros países, Gran Bretaña no solamente no se pudo beneficiar ya de la primacía anterior, sino que inevitablemente tuvo que acusar en su producción y en sus exportaciones el contragolpe de las desventajas estructurales de la nueva situación. Efectivamente, en la medida en que otros fabrican a buen precio sus propios textiles, su propio acero, sus propias máquinas, la parte británica en la producción mundial de estos objetos debía disminuir inexorablemente. Aunque debemos mencionar que, a pesar de esta relativa disminución, el lugar de Inglaterra continuaba siendo eminente, puesto que en 1900 las fábricas británicas fabricaron todavía una quinta parte de los productos manufacturados mundiales, y que en 1914 el comercio británico todavía representaba la cuarta parte de los intercambios mundiales de productos industriales. Para poder considerar mejor los obstáculos que tuvo que afrontar el «taller del mundo», es importante establecer rigurosos paralelismos —y muy delicados— de país a país, en lugar de comparar, como a veces se hace, los sectores más rutinarios de la producción inglesa con las estructuras de punta del extranjero, tales como la industria alemana de colorantes o las máquinas herramienta norteamericanas.

El problema de la productividad *(efficiency)* ha sido discutido apasionadamente, en primer lugar por los contemporáneos, y luego por los historiadores, sin que en reali-

dad se esté en condiciones de llegar a conclusiones definitivas. Todo lo que se ha podido argumentar sobre la baja del espíritu empresarial, la disminución de la innovación técnica, la mediocridad de los rendimientos, la insuficiencia de la inversión, las lagunas en la instrucción científica y técnica, sea a nivel universitario como en la enseñanza de las masas, son análisis que se consideran frágiles y discutibles. Al contrario, lo que está fuera de duda es la disminución de la tasa de crecimiento industrial hasta 1896 (después de esta fecha, la economía vuelve a marchar con vigor) y la mediocridad en los progresos de la productividad. Por otra parte, la larga baja de los precios, acompañada además por violentas crisis cíclicas marcadas por tasas de desempleo, que son de las peores del siglo, pesa muy fuerte sobre las clases dirigentes, afectadas por la caída de la renta y los beneficios, tanto para los propietarios rurales y urbanos de la aristocracia, como para los ricos granjeros, así como para los fabricantes y los exportadores. Frente a la comisión real creada en 1885 para investigar sobre las causas de la depresión, el economista neoliberal Alfred Marshall reconocía la existencia de una triple crisis: «una depresión de los precios, una depresión de las tasas de interés, y una depresión de los beneficios», pero limitaba este diagnóstico a tres sectores (es significativo que la depresión del empleo, que afectaba tan implacablemente a los obreros, ni incluso fuera mencionada). Se explica, pues, también de esta manera, cómo un período cuyos efectos nefastos afectaron directamente a las rentas de las «clases superiores», se hubiese beneficiado de semejante publicidad y hubiera recibido la etiqueta (actualmente muy controvertida) de «gran depresión».

Además, para que podamos juzgar válidamente la economía del período *late-Victorian*, debemos hacer otras dos precisiones que afectaban a sectores esenciales: la renta nacional y el movimiento de los salarios deben ser contrastados. Entre 1873 y 1900, la renta nacional registra un señalado progreso (su crecimiento es más rápido que

durante la primera mitad del siglo e incluso que en los tiempos de la «prosperidad victoriana»): en precios constantes, se elevó efectivamente de 857 millones de libras esterlinas (27 por persona) a 1.750 millones (43 libras por persona). En cuanto al salario real, también estaba en alza: de una parte, los sindicatos consiguieron defender, e incluso a veces elevar, los salarios nominales, y de otra parte los precios al detall bajaron. También la progresión fue al menos de un tercio en el último cuarto de siglo (a partir de 1900, al contrario, el salario real entró en una fase de estancamiento). Por consiguiente, el nivel de vida medio continuó elevándose, cuando menos tan rápidamente como en los mejores años de 1851 a 1873. La diferencia era que, en aquellos momentos las mentes estaban más despiertas y las conciencias eran más sensibles a los abismos de miseria y de desigualdad coexistentes con esta creciente riqueza. Pues el foso existente entre las clases, lejos de reducirse, era tan acusado como en el pasado, y los pocos esfuerzos para corregir las diferencias sociales solamente consiguieron resultados irrisorios.

A pesar del malestar provocado por el fin de la primacía de la Gran Bretaña y por la baja de la prosperidad, la superioridad nacional continuaba siendo incontestable en muchos terrenos: como en la construcción naval o en la producción y exportación de carbón. La hulla extraída del subsuelo británico, que era de 50 millones de toneladas en 1850, pasó de 121 millones de toneladas por año en 1871-1874 a 227 millones en 1900-1904: entre estas dos fechas, las cantidades exportadas se elevaron de 12 millones a 44 millones de toneladas (o sea, una quinta parte de la producción total en los inicios del siglo xx), mientras que el número de mineros se duplicó (820.000 contra 440.000). Gran Bretaña triunfaba también en ciertas industrias pesadas (el proceso Thomas fue inventado en 1879), en la industria del armamento (Vickers), la cerveza (Guinness, Bass), los productos farmacéuticos (Beecham), los aceites y jabones (Lever), las industrias alimentarias (principalmente las chocolaterías Cadbury y Fry).

A pesar de las dificultades de la coyuntura, la economía inglesa continuó, pues, conociendo en el transcurso de los años 1875-1900 una expansión industrial y comercial de acuerdo con su tradicional trayectoria. Pero debemos dar paso aquí a cuatro nuevos rasgos que caracterizan propiamente el final de la era victoriana: a saber, las transformaciones de la estructura del capitalismo, el creciente papel de las inversiones británicas en el mundo, la crisis de la agricultura y los cambios demográficos.

Mientras que a mediados del siglo el capitalismo liberal se definía como un régimen de total competencia, luego los dirigentes industriales tendieron a organizarse para salvaguardar los beneficios, limitando al contrario la competencia entre ellos. Al mismo tiempo que se desarrollaba el tamaño de las unidades de producción y la concentración técnica, se asistía a reagrupaciones y a acuerdos entre productores formando oligopolios con la intención de dominar los mercados. El movimiento tuvo lugar en tres estadios: en primer lugar, fueron las asociaciones entre industriales en el seno de organizaciones profesionales por ramas de industria; en segundo lugar, se constituyeron cártels que establecieron vínculos financieros entre las compañías (guardando cada una su independencia) fijando los precios de venta —el proceso tuvo su máximo impulso a partir de 1890—; finalmente, vimos también en los últimos veinte años del siglo fusiones o *amalgamations* de compañías en *combines (holdings)*, como la *Salt Union* (1888) en la industria química, la *United Alkali C°* (1891) —que por otra parte fueron en ambos casos unos fracasos—, y luego fue la formación en 1901 de la *Imperial Tobacco C°* y, un poco más tarde, del «trust del jabón» por Lever, que controlaba el 60% de la producción. De esta forma, poco a poco el impulso de la concentración horizontal fue transformando el capitalismo competitivo en un capitalismo monopolista.

Por otra parte, Inglaterra empezó a sacar beneficios de sus inversiones en el mundo. A partir de 1873, con su perspicacia acostumbrada, Bagehot constataba: «hemos con-

seguido llegar a ser más que nunca los banqueros de Europa». En estas fechas, el movimiento estaba en marcha desde mediados del siglo. Pero en lo sucesivo, se fue extendiendo al mundo entero, y su ritmo se fue precipitando. En 1850, el total de las inversiones exteriores de la Gran Bretaña solamente alcanzaba la cifra de 210 millones de libras esterlinas, en 1874 superaba ya los mil millones, y en 1900 había alcanzado los 2.400 millones de libras esterlinas. A partir de aquí, la curva se fue acelerando, mientras que la participación de Europa disminuía considerablemente en beneficio de los otros continentes y de una parte importante del Imperio. A la muerte de la reina Victoria, estas inversiones proporcionaban aproximadamente 120 millones de libras esterlinas al año, o sea, el 7% de la renta nacional. El resultado fue que, del lugar que ocupaba como nación ante todo manufacturera, Inglaterra tendió a transformarse en una nación suministradora de servicios y de rentistas, y la *City* de Londres fue adquiriendo cada vez más una creciente importancia en la actividad del país.

Otro cambio importante del último cuarto de siglo: el retroceso de la agricultura. A consecuencia de la brutal caída del precio de los artículos agrícolas, y más todavía por la competencia de los países nuevos —factores agravados por unas condiciones atmosféricas catastróficas—, el campo británico atravesó un período sombrío para el cual el término depresión se puede considerar plenamente justificado. Las rentas agrícolas se hundieron. Fue la crisis de la sociedad rural: la propiedad de la tierra, y con ella la aristocracia, recibió un duro golpe, los granjeros vieron como sus rentas mermaban, y los labriegos, hundidos en la más negra miseria, se vieron obligados a emigrar bien hacia las ciudades o a ultramar.

Finalmente, en el plano demográfico, aunque la progresión de la cifra de población prosiguió a un ritmo sostenido (en 1837 se calculaban 17.500.000 de habitantes en Gran Bretaña; en 1861, 23 millones; en 1881, 30 millones; y a la muerte de la reina Victoria en 1901, la totali-

dad de la población alcanzaba los 37 millones), el gran hecho nuevo fue la baja de la natalidad. Esta se había mantenido en una tasa elevada y estable desde los años de la década de 1830: alrededor del 35 por mil. Se comprueba pues un cambio total de la tendencia hacia 1875-1878: fenómeno decisivo, pues cambiaba una evolución más que secular que condujo a una caída de los nacimientos, en primer lugar lenta, y luego intensificada en los últimos años del siglo, y sobre todo despues de 1900, como lo demuestra el cuadro que indicamos a continuación:

	Tasa de natalidad por 1.000 habitantes	*Tasa de nacimientos por 1.000 mujeres casadas de 15 a 44 años*
1871-1880	35'4	296
1881-1890	32'4	275
1891-1900	29'9	250
1901-1910	27'2	222

El otro fenómeno demográfico notable (junto al retroceso regular de la mortalidad, que bajó del 22 ‰ en 1870 a 17 ‰ en 1900), fue el impulso de la emigración. Esta, colocando aparte los casos particulares de los irlandeses en la época de la Gran Hambruna, conoció una señalada expansión a lo largo de toda la era victoriana. En comparación con las tasas todavía poco elevadas de principios de siglo (22.000 emigrantes por año de media en el transcurso del decenio 1820-1829), la cifra media se elevó a 67.000 por año en 1830-1839, a 150.000 en 1860-1869, y a 250.000 en 1880-1889. Después de un retroceso de 1890 a 1900 (110.000 partidas mensuales de media), la emigración volvió a subir entre 1900 y 1909 a 210.000 por año. En total, fueron cerca de tres millones de británicos los que entre 1860 y 1880 fueron a poblar los territorios anglosajones de los nuevos mundos,

y 3.600.000 entre 1880 y 1900. La mayoría se dirigió hacia Estados Unidos (que absorbieron aproximadamente los dos tercios de los que partieron), los otros hacia Australia y Nueva Zelanda, luego vino Canadá y, finalmente, a partir de 1880, algunos eligieron África del Sur. Así la vitalidad demográfica de la nación contribuyó a extender la influencia política, económica y cultural de la Gran Bretaña a través del mundo entero.

LA INSPIRACIÓN DEL ESPÍRITU

Aunque los victorianos pueden ser acusados de muchos defectos —y la reacción antivictoriana no se ha privado de mostrarlo, desde la brillante maniobra de desacrilización de Lytton Strachey hasta los ataques de la sociedad «permisiva» actual contra los vestigios del victorianismo—, existe una cualidad que nadie puede negarles: su capacidad e, incluso, su afición a la autocrítica. La puesta al descubierto de las más despiadadas taras de la Inglaterra del siglo XIX, es principalmente en los escritos de los victorianos donde debemos buscarlas. Semejante voluntad de lucidez es, por una parte, obra de hombres habituados por el libre examen a escrutar escrupulosamente su conciencia, y por otra parte también, consecuencia de la tolerancia y del liberalismo que han alentado la confrontación crítica de las ideas. A partir de ahí se fue desarrollando la propensión a interrogarse perpetuamente sobre sí mismo.

Pero hay más. En el corazón de la civilización burguesa victoriana que, desde muchos puntos de vista, es una civilización de *parvenus,* las inquietudes espirituales y las exigencias éticas interfieren constantemente en las certidumbres complacientes. En una Inglaterra que había llegado a la cima del poderío y ahíta de riquezas, la *intelligentsia,* impregnada del puritanismo ambiente, incluso

cuando quiso rechazar toda fe religiosa, buscó apasionadamente en el reino de las mercancías una alternativa idealista, reconciliando al hombre con sus exigencias más elevadas, en pocas palabras, con un «suplemento del alma». Contra el materialismo dominante se levantó la inspiración del espíritu. Al respecto podríamos esbozar una comparación entre la Inglaterra victoriana y los Estados Unidos de la segunda mitad del siglo xx, país cuya situación objetiva y las reacciones internas presentaban muchos puntos en común. El análisis de ambos lados del Atlántico mostraría igual dominio de la técnica y del enriquecimiento, el mismo orgullo y la misma fascinación del poderío, la misma buena conciencia imperialista y la misma denuncia de las miasmas imperiales, la misma denegación del confort materialista en el cual la nación se instaló, la misma necesidad de justificación moral y búsqueda de lo espiritual.

Es, pues, esta búsqueda de lo espiritual lo que perseguían en profundidad escritores y artistas según los profetas de los años 1860 y 1870, como Matthew Arnold y Ruskin, hasta los estetas de los años «fin de siglo». Es de esta forma como Matthew Arnold se erige en crítico mordaz del «mid-victorianismo». Haciendo en *Cultura y anarquía* (1869) el proceso del estado de vulgaridad y de injusticia en el cual había caído el país, denunció la trilogía formada por lo que el llamaba los Bárbaros —la aristocracia rebosante de fuerza y de egoísmo—, los Filisteos —la burguesía contaminada por la hipocresía—, y el Populacho —el pueblo, gigante amenazador, inclinado siempre a lanzarse con brutalidad en la anarquía—.

Contra estos males, Matthew Arnold hace un llamamiento a la «cultura» —verdadero sustituto de la religión—, a la educación, a la virtud moral, a la búsqueda razonada de la libertad de espíritu. Es ahí donde se encuentra la salud espiritual, pues la cultura, elevándose por encima de las máquinas, «tiene una única gran pasión: la pasión por la suavidad y la inteligencia»[1]. En el plano social, acusa al

1. Arnold, M., *Culture and Anarchy*, pág. 30.

régimen de injusticia y de primacía de la propiedad «que actualmente mantenemos, dice, para que tengamos la religión de la desigualdad» que tiene como efecto «materializar la clase superior, vulgarizar la clase media y brutalizar las clases inferiores»[2]. Pero los impulsos democráticos de Matthew Arnold se malograron a causa del miedo de las masas.

Entre todas las otras críticas del individualismo liberal, encontramos desarrollada hasta la saciedad, como indica Arnold, la idea de la aridez abstracta y el frío egoísmo del *laissez-faire*, que conducen a una sociedad desintegrada y sin corazón. A la denuncia del aburguesamiento de la era mecánica, Ruskin añade también la indignación contra la fealdad. Igual profeta que artista, especie de Victor Hugo victoriano, admirador de la Edad Media, paladín del *gothic revival* y de la «fraternidad prerrafaélica», su influencia fue prodigiosa, pues fue leído apasionadamente por los obreros (*Munera Pulveris* y, sobre todo, *Fors Clavigera*, de 1871 a 1884). Ruskin exaltaba la poesía de las cosas, reveladora de la belleza escondida. Según él, la industria moderna, por el simple hecho del trabajo inconsciente de la máquina, sacrificó el arte. Únicamente la mano del hombre, artista incomparable, puede dar la vida. Con una elocuencia arrebatadora, Ruskin atacó los dogmas de la economía política, ciencia descarriada que, consagrada a la búsqueda de la riqueza material, conduce al envilecimiento del capitalista y al avasallamiento del asalariado. A las entidades abstractas del materialismo manchesteriano, Ruskin opone la riqueza de la vida —«la vida con su omnipotencia amorosa, de gozo y de admiración»[3]—, la unidad orgánica de la sociedad y la solidaridad fraternal entre los hombres. Pero de la misma forma que Arnold no consiguió finalmente la democracia, Ruskin, el precursor, tampoco consiguió el socialismo: su pensamiento, a menudo

2. Arnold, M., «The Future of Liberalism», *Nineteenth Century*, julio de 1880.

3. Ruskin, J., *Unto this Last*, cap. «Ad valorem», 1862.

confuso, continuaba estando prisionero de concepciones autoritarias, jerárquicas y patriarcales.

Bajo la influencia de estas diferentes corrientes intelectuales o artísticas, y en el clima de malestar económico de la década de 1880, la crítica se aguza. Al mismo tiempo, las encuestas sociales que se van multiplicando provocan, con la revelación de la amplitud de la miseria, un impacto general en las conciencias. Una nueva atmósfera moral e ideológica envuelve a las clases cultivadas. En lugar de soslayar las virtudes del liberalismo —tan exaltadas en la época de sus triunfos—, lo que actualmente se pone en evidencia son sus fracasos y sus insuficiencias, sus manchas negras y sus verguenzas. A medida que vamos avanzando hacia finales de siglo, la diatriba social se hace cada vez más audaz y más radical. Ya no se contenta con censurar los perniciosos resultados del sistema liberal de distribución de las riquezas, sino que toma como blanco todos los valores creados.

En verdad, es en objetar los cánones tradicionales del *Establishment* a lo que se emplea por ejemplo el agresivo racionalismo de Bernard Shaw. Por medio de ásperas burlas y de mordaces paradojas, su crítica corrosiva pretende destruir las ilusiones y los sofismos, detrás de los cuales se resguardan intereses adquiridos y conciencias hartas: la propiedad, la familia, la religión, el matrimonio. Más que favorecer el advenimiento del socialismo, se trataba de batir en brecha todas las satisfacciones beatas, haciendo tomar conciencia a la sociedad de sus prejuicios y de su mala fe. Fue un objetivo similar el que perseguía Oscar Wilde, cuyas insolentes piruetas fueron otros tantos recursos sacrílegos. Por medio de una exagerada frialdad erigida en aforismo («la moderación es un vicio fatal»), fustigó el conformismo y la respetabilidad de la clase dirigente. En particular, se subleva, con un gusto por el escándalo, aumentado por una pasión iconoclasta, contra la hipocresía puritana: «La moralidad no es más que una actitud que tomamos frente a las personas a las que no queremos».

Autoetiquetándose socialista, Oscar Wilde encarna,

junto con su amigo, el dibujante Beardsley, o Max Beerbohm, que proclama el «renacimiento del *dandy*», la atmósfera bautizada *«fin de siglo»*. Más allá de las apariencias de frivolidad y de manierismo de la expresión, se buscan las emociones elevadas y refinadas que solamente el arte puede dar, a fin de escapar al aburrimiento de la sociedad bien pensante. Es, pues, paralelamente a la renovación de las utopías colectivas —del que el despertar socialista es uno de sus signos—, una revuelta estética en la forma de un individualismo sediento de libertad y de belleza: «la verdadera perfección del hombre», afirma Wilde, «reside no en lo que *tiene*, sino en lo que *es*»[4]. El enemigo común son siempre los valores burgueses, el simplismo utilitario, el filisterismo. «Admiráos», exclama satíricamente Beerbohm, «la era victoriana toca a su fin y los días de *sancta simplicitas* están completamente terminados». No obstante, lo que Oscar Wilde reivindica, como Pater lo hizo veinte años antes en nombre del «arte por el arte», es la independencia del artista, pues «todo arte verdadero no tiene utilidad». (En aquellos mismos momentos, el impresionismo de Whistler, y luego de Steer y de Sickert, manifestaba una análoga aspiración, en reacción contra la pintura académica y «fotográfica».)

Sin duda el puritanismo del *Establishment* se tomó su revancha en 1895 cuando consiguió destrozar al temerario Oscar Wilde llevándolo a prisión por homosexualidad. Pero la tranquilidad de las mentes conformistas no consiguió sin embargo restablecerse. Otro artista había escandalizado en la persona de Swinburne, cuya poesía se atrevió a evocar el amor sensual (en torno a él se formó «la escuela de la carne»). Aunque el temor al cuerpo continuó existiendo apoyado por la ley y la presión social consecutiva a un siglo de puritanismo, ciertas barreras tendían a romperse como consecuencia de la evolución de las cos-

4. Wilde, O., «The Soul of Man under Socialism», en *Essays*, pág. 232, Pearson, 1950.

tumbres. Durante el último decenio del siglo, denominado (muy equivocadamente) los años «locos», incluso «golfos» *(naughty nineties)*, mientras empezaba ya a notarse una cierta impaciencia frente a las reglas y prohibiciones tradicionales, el gusto por lo nuevo, la necesidad de salirse de los caminos trillados, alcanzaba ya a medios cada vez más amplios, tal y como da testimonio de ello Wells, típico representante de la pequeña burguesía. Uno de los símbolos de esta voluntad de explorar los senderos de la libertad lo encontramos en la bicicleta, «la pequeña hada de acero», cuya moda dentro de las clases medias manifestaba en una forma vulgarizada las mismas aspiraciones que se notaban, refinadas y sofisticadas, en la *intelligentsia*.

En el ámbito filosófico y religioso, el racionalismo avanzaba, lentamente, pero muy seguro, en detrimento de las creencias. Con el nombre de «secularismo», el librepensamiento progresaba en todas las clases sociales. Por otra parte, es difícil distinguir la frontera entre las posiciones, pues unas insensibles gradaciones conducían del protestantismo liberal a una vaga religiosidad hecha de tolerancia y de deísmo, pasando luego de ahí al escepticismo y al agnosticismo. El prestigio de la ciencia hacía palidecer cada vez más al de la ortodoxia. En esta evolución, uno de los grandes protagonistas fue el biólogo Huxley, cuya autoridad científica, además de su insaciable vigor de polemista, actuó como un ariete contra el cristianismo. Conscientes del retroceso de su influencia, las Iglesias fueron despertando en la búsqueda de soluciones para la cuestión social. El Ejército de Salvación fue fundado en 1878 por el «general» Booth en un miserable barrio de Londres, el *East End*. En los anglicanos, la *High Church* encontró nuevos impulsos lanzándose al cristianismo social —que en algunos se fue transformando en socialismo cristiano—. Así, mientras el siglo se acercaba a su fin, en todas partes se levantaban vientos de contestación en búsqueda de la justicia social y de la democracia.

6. En búsqueda de la democracia y de la justicia social

INSTRUCCIÓN PARA TODOS

Hasta 1870, la escuela en Inglaterra estuvo totalmente en manos de la inciativa privada, es decir, de las Iglesias y de las instituciones caritativas. No existía ningún sistema de enseñanza pública. El estado se abstuvo voluntariamente de intervenir en la educación primaria (así como en la secundaria y en las universidades) por tres razones: en primer lugar para no aumentar sus obligaciones y sus gastos; luego porque la utilidad de una enseñanza generalizada suscitaba fuertes controversias (para algunos, la instrucción podría dar a los «pobres» ideas peligrosas en lugar de «mantenerlos» en su sitio); finalmente, las cuestiones escolares estaban estrechamente vinculadas a las cuestiones religiosas —principalmente debido al antagonismo entre anglicanos detentores de una posición dominante, no conformistas, y católicos—, y el estado prefirió quedarse al margen en asuntos tan ardientes. El cuadro era ya muy diferente a finales del siglo: existía un sistema de enseñanza para todos, organizado por el estado, los analfabetos habían desaparecido y la instrucción pública se transformó en patrimonio común.

La evolución tuvo lugar por etapas sucesivas, la más importante de las cuales fue la gran ley sobre la enseñanza primaria, la *Education Act* de 1870. No obstante, poco tiempo antes de esta fecha, la situación no era todavía demasiado favorable. Solamente se contaba con el apoyo de la ruidosa minoría de los radicales para reclamar una enseñanza primaria obligatoria, gratuita y laica. La instrucción de los niños del pueblo estaba asegurada por una multitud de escuelas privadas (llamadas «voluntarias» o *volun-*

tary schools), unas de pago, las otras gratuitas, y la mayoría anglicanas. Pero la situación escolar del país estaba lejos de ser satisfactoria. Muchos niños no las frecuentaban de ninguna manera, otros lo hacían muy irregularmente o solamente estaban en la escuela un año o dos. El nivel de la enseñanza (a pesar del sistema de los «monitores») era realmente bajo. Sin duda, una comisión de investigación creada en 1858, pudo felicitarse por el hecho de que la tasa de escolarización inglesa podía compararse favorablemente a la de Francia o de Austria, pero a pesar de todo solamente estaban escolarizados tres niños de cada cuatro en la enseñanza elemental y, de ellos, las tres cuartas partes dejaban la escuela antes de haber alcanzado el nivel considerado como el mínimo requerido.

El gran momento decisivo en el desarrollo democrático de una enseñanza popular, la ley de 1870, debe interpretarse menos como una consecuencia de la reforma electoral de 1867 (alguien vio en ella la idea de educar a los obreros transformados ya en electores, los «nuevos dueños») que como un medio de responder a la exigencia general de desarrollo de la instrucción y de progreso de los conocimientos. Debemos también mencionar la acción de un *lobby* escolar, con unas mentes esclarecidas, particularmente eficaz y muy organizado. La medida se consideró un compromiso: no afectó a las escuelas religiosas *(voluntary schools),* sino que pretendía completarlas por un sistema de escuelas públicas *(board schools)* colocadas bajo la responsabilidad de juntas escolares elegidas desde una base local *(school boards).* Estaba previsto que serían creadas escuelas elementales públicas en todas partes donde fueran necesarias para instruir a los niños de cinco a trece años. El estado intervendría, pues, en unos terrenos en los que hasta aquel momento estaban considerados como correspondientes al derecho de las familias y a la iniciativa de los educadores. Además, el coste de las escuelas estuvo a cargo del gasto público. Abiertas a todos, las escuelas públicas no fueron totalmente laicas: se daba en ellas una enseñanza religiosa simple,

entendiéndose que «cualquier catecismo o formación propia de una denominación cualquiera» debían ser excluidos: fue, pues, una enseñanza *«undenominational»*.

Sin embargo, bajo la apariencia de respetar los derechos de los padres, la ley de 1870 no comportaba ni la gratuidad ni la obligación escolar. En los años siguientes, el número de escuelas aumentó rápidamente y, hacia 1885, la red escolar estaba en condiciones de albergar al conjunto de niños en edad escolar. El analfabetismo (ya limitado, puesto que en 1870 el 80 % de la población sabía leer) iba en retroceso, con una tasa ínfima: en las elecciones de 1886, solamente se contaron de entre 2.400.000 votantes, a 38.000 electores analfabetos. A finales del siglo, solamente había un 3 % de hombres incapaces de firmar con su nombre en el momento de su casamiento. En 1895, sobre 4.300.000 niños escolarizados en la enseñanza primaria, 1.900.000 pertenecían a las escuelas públicas y 2.400.000 a las escuelas privadas *(voluntary)*.

La obligación fue introducida por dos leyes de 1876 y 1880. En cuanto a la cuestión de la gratuidad —menos apremiante de lo que parecería a primera vista, pues la mayoría de los niños de las familias pobres estaban dispensados de los derechos escolares—, fue resuelta en 1891. La cualidad de los enseñantes («la nueva clase sacerdotal», tal como los llamaba Disraeli) mejoró con el desarrollo de las escuelas normales de maestros. En los programas de las escuelas, a las tres materias obligatorias —lectura, escritura, aritmética («las 3 R») y, para las chicas, la costura— se les añadían opcionalmente el inglés, la geografía, la historia y las ciencias. Incluso llegó a surgir una enseñanza primaria superior, y por el cauce de los estudios técnicos, las «juntas escolares» consiguieron poner en marcha una verdadera enseñanza secundaria moderna y unos cursos nocturnos. Así se fue ampliando la noción de cultura popular, mientras que la idea de la enseñanza para todos empezó a extenderse del niño al adulto.

LA PAPELETA DE VOTO

Durante todo el período «mid-victoriano», el gobierno fue patrimonio de una oligarquía de privilegiados: junto con los aristócratas, se mezclaban en gran número los miembros de las *middle class,* pero las «órdenes inferiores» *(lower orders)* continuaban siendo mantenidas cuidadosamente al margen de la política, que era un asunto de *gentlemens.* Bagehot creyó entonces poder distinguir en la «deferencia» un rasgo fundamental del comportamiento político inglés. No obstante, la vieja tradición radical de emancipación democrática, ilustrada por el grito cartista *adult suffrage,* continuaba despertando una resonancia profunda en el seno de la pequeña burguesía y del pueblo. En los años de la década de 1860, renació una campaña de agitación con vistas a obtener el sufragio universal, y la reforma de 1867 constituyó una etapa muy importante en la extensión del derecho de voto. Tanto como la presión popular, esta fue fruto de los cálculos de los dos partidos, que buscaban sacar ambos las máximas ventajas electorales y políticas de la medida. Finalmente, fueron los conservadores los que, bajo el impulso de Disraeli, hicieron que se votara una reforma con un contenido mucho más audaz que las propuestas de sus adversarios. La ley votada en 1867 desembocó efectivamente en la concesión de la *franquicia* a la mayoría de los obreros de las ciudades o, más exactamente, de los «burgos electorales» *(household suffrage).*

Este «salto en el vacío» no alteró sin embargo el curso de la vida política ni la relación de fuerzas. De 1867 a 1885 la alternancia liberales-conservadores continuó regularmente, y la ampliación del sufragio, lejos de debilitar a los conservadores, tendió más bien a consolidarlos en su muy clara recuperación política. Otras dos nuevas medi-

das vinieron a completar la democratización del voto: en 1872 se introdujo el escrutinio secreto *(Ballot Act),* que puso fin a las presiones ejercidas hasta este momento sobre los electores en cada consulta electoral, y en 1883, una ley sobre la corrupción, limitó una práctica que había sido una de las plagas tradicionales de las elecciones inglesas.

En estas fechas la presión por parte de los radicales volvió a ser fuerte en favor del sufragio universal, de tal suerte que el gobierno liberal de Gladstone hizo que se votara en 1884-1885 la tercera gran reforma electoral del siglo. En el plano de la representación política fue un progreso considerable: en primer lugar, porque el derecho de voto concedido en 1867 en los burgos a todos los cabezas de familia *(householders)* se amplió a los habitantes de los condados. Luego, y sobre todo, porque la redistribución de los escaños, principal punto de la reforma, cambió completamente la geografía electoral de Gran Bretaña al instituir el sistema de escrutinio uninominal y distribuyendo los distritos electorales en proporción a la población. Pero aunque se elevó el número de electores de tres a cinco millones aproximadamente, se estaba aún muy lejos del sufragio universal: un hombre adulto de cada tres estaba desprovisto en Inglaterra del derecho de voto. Mucho más claramente que la reforma de 1867, la de 1884-1885 benefició a los conservadores, que tenían entonces el viento de popa y se aprovecharon a la vez de la escisión del partido liberal en 1886 y del continuado declive del liberalismo de 1885 a 1900. De esta forma, aliados con los unionistas, estuvieron casi veinte años en el gobierno a partir de 1886.

A nivel de los asuntos locales, la democratización también fue progresando gracias a dos leyes que modificaron profundamente el gobierno regional y municipal, al situar en manos de las autoridades elegidas: los consejos de los condados *(county councils)* en 1888 y los consejos comunales *(parish councils)* en 1894. En lo sucesivo, pues, fueron los representantes de los electores los que se encar-

garon de gestionar los asuntos de interés local, tal y como ya era este el caso para las ciudades importantes a partir de 1835. Pero hubo más: en estas elecciones, algunas categorías de mujeres, solteras o viudas, recibieron el derecho de voto (que ya tenían desde 1869 en las ciudades gobernadas por los consejos municipales). Sin embargo, todos estos progresos llevados a cabo no deben enmascarar las resistencias a la democratización: no solamente las fuerzas tradicionales y de la deferencia actuaban para reforzar el poder del *Establishment,* sino que sobre este punto capital que era para un régimen democrático el derecho a la representación, la vieja reivindicación jacobina y cartista nunca estuvo completamente satisfecha y se deberá esperar hasta 1918 para que fuera instaurado el sufragio universal para ambos sexos.

LA SOCIEDAD CONTESTADA: LAS ESPERANZAS DEL SOCIALISMO

Otras aspiraciones democráticas que fueron relegadas a segundo plano entre 1850 y 1875, conocieron después de 1880 un nuevo período de vitalidad: en primer lugar, la aspiración a la justicia y a la igualdad. Por el hecho de las dificultades económicas de la coyuntura, de repente se tomó conciencia de la fragilidad de este bienestar y de esta concordia, de la que antes se estaba tan orgulloso. Al descubrir la amplitud del pauperismo, se comprobó como, a pesar del innegable incremento de la riqueza colectiva, la cuestión social apenas evolucionó después de las agitaciones prerrevolucionarias del período 1830-1832 o luego de las *hungry forties,* los duros años de 1840 a 1848. Lejos de disminuir, la masa de los sin trabajo continuaba estando siempre ahí, y frente a la inmensidad del

problema, la caridad pública o privada se reveló impotente aun cuando pudo aliviar en algo el mal. El equilibrio entre las clases hacía el efecto de una fachada precaria, detrás de la cual los miedos sociales volvían a reaparecer. ¿Qué porvenir reservaba a la sociedad semejantes abismos de miseria? Los fragores revolucionarios en el transcurso de las manifestaciones masivas de desempleados en Londres, hacia 1885-1887, iban a recordar a los privilegiados la amenaza siempre presente de la subversión, ya que las grandes ciudades continuaban ofreciendo el espectáculo del más violento contraste entre la extrema riqueza y la extrema indigencia.

A las advertencias nacidas del miedo se añadían los reproches de la mala conciencia. En zonas enteras de la burguesía —profesiones liberales, administradores, *clergymen,* universitarios, tanto entre las mujeres como entre los hombres— el sufrimiento de los pobres animó un sombrío malestar frente al reparto tan injusto de los frutos del enriquecimiento, y las encuestas que en aquel mismo momento se multiplicaban, iban derramando sobre una opinión pública estupefacta y sorprendida una masa de hechos tan aplastantes como irrecusables. ¿Cómo pueden existir semejantes iniquidades, se preguntaban, en un país que se llama cristiano y está en el pináculo del progreso? Sobre la miseria de los *slums,* sobre las vergüenzas de la prostitución, sobre el horror de las condiciones de vida del proletariado, sobre la degeneración física, la humillación, la desmoralización familiar, el alcoholismo, abundaban los testimonios. Una gran encuesta sociológica, llevada a cabo por el armador Charles Booth, estadístico y filántropo, reveló que en Londres 1.300.000 personas, o sea, el 30 % de la población, vivían por debajo de las condiciones mínimas necesarias para la existencia y la dignidad humanas.

El individualismo económico, que había perdido vivacidad, parecía que súbitamente tenía por ocultar más defectos que virtudes. En lugar de aceptar como en el pasado sin sombra de duda la ley del *laissez-faire,* ponía en cuestión unas formas de jerarquía social que hasta

entonces eran consideradas deseadas por Dios, e incluso se lanzaron a soñar con un mundo diferente en donde reinaría la fraternidad. William Morris, poeta y artista convertido al socialismo, describió en sus *Noticias de ninguna parte*, una forma de utopía situada en el Londres del siglo XXI, esta aspiración en un universo pacífico y armonioso, en donde reinaría la alegría por el trabajo, y en donde todo el mundo viviría feliz una existencia sana y equilibrada, en pequeñas comunidades en medio de árboles y de belleza. El socialismo, antes de desembocar en una política, era, en primer lugar, un rechazo y una esperanza: rechazo a resignarse a un mundo injusto, esperanza de una reconciliación del hombre consigo mismo. Frente al poderío del capitalismo, su mesianismo era tanto más absoluto como que la sociedad burguesa liberal les parecía más manchada de fealdades y de perfidias. A los ojos de los socialistas, el combate democrático continuaba siendo, por otra parte, el mismo que en los tiempos del cartismo, de los jacobinos o de los niveladores: contra las jerarquías, los poderes, el *Establishment*, en concreto, con lo que Cobbett llamaba «la Cosa» *(The Thing)*.

Llevado por este nuevo clima intelectual y moral, el despertar socialista y obrero se alimentó de tres corrientes: en primer lugar, del renacimiento de las doctrinas colectivistas, luego, seguidamente, del impulso de un sindicalismo de combate y, finalmente, de la voluntad tenaz de una representación obrera en el Parlamento en forma de un «Partido del Trabajo». Las doctrinas socialistas se propagaron en primer lugar en la *intelligentsia* y la burguesía, y de allí se propagaron a la clase obrera. Se expandieron en dos direcciones diferentes: una propiamente revolucionaria y la otra de inspiración reformista. En ambos casos, los militantes fueron poco numerosos, pero la mayoría de ellos estaban animados de un hálito de apóstoles totalmente consagrados al servicio de «la causa».

Del lado revolucionario, la principal corriente fue la corriente marxista. A pesar de la larga estadía de Marx en suelo inglés, el marxismo no había penetrado hasta

aquel entonces en Inglaterra. Fue un *businessman* de la *City*, convertido por la lectura de *El Capital*, quien fue su verdadero introductor en el seno del movimiento obrero británico: Hyndman fundó en 1881 la Federación Democrática, transformada en 1884 en la Federación Socialdemócrata *(Social Democratic Federation* o *SDF)*. Basada en el materialismo histórico y en la lucha de clases, la SDF fue el órgano del socialismo más militante. Quiso con intransigencia y sin compromiso preparar la revolución que aboliría la economía capitalista e instauraría la propiedad colectiva de los medios de producción, de distribución y de intercambio. Pero el movimiento se debilitó por su dogmatismo teórico y, sobre todo, por sus torpezas tácticas. De esta forma, solamente consiguió implantarse en una franja de la clase obrera y muy poco en los sindicatos. Este partido obrero continuó siendo minoritario e incapaz de movilizar a las masas, de tal forma, que su furioso combate contra el liberalismo lo separó de los radicales y de los tradeunionistas. Además, apenas creado, muchos de sus jefes, entre ellos William Morris y Eleanor Marx (la hija de Marx), se separaron del mismo para formar en 1884 un grupo revolucionario rival, la Liga Socialista *(Socialist League)*. Esta, todavía más intransigente, se excluyó de la acción parlamentaria (mientras que la SDF quiso, en sí misma, desplegarse como partido obrero según el modelo de la socialdemocracia alemana), y poco a poco fue absorbida por los elementos anarquistas infiltrados.

Paralelamente, se desarrolló un socialismo reformista, el de los fabianos. Restringidos en número, pero muy influyentes, el movimiento surgió de pequeños grupos intelectuales y de miembros de las profesiones liberales, que se asignaron la tarea a la vez de reflexión teórica de la sociedad y de propaganda práctica en favor del socialismo. Entre estos brillantes cerebros, los dos más eminentes fueron Bernard Shaw, todavía en los inicios de su carrera literaria, y Sidney Webb, funcionario y economista. Fundada en 1884, la Sociedad Fabiana eligió este nombre en recuerdo de Fabio Cunctator: en la búsqueda del socialismo, era

necesario, como hizo el vencedor de Aníbal, adoptar una táctica de lucha paciente y tenaz hasta la victoria. Es por ello que a los fabianos se les ha denominado tan pronto «gradualistas» como «posibilistas». Reunían efectivamente un empirismo de tipo pragmático, e incluso oportunista, con la exigencia de un racionalismo coherente y lógico. Para ellos, es la observación de los hechos económicos lo que conduce al socialismo. Repudiando la lucha de clases y la revolución violenta, pretenden realizar por etapas la supresión de la propiedad privada del capital y de los instrumentos de producción. Para empezar, preconizaban medidas parciales y concretas para educar a las mentalidades. Al mismo tiempo, emprendieron una acción masiva e infatigable de propaganda para que las ideas socialistas penetraran en todos los medios. Era, pues, un socialismo moderado, constitucional, democrático, que se afirmaba como una doctrina científica y como la única alternativa posible al marxismo.

Mientras que los diversos núcleos socialistas sensibilizaban a la opinión pública sobre la cuestión social, en el interior del movimiento obrero, después de una seria limitación de los efectivos debido a la depresión de 1874 a 1880 y una fase defensiva en la década de 1880, una serie de conmociones vinieron a despertar bruscamente a las masas obreras. A partir de 1889 surgieron a través de Inglaterra unos movimientos reivindicativos, dinámicos, con una señalada tendencia revolucionaria, y animados por jóvenes líderes obreros próximos al socialismo. La señal del movimiento la dio la gran huelga de los *dockers* de Londres en el transcurso del verano de 1889, seguida de otras explosiones huelguísticas entre los obreros del gas, los marineros y los obreros del transporte. Este «nuevo unionismo» se nutrió sobre todo de una categoría de obreros muy mal organizados hasta entonces: los peones o *unskilled*. Las *trade-unions* aumentaron sus efectivos: 750.000 adheridos en 1888, 1.600.000 en 1892. Nuevas consignas propagaron una nueva concepción del combate obrero: la jornada de ocho horas, el salario mínimo legal, y el recur-

so a la intervención del estado para garantizar el derecho al trabajo.

Al mismo tiempo, la alianza que hasta aquel entonces era común entre el partido liberal y el tradeunionismo —la alianza *Lib-Lab*— quedó cortada. Cada vez fueron más los militantes obreros que ya no confiaban en delegar a los diputados liberales la defensa de sus intereses y que soñaban con elegir a varios diputados obreros, incluso de poner en marcha un verdadero «partido del trabajo». Consideraban, efectivamente, que entre liberales y conservadores no existía ninguna diferencia, pues los dos partidos reflejaban únicamente los intereses de las clases dirigentes. Si los obreros deseaban de verdad hacerse escuchar y defender sus derechos y sus reivindicaciones en el Parlamento, precisaban de una representación independiente. En Escocia, estas opiniones encontraron en un joven minero socialista, Keir Hardie, un defensor apasionado, cuya elocuencia arrebatadora desembocó en una mística de la emancipación obrera.

La idea de que la alianza *Lib-Lab* no era más que un engaño, fue compartida ya por muy diferentes corrientes del movimiento obrero: revolucionarios socialistas, líderes del nuevo unionismo, militantes de las bolsas de trabajo y de los *labour clubs;* a su vez, los fabianos se unieron a ellos. También en 1893, en Bradford, en un congreso donde estaban representadas todas las organizaciones obreras y socialistas, se decidió fundar un partido obrero, el «Partido Independiente del Trabajo» *(Independent Labour Party* o *ILP),* del que Keir Hardie fue elegido presidente. La tarea principal del nuevo partido consistió en convencer a las *Tradeunions,* que en su mayoría habían continuado fieles a la alianza liberal, de apoyar al nuevo partido, cuya doctrina era francamente socialista. Al término de varios años, el esfuerzo de fervor casi religioso de los militantes del ILP al servicio del socialismo, consiguió lograr una confluencia, a pesar de los temores cada vez más evidentes expresados por los sindicalistas con respecto a la presión patronal, que intentó quebrar el dinamismo de las *Tradeunions.*

En 1900 se dio un paso decisivo: se creó un «Comité para la Representación del Trabajo» *(Labour Representation Committee),* organismo encargado de hacer que se eligieran para el Parlamento el mayor número posible de trabajadores. El año 1900 marca pues la fecha del efectivo nacimiento del laborismo, en la forma de un partido obrero socializante, democrático y parlamentario.

7. Gran Bretaña. La más grande

JINGOISMO E IMPERIALISMO

Entre 1871 y 1900, el Imperio británico se incrementó en 11 millones de kilómetros cuadrados y en cerca de 66 millones de súbditos. A la muerte de la reina Victoria, abarcaba la cuarta parte de las tierras emergidas y englobaba a la quinta parte de la humanidad. La última fase del victorianismo estuvo pues caracterizada por un recrudecimiento de la expansión colonial y del sentimiento imperial —lo que los historiadores ingleses llamaron el «nuevo imperialismo» *(new imperialism)*—. Podemos afirmar sin ninguna duda que el espíritu expansionista constituyó, pues, un rasgo permanente de Inglaterra a partir de 1815, e incluso antes de que los victorianos de fin de siglo no hubieran realmente innovado. En plena época de pacifismo librecambista, las adquisiciones a ultramar, lejos de detenerse, se fueron incrementando. E inversamente, a finales del siglo XIX, al mismo tiempo que se lanzaba a una carrera para la adquisición de nuevos territorios, Gran Bretaña, igual que en la época del mid-victorianismo, se dedicó cuidadosamente a preservar su dominio, cuando no lo engrandeció, en las zonas de influencia económica y política que se había reservado a través del mundo. Continuaba de este modo la alianza entre dos imperialismos: el del imperio «indirecto» *(informal Empire)* y el de la soberanía sobre las tierras en las que ondeaba la bandera británica *(formal Empire)*.

No es menos cierto que en el último cuarto de siglo, la ola de expansionismo que sumergió al país constituyó un fenómeno específico. Este nuevo imperialismo se manifestó tanto en la psicología colectiva —una mentalidad chauvinista y agresiva, altiva y quisquillosa, segura de su derecho a gobernar los otros pueblos— como en la polí-

tica oficial del gobierno. «Decir que el Imperio es "la carne de nuestra carne, el hueso de nuestros huesos", no solamente es expresar una opinión, sino reconocer un hecho»: estas palabras de un periodista en 1877, expresan una convicción que era en aquel entonces moneda corriente, y es una simple banalidad repetir con él que el destino manifiesto de los ingleses era el de ser «la raza dominante en los países extranjeros en donde se aventuraban». Por lo demás, para el conjunto de las potencias europeas, todo este período corresponde a una fase de *rush* colonial: ¿Cómo no participar en él la Inglaterra de la gloriosa vejez del reino de Victoria? La reina se hizo eco, como era habitual, de la opinión pública, y principalmente de la clase media, cuando escribió a Disraeli en este clima de competición belicosa: «Si queremos mantener nuestra posición de Potencia de primer orden, [...] debemos, con nuestro Imperio de las Indias y nuestras grandes colonias, prepararnos para rechazar los ataques y enfrentarnos a guerras en no importa qué lugar del mundo, *de una manera continuada*»[1].

Sin embargo, debemos hacer observar que las adquisiciones coloniales terminaron con el reinado de Victoria. En 1901 el Imperio alcanzó su apogeo territorial. La guerra de los Boers, aunque constituyó el episodio más dramático y más espectacular de la ola colonialista, señaló el punto culminante de la curva. Hito principal, la anexión de Orange y del Transvaal fue también un hito terminal: fue la última conquista. También es cierto que en aquellas fechas poca cosa más había para conquistar: Inglaterra ya había conseguido todos los territorios posibles.

Para captar el sentido y la amplitud del imperialismo *late-Victorian*, es importante distinguir tres niveles: la acción sobre el propio terreno de los colonos, la política gubernamental en Londres, y la evolución de la opinión pública en el país. El papel de los colonos fue considerable, pues

1. De la reina Victoria a Lord Beaconsfierd, 28 de julio de 1879. *The Letters of Queen Victoria*, vol. 3, págs. 37-38, 2ª serie, Buckle ed.

muy a menudo las anexiones de territorios fueron resultado de iniciativas que ya se habían tomado localmente más o menos de motu propio. Comerciantes, cónsules, misioneros, he ahí las tres categorías de agentes más eficaces para la penetración colonial, principalmente en África, y en muchas ocasiones, las autoridades de Westminster, temiendo complicaciones administrativas o internacionales, se vieron obligadas a lanzar llamamientos a la prudencia. Así, la extensión del imperio colonial a finales del siglo fue debido, en muchos casos, más a la audacia de los pioneros sobre el terreno, que a la acción deliberada del gobierno.

En estos hombres todos los motivos fueron buenos: gusto por la aventura, afán de lucro, ardor misionero, voluntad de prestigio, temor de ver a los competidores extranjeros instalarse si ellos no tomaban la delantera. En la actitud de los imperialistas de la metrópoli se mezclaban motivaciones económicas (o bien los intereses individuales, o bien los intereses de las grandes compañías con patente, la *British East Africa Company*, la *Royal Niger Company*, la *Chartered)*, motivaciones políticas y estratégicas (el orgullo de que la bandera de la *Union Jack* ondee bajo nuevos cielos y contribuir con elio a la grandeza del país), motivaciones cristianas y humanitarias (la supresión de la esclavitud o bien la conversión de los indígenas paganos). Fue solamente porque el idealismo patriótico o religioso se unió siempre al espíritu de lucro y a la voluntad de poder que con ello los colonizadores adquirieron una fuerza tan irresistible.

A nivel de gobierno, el cuadro debemos matizarlo singularmente. Muy a menudo Londres solamente procedió a las anexiones como último recurso o forzado por las circunstancias. La actitud que prevaleció fue la de prudencia. Las decisiones tomadas a la vista de cada caso particular dependieron más de las circunstancias —oportunidades a aprovechar o peligros a evitar— que a unos principios manifestados por los responsables. Disraeli, que tanto hizo para propagar la idea imperial, y al que fasci-

naron la India, el Mediterráneo y Egipto, se interesó poco por África y no demasiado por las colonias de población blanca. Salisbury, jefe del gobierno y del *Foreign Office* durante casi doce años, demostró siempre una gran circunspección, multiplicando las precauciones y no avanzando si no era sobre seguro. Incluso el ardiente y decidido Chamberlain, campeón de la unidad imperial, calculó con cuidado la menor iniciativa. Inversamente, fue un gabinete de *Little Englanders,* el gobierno liberal de Gladstone, el que, superando sus escrúpulos, procedió a la adquisición territorial más importante del cuarto de siglo: la ocupación *de facto* de Egipto en 1882.

En la opinión pública, la propaganda imperialista iba ganando terreno. Los partidarios de la «pequeña Inglaterra» —liberales, no conformistas, radicales herederos de Cobden— perdían terreno frente a la ofensiva de los partidarios de «Gran Bretaña, la más grande»: tal era el título de un libro publicado por Charles Dilke *(Greater Britain)* en 1868, y cuya considerable influencia fue sustituida a partir de 1883 por otro clásico de la doctrina colonialista, *La expansión de Inglaterra,* escrito por un profesor de historia en Cambridge, Seeley. En 1878, apareció un nuevo término en el vocabulario político inglés: el de *jingoismo,* belicosa y agresiva forma de nacionalismo, que hizo estragos frente a los rusos con motivo de la crisis de los Dardanelos (la palabra *«jingo»* fue puesta de moda por una canción de *caf'conc'*, que destilaba un chovinismo brutal).

El espíritu expansionista, mezcla de voluntad de poder, de exaltación de la grandeza viril, de confianza en las virtudes de la raza, de fe en la misión privilegiada de Inglaterra, reforzado con una absoluta convicción, la de la superioridad blanca y europea, era vehiculado por la prensa, los discursos de los políticos, los sermones, la literatura (el *«peso del hombre blanco»* de Kipling), el teatro, el *music-hall,* hasta el punto de llegar a ser una componente fundamental del *Zeitgeist,* que pocas mentes pensaban seriamente someter a la crítica. Un hombre de estado pacífico y de un sentido antiimperialista como Gladstone, fue

el primero de vanagloriarse de que «el sentimiento imperial era innato en cada británico». Del lado de los imperialistas declarados, nadie expresó con más fe y fuerza que Chamberlain el orgullo de los éxitos imperiales:

> «En primer lugar, creo en el Imperio Británico y, en segundo lugar, creo en la raza británica. Creo que la raza británica es la más grande de las razas imperiales que el mundo haya conocido. Digo esto no como una vana jactancia, sino como una cosa probada y evidenciada por los éxitos que hemos tenido administrando las amplias posesiones vinculadas a estas pequeñas islas, y creo, pues, que no existen límites a su porvenir»[2].

Sin embargo no debemos dejarnos engañar por este tipo de orgullosas declaraciones, cuya retórica nacionalista está lejos de representar a la opinión pública en su conjunto. Existe efectivamente un considerable peligro de deformación, debido al hecho de que el campo imperialista era aquel que disponía, a la vez, de las voces más sonoras y de los *mass media*. Muchos de los que estaban silenciosos apenas se sentían conmovidos por la fiebre nacionalista. Lo que Wells escribió a principios del siglo XX —«para la mayoría del pueblo inglés, la India, Egipto y toda esta franja de nuestro sistema, significaban menos que cero»— es sin duda excesivo desde el punto de vista estadístico, pero representa una amplia parte de verdad y esto se puede aplicar también a la época de la gran ola imperialista.

En todo caso existió una minoría, muy consciente políticamente, que por una elección ideológica adoptó un reflejo anticolonialista: grupos socialistas del *Independent Labour Party* y de la SDF, pacifistas, y representantes de la «conciencia no conformista». Fueron todos estos elementos los que, en el momento de la guerra del Transvaal, formaron el partido de los «pro Boers». A su lado, numerosos ingleses de los medios populares, tanto de la ciu-

2. Discurso del 11 de noviembre de 1895, Imperial Institute, Londres.

dad como del campo, permanecieron impermeables a los entusiasmos coloniales: o bien por ignorancia, o bien simplemente porque estaban totalmente absorbidos por los problemas de la existencia cotidiana y que su grado de politización era muy bajo. A sus ojos, el Imperio estaba lejos y apenas les preocupaba.

Fueron pues los partidarios de la grandeza imperial los que, al estar en posesión del poder, dominaban los medios de publicidad. También la música de la parafrenalia patriótica resonó tan fuerte, que cubrió a veces al país entero. Pudo demostrarse perfectamente en el momento del jubileo de la reina Victoria.

El primero, el «Jubileo de oro», tuvo lugar en 1887, con motivo del medio siglo de reinado, y más todavía en el segundo, el «Jubileo de diamantes» en 1897, que consagraba los sesenta años en el trono. Estas fastuosas fiestas tomaron el aspecto de grandiosas celebraciones nacionales e imperiales. Las de 1897 en particular, espléndidas de ceremonial, señalaron una apoteosis del Imperio, al mismo tiempo que de la monarquía. Desde todos los puntos del globo afluyeron los representantes de los territorios coloniales, soberanos, hombres políticos o soldados. En torno a la soberana, casi octogenaria, se reunieron los primeros ministros de las once *self-governing colonies,* rajás indios, reyezuelos negros, sultanes malayos, jefes zulús, sachems de las reservas canadienses, etc. Fue un verdadero festival de uniformes bordados, de pedrería, turbanes, bubús, sederías, etc. Todo este exotismo, cuidadosamente cultivado y puesto de relieve, servía para excitar el orgullo nacional. En lugar de una abstracción, el Imperio se había transformado en una realidad tangible, florida, expresiva a la imaginación. En las calles de Londres se contemplaba con admiración a los soldados llegados del mundo entero, a los valerosos sikhs del ejército de la India, a los regimientos indígenas zulús, a los húsares canadienses. Con motivo de la gran comitiva real que atravesó la capital, una multitud evaluada en varios millones de personas se atropelló en todo el recorrido en medio de las

Union Jacks ondeando en todas partes, mientras que resonaban los cantos patrióticos —*Rule Britannia* y *Hearts of Oak*— y los aires de *music-hall* —*Soldiers of the Queen* y *Sons of the Sea*—.

Fue en honor de estas fiestas que Kipling escribió su gran *Recessional* con hálito bíblico, que rememoraba majestuosamente la grandeza imperial. No obstante, encontramos en la misma obra, al mismo tiempo que una exaltación de un altivo patriotismo, una prevención contra la embriaguez del poder y el peligro de la satisfacción consigo mismo (él mismo abominaba de aquellos a los que llamaba «los imbéciles vestidos de franela a los que jamás les surge la duda»). Es por ello que, invocando al «Dios de nuestros padres», Kipling le suplica que no abandone a su pueblo:

> «Bajo tu temible mano dominamos palmeras y pinos
> Señor Dios de los Ejércitos, quédate con nosotros,
> Por miedo de que olvidemos, por miedo de que olvidemos [...]»

Y el poema se termina con un regreso a sí mismo y con un arrebato de arrepentimiento:

> «A causa de tanta jactancia desconsiderada,
> A causa de tantas y tantas palabras vanas,
> ¡Perdona a tu pueblo, Señor!»

Una vez más, como en cada etapa de su existencia, la Inglaterra victoriana continuó siendo fiel —y continuó siéndolo hasta el final— a la alianza de la Biblia y de la voluntad de poder. El orgullo de la fuerza y del éxito va unida a los tormentos de inquietud de la conciencia.

EL MAPA DEL MUNDO ESTÁ «COLOREADO EN ROJO»

En los atlas victorianos, la costumbre era la de representar en color rojo todos los territorios en los cuales ondeaba la bandera británica. Los ingleses se mostraban orgullosos de ver como en los mapas cada año iban progresando estas bellas manchas escarlatas (amenazadas a veces, es cierto, por las zonas muy próximas de color verde, que simbolizaban las colonias francesas). Desde la escuela primaria, los ingleses se habían habituado a ver el mundo en buena parte «coloreado en rojo».

En el seno del Imperio, fue la India la que ocupó siempre un lugar privilegiado: 300 millones de súbditos, un territorio más vasto que el Imperio romano en su apogeo, una multitud de pueblos y de lenguas, cerca de la quinta parte de las inversiones exteriores de la Gran Bretaña, daba tanto más que hablar a la imaginación como al gobierno. Desde 1876, la reina Victoria llevaba el título de emperatriz de la India, como consecuencia de un gesto teatral de Disraeli, que quiso aumentar el prestigio de la soberana haciéndole tomar la sucesión del Imperio Mogol. Los ingleses se dedicaban constantemente a reforzar el glacis de su Imperio indio: hacia Afganistán, Birmania, Persia, e incluso el Tibet. En el interior del país, después del aplastamiento de la revuelta de los cipayos (1857-1859), la obra inglesa fue sobre todo una obra de consolidación, pero llegó el momento en que la voluntad de modernización buscó la manera de precipitar la evolución, que tuvo lugar bajo la altiva férula de lord Curzon en un momento decisivo del siglo. Sin embargo, el desarrollo económico, muy real, en lugar de elevar el nivel de vida, se combinó con una pauperización indígena, empezando un movimiento nacional indio el levantamiento contra el *Raj:* en 1885 se fundó el Congreso Nacional Indio. Hacia el sudeste asiático, el domi-

nio inglés se extendía hasta Malasia y Borneo, mientras que a través del Pacífico los británicos instalaron bases en las retahílas de islas y archipiélagos.

En los territorios de población blanca, la política original de autonomía inaugurada en Canadá, se concreta y se extiende. Primer país en ser constituido en Dominio (1867), Canadá evolucionó según un régimen político imitado directamente del de Westminster: parlamentarismo, bipartidismo, alternancia en el gobierno de los liberales y de los conservadores. A Australia, el *self-government* le fue reconocido entre 1850 y 1859 a cinco de las seis colonias (una de las cuales llevaba el nombre de Victoria). Hacia finales del siglo, sus intereses comunes les llevaron a buscar un acercamiento: de ello fue la constitución en 1901 de un estado federal como Canadá, la *Commonwealth of Australia,* según la orgullosa fórmula «un continente, una nación». El nuevo Dominio dio ejemplo, igual que Nueva Zelanda, de una democracia social avanzada y muy celosa de su independencia.

Sin embargo, el gran esfuerzo en el último cuarto de siglo debemos situarlo en África. Fue ahí donde el color rojo progresó más en los mapas. La expansión británica tuvo lugar en los cuatro puntos cardinales del continente: en el norte fue la dependencia de Egipto, con la compra en 1875 de las acciones al Jedive de la Compañía del Canal de Suez, y luego la ocupación militar y administrativa en 1882, seguida de la conquista del Sudán en 1898. Al oeste, la rivalidad anglofrancesa no era menos activa, y una serie de guerras llevadas a cabo contra los ashantis entre 1873 y 1901, desembocaron en la organización de la colonia de Costa de Oro; al mismo tiempo, Inglaterra sometía a su autoridad los países del bajo Níger: de Lagos(1861) al Sudán (1899-1903) se constituyó Nigeria. En África oriental, la competencia surgió esta vez de los alemanes: Zanzíbar servía de base de penetración hacia el «África oriental británica», es decir, hacia Kenya y hacia Uganda (1886-1894), y por su lado los misioneros se instalaron en Nyassaland. Finalmente, en África del Sur, las

colonias británicas del Cabo y de Natal se enfrentaban en sus afanes expansionistas a la resistencia de las dos repúblicas boers del Transvaal y de Orange. Estas se vieron completamente cercadas con la conquista del país de los zulús (1879), y luego por la anexión del Bechuanaland (1885), y finalmente por la ocupación de 1887 a 1893, bajo el impulso de Cecil Rhodes, de las ricas mesetas de los matabeles —territorio que más tarde se transformó en Rhodesia—. El descubrimiento de minas de oro en el Transvaal aguzó los apetitos de la colonia del Cabo y de Londres, mientras que la inmigración británica en la región minera del Rand condujo a incesantes fricciones entre los *Uitlanders* y el gobierno boer. Finalmente, la cuestión se zanjó por la fuerza: fue la guerra de los Boers de 1899 a 1902. Después de humillantes derrotas británicas en sus inicios, el conflicto terminó con el aplastamiento de los ejércitos republicanos y la anexión de Orange y de Transvaal.

Pero al acentuar el aislamiento moral de Gran Bretaña, la guerra de los Boers subrayó su aislamiento diplomático. A pesar de unos éxitos coloniales impresionantes, la situación de Inglaterra en el mundo era cada vez menos fácil de mantener. Más que «espléndido», el aislamiento aparecía como inconfortable. En el último cuarto del siglo XIX, la política del *Foreign Office* había continuado siendo solidaria con los grandes imperativos tradicionales desde 1815: la libertad de acción del país, es decir, la posibilidad de intervenir en cualquier parte sin jamás comprometerse con nadie con un tratado *(non-commitment)*, el mantenimiento de la seguridad imperial por el control de los grandes ejes estratégicos mundiales, y la libertad de comercio y de intercambio. Pero el equilibrio europeo era en aquellos momentos más complejo por el hecho de sus crecientes vínculos con el equilibrio colonial, y sobre todo después de que en 1870 el eje continental se desplazara en beneficio de la *Mitteleuropa* (se dijo que el continente había perdido una dueña para encontrar a un dueño). Mediante una diplomacia sutil, Inglaterra se esforzó en favorecer todos los contrapoderes que pudieran hacer fra-

casar un eventual peligro de preponderancia: contra Rusia en el transcurso de la crisis de Oriente en 1875-1878 o contra Francia por el «acuerdo mediterráneo» de 1887, que pretendía mantener el *statu quo* en una zona considerada vital para los intereses británicos.

En el curso de la década de 1890, los enfrentamientos entre las grandes potencias tuvieron lugar en ultramar. Esta rivalidad de los imperialismos provocó nuevos conflictos, muy activos con Francia y con Rusia. Pero en el mismo momento en que en Fachoda el león británico triunfaba sobre el gallo francés, surgía una amenaza mucho más peligrosa: la del poderío naval alemán, que Guillermo II había empezado a construir pacientemente a partir de 1898. De pronto, los diferentes esbozos de acercamiento angloalemán, concebidos en la perspectiva de una gran alianza de los pueblos germánico y aglosajón, fueron abandonados, mientras que las dificultades que confluyeron con motivo de la guerra de los Boers terminaron por señalar al gobierno de Londres los riesgos de una irracional prolongación del «espléndido aislamiento». Una desgarradora revisión de la política extranjera británica se imponía. Ello es lo que condujo a la Entente Cordiale, y luego a la Triple Entente. La era de la diplomacia victoriana había terminado completamente.

Conclusión

«EL FIN DE UNA ÉPOCA»

La era victoriana terminó al mismo tiempo que terminaba el siglo XIX. En los primeros días del nuevo siglo, la prensa británica anunciaba bruscamente que la salud de la reina, de 81 años, exigía un reposo absoluto. El 22 de enero de 1901, en la noche que acababa de empezar en el silencioso castillo de Osborne, en presencia de sus dos hijos, el príncipe de Gales y el duque de Connaught, de sus tres hijas, la princesa de Schlesvig-Holstein, la duquesa de Argyll y la princesa de Battenberg, de su nieto el *Kaiser* de Alemania, y mientras un obispo recitaba las últimas plegarias, Victoria I, reina de Gran Bretaña y de Irlanda, de las Colonias y de las Dependencias de Europa, de Asia, de África, de América y de Australia, emperatriz de la India, defensora de la Fe, exhalaba el último suspiro al término del más largo reinado y el más glorioso de la historia de Inglaterra. Inmediatamente, en Londres, la campana mayor de la catedral de San Pablo se ponía a tañer para anunciar la muerte de la soberana. El 2 de febrero, en medio de una enorme afluencia, el féretro de Victoria atravesaba la capital. La multitud en duelo se apretujaba al paso del cortejo fúnebre.

En todo el país la emoción fue considerable. La reina estuvo en el trono tantos años, que la mayoría de sus súbditos solamente conocieron la figura familiar de la soberana, venerada a fuerza de ser continuamente expuesta a la admiración pública por todos los medios de comunicación. «Buena persona, llena de dignidad, pero más bien común como todo el mundo», señalaba una mente tranquila, que mantenía la cabeza fría y el espíritu crítico dentro del clima general de hipérbole, Victoria era «de mente estrecha en su concepción de las cosas, sin gusto artístico ni

literario», desde luego «dotada de una cierta capacidad para tratar los asuntos políticos», pero, sobre todo, añadía, «la opinión pública se habituó en ver en esta vieja dama una especie de fetiche o de ídolo»[1]. Juicio sin duda lúcido; sin embargo, en mucha gente la desmesura en lo ditirámbico superó todos los límites. «La noticia afectó con estupor el corazón y el espíritu», escribía al día siguiente de la muerte de la reina un estimable profesor de historia de Oxford, «la piedra angular de nuestra existencia nacional e imperial —qué digo, de nuestra vida personal y familiar, ha desaparecido súbitamente—. Todavía no podemos medir el significado [...]» y se preguntaba qué iba a suceder al país, privado de esta «personalidad augusta, venerada y querida»[2].

En el resto del mundo, Victoria había llegado a ser una figura inmutable y hierática, que simbolizaba la permanencia de la vieja Europa, tanto como la de la Gran Bretaña. Era la abuela del emperador de Alemania Guillermo II y de la emperatriz de Rusia. Bajo su reinado, tres monarcas se habían sucedido en el trono de Italia y cuatro en el trono de España, mientras que en Francia se habían derrumbado dos dinastías y una república. En la misma Inglaterra, el reinado había durado tanto tiempo, que no se conocían concretamente cuales eran las reglas a seguir para la instauración de un nuevo soberano, y el uso de la palabra «rey» aparecía de pronto como una novedad.

Por encima del cambio de persona monárquica, grandes transformaciones que afectaron en profundidad el Reino Unido tuvieron lugar en los meses que precedieron o que siguieron a la muerte de la reina Victoria. En 1900 fue el nacimiento de hecho del partido laborista. Entre 1902 y 1904 fue, con el tratado anglojaponés, y luego con la Entente Cordiale, el fin del «espléndido aislamiento». En 1903 se creó la Unión Política y Social de las mujeres, de

1. Blunt, W. S., *My Diaries, 1888-1914*, vol. II, pág. 2, 1920.
2. Marriott, J. A. R., *Modern England 1885-1945*, pág. 150, 3ª ed., 1946.

donde salieron las sufragistas —un movimiento muy poco victoriano—. En Irlanda surgieron las nuevas organizaciones nacionalistas, que no detuvieron su intransigente combate hasta obtener la independencia total. Por todos lados se asistía al difícil nacimiento del siglo xx. En verdad, todos estos conflictos ya estuvieron gestándose en los últimos veinte años del siglo: se les vio madurar a lo largo del período *late-Victorian.* Pero en aquellos momentos hicieron irrupción con tal violencia, que los británicos, desconcertados, vieron en ellos el final de todo un mundo.

Fue que la era victoriana, a fin de cuentas, representó para ellos una confluencia única de oportunidades históricas. En un espacio de sesenta años se encontraron reunidos, de forma excepcional, una serie de factores favorables cuya síntesis aseguró al país un poderío incontestable, una extraordinaria confianza en sí mismo, y un prestigio nacional que no volvieron a encontrarse jamás. Este conjunto de oportunidades fueron: la primacía técnica; la preeminencia industrial, financiera y comercial; la estabilidad política e institucional; la paz civil y la paz exterior; la superioridad marítima —tanto de la marina de guerra como de la marina mercante—; los recursos de un inmenso Imperio y el optimismo de una nación en pleno dinamismo. Es evidente que una reunión de oportunidades tan espectacular no podía durar. Ya al final de la era victoriana aparecieron las primeras conmociones. El universo de las certidumbres había empezado a agrietarse. De ahí las aprensiones a la idea de entrar en una nueva era, arriesgada y precaria.

Sin embargo, podemos preguntarnos si este sentimiento de un mundo que concluye con la muerte de la reina Victoria no es un producto de la imaginación de los historiadores, que habrían proyectado abusivamente de forma retrospectiva sobre este advenimiento dinástico todas las dificultades, todavía por llegar, de la Inglaterra del siglo xx: las crisis, las guerras, el declive de su poderío en el mundo. Sin ninguna duda la cuestión merece ser planteada, tanto más porque en historia —y en la historia de Ingla-

terra particularmente— la continuidad prevalece en general sobre la discontinuidad. Pero también los contemporáneos tuvieron conciencia de que una página de la historia había pasado, y que no era la simple elocuencia desde el púlpito la que arrebató al predicador de la catedral de San Pablo cuando, en el transcurso de los funerales en memoria de la reina Victoria, exclamaba[3]: «Ella ha desaparecido y con ella desaparece una época. El período glorioso que simbolizaba su nombre se vuelve a cerrar como un pergamino que se enrolla [...] El mundo que hemos conocido se disuelve. Frente a nosotros se presenta lo desconocido».

3. Scott Holland, H., *Personal Studies*, pág. 12, 1905.

Bibliografía

En francés

Sobre la historia general de Inglaterra en el siglo XIX, el gran libro clásico en francés (aunque parcial) continúa siendo el de Halévy, E., *Historire du peuple anglais au XIXe siècle*, vols. I-IV (1815-1852) y «Epilogue», vol. I (1895-1905), París, 1913-1946. Reciente adaptación en Bédarida, F., *L'Angleterre triomphante 1832-1914*, París, 1974, y Bédarida, F., y Genet, J. P., *Histoire de la Grande-Bretagne*, («Encyclopoche Larousse»), París, 1978. *Le siècle de Victoria*, de Chastenet, J., París, 1947, es divertido y suelto.

Colección de documentos: Bédarida, F., *L'Angleterre victorienne*, «Dossiers d'histoire Hatier», París, 1978; Marx, R., *Naissance et triomphe de la démocratie britannique, 1815-1918*, «Dossiers Clio», París, 1973. Entre los testimonios de los visitantes franceses, los más notables son los de Tocqueville, «Voyages en Angleterre, Irlande...», en *Œuvres complètes*, vol. V, 2, París, 1958; Beaumont, G. de, *L'Irlande sociale, politique et religieuse*, París, 1839; Tristan, F., *Promenades dans Londres* (1842), ed. crítica, Bédarida, F., París, 1978; Taine, H., *Notes sur l'Angleterre*, París, 1872.

En inglés

Iniciación airosa en la colección «Pelican History of England», por Thomson, D., *England in the XIXth century (1815-1914)*, Londres, 1950, en la colección «Oxford History of England», 2 vols. en profundidad, Woodward, E. L., *The Age of Reform 1815-1870*, Oxford, 1962, y Ensor, R. C. K., *England 1870-1914*, Oxford, 1936. Recomendamos Briggs, A., *The Age of Improvement*, Londres, 1959, y Beales, D., *From Castlereagh to Gladstone 1815-1885*, Londres 1969, así como Seaman, L. C. B., *Victorian England 1837-1901*, Londres, 1973, y Bartlett, C. J., edit., *Britain Pre-Eminent*, Londres, 1969.

En francés

Sobre la economía y la sociedad victorianas: Crouzet, F., *L'économie de la Grande-Bretagne victorienne*, París, 1978; Bédarida, F., *La société anglaise (1851-1975)*, París, 1976; Charlot, M., y Marx, R., *La société victorienne*, París, 1978; Hobsbawm, E., *Histoire économique et sociale de la Grande-Bretagne*, vol. II: *De la révolution industrielle à nos jours*, París, 1977 (*Industry and Empire*, Londres, 1968).

En inglés

Brillante descripción en: Young, G. M., *Early Victorian England*, 2 vols., Londres, 1934, y *Portrait of an Age*, 2ª ed., Londres, 1953. Estudios muy sugestivos de Briggs, A., *Victorian People*, Londres, 1954, y *Victorian Cities*, Londres, 1963, así como Harrison, J. F. C., *The Early Victorians 1832-1851*, Londres, 1971; igualmente, Kitson Clark, G., *The Making of Victorian England*, Londres, 1962; Dyos, H., J., y Wolff, M., edit., *The Victorian City*, 2 vols., Londres, 1973; Burn, W. L., *The Age of Equipoise*, Londres, 1964. Sobre la evolución económica, Mathias, P., *The First Industrial Nation*, Londres, 1969. Sobre el movimiento obrero (en francés), Pelling, H., *Histoire du syndicalisme britannique*, París, 1966; Morton, A. L., y Tate, G., *Historire du mouvement ouvrier anglais*, París, 1963; Charlot, M., *Le syndicalisme en Grande-Bretagne*, París, 1970; Bédarida, F., «Le socialisme en Angleterre des origi-

nes à 1914), en Droz, J., y otros, *Histoire générale du Socialisme*, vols. I-II, París, 1972-1974.

Sobre la religión, las ideas, la vida literaria y artística, dos interesantes síntesis: *Ideas and Beliefs of the Victorians*, Londres, 1949, y Houghton, W. E., *The Victorian Frame of Mind*, Yale, New Haven, 1957. La vida religiosa es tratada con mucho detalle por Chadwick, O., *The Victorian Church*, 2 vols., Londres, 1966-1970, y Elliot-Binns, L., *Religion in the Victorian Era*, Londres, 1936, y mucho más recientemente, Gilbert, A. D., *Religion and Society in Industrial England*, Londres, 1976; Norman, E. R., *Church and Society in England 1770-1970*, Londres, 1976; Sellers, I., *Nineteenth-Century Nonconformity*, Londres, 1977.

En francés

Simon, M., *L'anglicanisme* (1969); Dayras S., y d'Haussy, C., *Le catholicisme en Angleterre*, 1970; Bertrand, C. J., *Le méthodisme*, 1971; así como Marx, R., *Réligion et société en Angleterre du XVIe siècle à nos jours*, París, 1978.

En inglés

Sobre la literatura y el arte, Ford, B., ed., *Pelican Guide to English Literature*, vol. 6: *From Dickens to Hardy*, Londres, 1958; Monod, S., *Histoire de la littérature anglaise de Victoria à Elizabeth II*, París, 1970; Boase, T. S. R., *English Art 1800-1870*, Oxford, 1959; Furneaux-Jordan, R., *Victorian Architecture*, Londres, 1966.

Biografías

Sobre la reina Victoria, Longford, E., *Victoria R. I.*, Londres, 1964 y Marshall, D., *The life and times of Victoria*, Londres, 1972. Sobre Disraeli: Maurois, A., *La vie de Disraëli*, París, 1927, y Blake, R., *Disraeli*, Londres, 1966. Sobre Gladstone, Magnus, P., *Gladstone*, Londres, 1954. También otras biografías: Gash, N., *Peel*, Londres, 1976; Ridley, J., *Lord Palmerston*, Londres, 1970; Judd, D., *Radical Joe* (sobre Chamberlain), Londres, 1977.

Sobre el Imperio Británico: Knaplund, P., *The British Empire 1815-1939*, Nueva York, 1942; Grimal, H., *De l'Empire britannique au Commonwealth*, París, 1971; Robinson, R., Gallagher, J., y Denny, A., *African and the Victorians*, Londres, 1961. Obras más recientes: Hyam, R., *Britain's Imperial Century 1815-1914*, Londres, 1976; Porter, B., *The Lion's Share*, Londres, 1973; Bolton, G., *Britain's Legacy Overseas*, Oxford, 1973; Eldridge, G. C., *Victorian Imperialism*, Londres, 1978.

Instrumentos de trabajo: Brown, L. M., y Christie, I. R., *Bibliography of British History 1789-1851*, Londres, 1977; Hanham, H. J., *Bibliography of British History 1851-1914*, Londres, 1976; Altholz, J., *Victorian England 1837-1901*, Cambridge, 1970 (guía bibliográfica); Madden, L., *How to find out about the Victorian period*, Oxford, 1970 (introducción a las fuentes). Cook, C., y Keith, B., *British Historical Fact, 1830-1900*, Londres, 1975 (con un muy útil fichero).

También debemos señalar la importante revista *Victorian Studies*, publicada en Bloomington, Indiana, desde 1957.